

Alfonsina Barrionuevo

# HABLA MICAELA



PERÚ

Ministerio de Cultura

Dirección Desconcentrada  
de Cultura de Cusco



"HABLA MICAELA" es un libro que quiere llenar un gran vacío en nuestra historia tradicional: la participación de la mujer, como caudillo, en la lucha libertaria.

La autora, situándose en el lugar de los hechos, narra los acontecimientos como un diario, en primera persona. Ella cree que Micaela sabía leer y escribir por el tono íntimo de sus cartas a Tupaq Amaru en campaña. En el libro presenta la imagen de la mujer que unió a la bravura de su espíritu, la ternura de la esposa y la preocupación de la madre, sacrificándose por su pueblo sin un solo reproche y dejando más bien la sensación de que al morir seguían intactas, sin rendirse, las banderas de la esperanza.

---

Carátula:  
*Inspirada en una pieza de  
Kukuli Velarde, en el Sesquicentenario  
de una América rota.*



# HABLA MICAELA

Alfonsina Barrionuevo

MINISTERIO DE CULTURA  
BICENTENARI  
Colección

## **Habla Micaela**

Ensayo histórico. Segunda edición aumentada y corregida  
Cusco, agosto de 2015

© Alfonsina Barrionuevo  
Jr. Enrique Villar 444. Lima 1. Perú  
miskha@terra.com.pe

© *De esta edición:*

Dirección Desconcentrada de Cultura de Cusco – Ministerio de Cultura  
Subdirección de Industrias Culturales y Artes – Fondo Editorial  
Avenida de la Cultura 238, Condominio Huáscar. Wanchaq, Cusco  
Central telefónica (051) – 084 – 582030

**Este libro corresponde al Volumen IV de la Colección Bicentenario del Proyecto Bicentenario Camino hacia la Libertad 2014-2021-2024**

Corrección de estilo: Teresa Lastarria

Diseño y diseño de portada: Nicolás Marreros

Diagramación: Aly de la Vega

Fotografía de carátula:

“Vidas no vividas”. Serie “Nosotros, los colonizados.”  
Obra de Kukuli Velarde. 1992

Fotos en color y en blanco y negro de la Virgen de las Nieves:  
Alfonsina Barrionuevo

Fotos de Tungasuka:  
Julia Chambi

Foto del Cristo que vio morir a Tupaq Amaru:  
José Alvarez Blas

ISBN: 978-612-46865-7-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nro. 2015-11172

Impreso en:

Imprenta Editorial Gráfica Bartolomé de Las Casas S.A.C.  
Calle Lechugal 190 - Cusco

Tiraje: 1,000 ejemplares

*Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento.*

*Por la libertad de mi pueblo he  
renunciado a todo. No veré  
florecer a mis hijos...*

*Micaela Bastidas*

# HABLA MICAELA

A Micaela Bastidas, segundo jefe de la  
Revolución de Tupac Amaru, excelsa  
-osa, como ms-  
dre y como heroína. En ella se resume  
el esfuerzo de todas las mujeres perua-  
nas contra la opresión. Este ensayo es un  
homenaje a su lucha por la libertad y su  
cruento sacrificio junto a su familia, en  
saca de los Inkas

Alfonsina Barrionuevo

MINISTERIO DE CULTURA  
DIRECCIÓN DESCONCENTRADA DE CULTURA DE CUSCO



## PALABRAS BREVES

**Por la libertad de mi pueblo he  
renunciado a todo. No veré  
floreecer a mis hijos. . .**

*Micaela Rosarida*

### ¡No podrán matarla!

Hasta mediados del siglo XX era escaso el reconocimiento de la relevancia histórica de José Gabriel Tupaq Amaru. Al hablar de la Emancipación se exaltaba a los grandes libertadores José de San Martín y Simón Bolívar, acompañados de sus preceros creólos que hicieron posible la independencia de las colonias españolas en América, soslayando o minusvalorando el rol cumplido por las sublevaciones andinas contra el orden virreinal. No fue sino gracias a historiadores, como es el caso sobresaliente de Carlos Daniel Valcárcel, iniciaron el estudio riguroso de las decenas de rebeliones andinas éxeromas al continuar, según las investigaciones realizadas por Scarlett O'Hulain, en los últimos treinta años, en particular de la gran rebelión arcandilada por Tupaq Amaru.

Dentro de ese marco, el gran poeta Alejandro Barrantes, en los años cincuenta, plasmó un formidable "Canto Coral a Tupaq Amaru, que es la Libertad", con el estrófico exaltativo "¡y no podrán matarla!". Le corresponde a la notable escritora cuzqueña Milagros Barrantes, autora de decenas de libros de historia y cultura andina, completar el reconocimiento de la trascendencia histórica de dicho levantamiento, poniendo de relieve a Micaela Rosarida, la extraordinaria mujer de Tupaq Amaru. Barrantes

## PALABRAS BREVES

### ¡No podrán matarla!

Hasta mediados del siglo XX era escaso el reconocimiento de la relevancia histórica de José Gabriel Tupaq Amaru. Al hablar de la Emancipación se exaltaba a los grandes libertadores José de San Martín y Simón Bolívar, acompañados de los próceres criollos que hicieron posible la Independencia de las colonias españolas en América, soslayando o minusvalorando el rol cumplido por las sublevaciones andinas contra el orden virreinal. Nuevos enfoques de historiadores, como es el caso sobresaliente de Carlos Daniel Valcárcel, iniciaron el estudio idóneo de las decenas de rebeliones andinas (cercasas al centenar, según las investigaciones realizadas por Scarlett O'Phelan, en los últimos treinta años), en particular de la gran rebelión acaudillada por Tupaq Amaru.

Dentro de ese marco, el gran poeta Alejandro Romualdo, en los años cincuenta, plasmó un formidable "Canto Coral a Tupaq Amaru, que es la Libertad", con el estribillo inolvidable "¡y no podrán matarlo!". Le corresponde a la notable escritora cusqueña Alfonsina Barrionuevo (autora de decenas de obras de vivificantes méritos culturales) completar el reconocimiento de la trascendencia histórica de dicho levantamiento, poniendo de relieve a Micaela Bastidas, la extraordinaria mujer de Tupaq Amaru. Nótese

que el último párrafo de “Habla Micaela” presenta a Micaela, en el momento que es ajusticiada, contemplando “con los ojos del alma” a su esposo —muerto inmortal, para decirlo a la manera con que César Vallejo inmortaliza a los Voluntarios de la Vida en la guerra civil española— como un emblema de la Libertad, al que no podrán matarlo, concordando así con el mencionado Canto Coral de Romualdo:

“Mientras levanto la cabeza, para ahorrarle trabajo al verdugo, cierro mis párpados. Quiero verlo solamente con los ojos del alma, erguido como un Inka en su caballo blanco, ante los pueblos de las provincias altas, haciendo arder el aire con sus palabras, inflamando de fervor a las gentes, levantando un altar a la libertad en sus corazones, entre el ondear de las banderas y el ulular de los pututos. Hablando, sí, hablando siempre de la libertad...”

Sirva el pasaje citado para ejemplificar, también, la calidad literaria de Alfonsina Barrionuevo. Nadie como ella reúne las cualidades necesarias para abordar a una figura de la talla de Micaela Bastidas: destreza narrativa, vibración poética de las palabras y las imágenes elegidas, conocimiento profundo de la historia nacional y comunión integral con el mundo andino. Agréguese su interés en dar a conocer el papel cumplido por la mujer en nuestra patria, privilegiadamente encarnado por quien supo acompañar, paso a paso, a Tupaq Amaru, confirmando que “detrás de un gran hombre, hay una gran mujer”. Y, en este caso, una mujer que no se mantuvo “detrás”, confinada al ámbito doméstico; una mujer que, dentro y fuera del hogar, acompaña a su esposo en sus actividades revolucionarias.

Resulta admirable cómo Alfonsina retrata a Micaela, tan andina en su relación armoniosa con la naturaleza, con la Pachamama, y tan andina en sus valores comunitarios (ajena al individualismo de los “occidentales”). De ahí el simbolismo perdurable de su sacrificio, en tanto nos ha legado a las generaciones siguientes un

mensaje de adhesión a la cosmovisión andina (recordemos a Vallejo con su "Sierra de mi Perú, Perú del mundo / y Perú al pie del orbe, yo me adhiero!"), un mensaje de liberación frente a las pautas deshumanizadoras de la explotación virreinal y cualquier otra forma de sojuzgamiento a los imperios de la codicia económica:

"Los españoles son crueles y es de imaginar qué harán con nosotros. Aunque no importa lo que pase si logramos la felicidad de nuestro pueblo. La vida de él y la mía ya no nos pertenecen. Así quedamos el día en que José Gabriel comenzó a pensar en alzarse contra la opresión. Me duele haber dispuesto la vida de nuestros hijos, que correrán la misma suerte en la alegría o la desventura. Ellos merecen vivir. Pero qué herencia les dejaríamos. No estamos luchando ya para nosotros sino para las generaciones que vendrán".

Junto con un llamamiento a preservar la milenaria herencia cultural del Perú profundo, incluye la llamada "utopía andina" (examinada por Alberto Flores Galindo y Manuel Burga), la esperanza en un futuro de resurgimiento andino: "de nada vale que prohibas los vestidos nuestros y nos obligues a llevar los tuyos, porque bajo tus trajes castellanos latirán como siempre los corazones indios. (...) Y no quieras que hablemos en tu idioma por la fuerza. Mi pueblo no renunciará al qechwa (...) mi pueblo preferirá replegarse a los lugares más lejanos de la cordillera. Algún día volverá por sus fueros. Cuando los cóndores regresen con un mensaje del Hanaq Pacha, de los manes tutelares que pueblan la tierra, el aire y el agua y al fin puedan unirse y ponerse de pie".

Felicitemos a Alfonsina por *Habla Micaela*, una obra histórica perdurable, a ubicar dentro del ideal de "peruanizar al Perú" que tenía José Carlos Mariátegui.

*Ricardo González Vigil*  
**Miembro de la Academia Peruana de la Lengua**  
**Escritor y crítico literario**





*"La semilla que sembramos con nuestra sangre seguirá  
germinando".*

---

Parte inferior de un cuadro de la Virgen de las Nieves, de Tinta, donde aparecen Micaela Bastidas y José Gabriel. Fotografía Alfonsina Barrionuevo. 1964.



chi con el devido rendimiento ante  
vseñoria paresco y digo que com  
viene unno de hecho que vseñoria  
se digna darame una Certificacion  
por la que conste que el dia cinco  
de Abril de mil setecientos ochenta  
y uno estando vseñoria en  
el Pueblo de Sipinto acampado  
con su exercito con animo de  
passar el gran Rio de Apuzima  
en balsas y estando los rebeldes  
en la opuesta vanda a Cav  
dillados del vil Francisco Tupaq  
Amaro embie yo a dos fucileros  
con sus armas que fueron Silva  
rio silba y Gabriel Riveza con  
papel Escrito de mi puño al  
Zarqento mayor don Juan  
Antonio Figueroa en el que le  
participaba que combenia parár

Copia de una página del proceso de José Gabriel Tupaq Amaru. Se encuentra en el Archivo de Cusco.



## HABLA MICAELA

Algún día los enemigos de mi pueblo creerán que en mi corazón el odio hacia ellos fue germinando como una semilla maldita, que a su tiempo echó raíces y dio frutos. Pensarán con su manera torcida de ver las cosas, como los turtos que miran de un solo lado, que sólo el odio me movió para levantar las banderas de la rebelión al lado de José Gabriel. Y nada será tan menos cierto porque en mi pecho, desde que entendí la postración de los míos, comenzó a doler una herida que cada día se fue haciendo más profunda. Y en mi carne se hizo carne el llanto de los niños, el hipar ya sin lágrimas de las mujeres, el clamor de los hombres encadenados a la muerte, arrastrándola tras sí, como instrumento al servicio de la ambición de los corregidores. Al indio tenían que exprimirle hasta la última gota de su sangre para convertirla en oro, aprisa, como si el tiempo les empujara por detrás, pues las prebendas no les duraban mucho. Hemos vivido hasta ahora acuciados por su locura, urgidos por la sed de hacerse ricos.

Miro hacia atrás y no puedo recordarles de distinta manera. Desde que el gobernar de los kurakas se convirtió en vasallaje ha sido siempre igual. Los campos se han ido secando como el pezón de las madres que se vuelven flácidos de pura miseria. Hay una or-

fandad en los surcos como si la tierra estuviera amortajada. Hasta los pájaros callan.

Me pregunto por qué nuestros manes, los de mi madre, de su padre y los de todos, se muestran indiferentes. Apu Salqantay, Apu Ausanqati, Apu Pachatusan, ¿por qué nos han abandonado? ¡Qué sorda cólera se incuba en vuestro interior! ¡Qué hemos hecho para merecer tal infortunio! Si alguien pudiera decir que ha faltado el valor de los hombres y que por eso ustedes prefieren mirar a sus espaldas, buscando a los viejos luchadores que han entrado en el reino de los muertos batallando, no estaría en la verdad.

Hemos reclamado a los Reyes de España en todos los tonos. Con la voz del amigo respetuoso encargado de ver que nos hagan justicia en las Cortes, con la protesta honorable de los señores de esta tierra, que viajaron por el mar, la gran laguna, hasta su lejano país para informarle del robo y el abuso que venimos sufriendo desde hace tiempo, con la demanda de leyes buenas, en procura de un entendimiento entre él a quien nunca habíamos visto y nosotros, a quienes tampoco conocía, sino a través de su maquinaria, encargada de procurarle pitanza y regalada existencia. Hemos peleado siglo tras siglo en un frente donde sólo caían los nuestros, sin la menor esperanza. Hay mucho que está corrupto y ni siquiera los kurakas, jefes de hombres, cabezas de pueblos, se han salvado de su nefasta influencia. Las aguas de los puqyus<sup>(1)</sup> son límpidas y transparentes, copian las luces del Hanaq Pacha<sup>(2)</sup>, albergan como un nido la radiosa figura de Mama Killa<sup>(3)</sup> y el Padre Sol traspasa sus profundidades con sus rayos. Pero el alma de algunos kurakas es sólo el reflejo de los turbios manejos de los corregidores. Ellos son su brazo fiel y a través de ese brazo que

---

(1) Manantiales.

(2) Cielo.

(3) La Luna.

es largo, aquellos manejan a su antojo vidas y haciendas. ¿Dónde está la dignidad que debía acompañar como una sombra sus actos? ¿Dónde la majestad de su cargo, si se arrastran serviles como k'umillus?<sup>(4)</sup> ¿Dónde el espíritu de justicia, la honradez, la honestidad, que caracterizaba su mando? Han aprendido en muy poco tiempo a vivir halagando a los blancos para gozar de privilegios, cerrando los ojos y haciendo los oídos sordos. El precio que tienen que pagar es muy alto, porque es un precio en hombres; pero han perdido la conciencia y ahora son ajenos a sus comarcas, tanto como los propios encomenderos que nos explotan. Los tributos agobian a mi pueblo hasta la consunción. Millones han muerto. Los que sobreviven quedan sólo para engordar arcas ajenas. Todos son perros que hincan el diente de acuerdo a su tamaño. Desde el corregidor hasta el último cobrador. Aprovechan que cobran en otro idioma para cobrar dos veces. Empapelan a los indios, los engañan y los amedrentan para quitarles de la boca la migaja que les queda.

Las leyes de protección escritas en España para los naturales de Indias, que así nos llaman, no tienen verdadera fuerza, dice José Gabriel. Están exentos de pagar tributos los kurakas por derechos de kurakazgo, los menores de 18 años y los mayores de 55, los ciegos, los dementes e imperfectos, los sacristanes y cantores de las iglesias, los alcaldes mayores y ordinarios de las ciudades y los pueblos. Pero se incumplen y hay que pagar por los niños tiernos y por los ancianos, por los inválidos y por los locos, por los vivos y por los muertos, y como nunca se terminan las deudas se heredan por dos y tres generaciones. Nadie puede escapar a este sistema y todos viven temblando, esperando con terror el día de la cosecha, porque apenas sacado el fruto de la tierra, vienen a llevárselo. Antes sobraban los alimentos. Había comida para los tiempos de sequía y los de inundación. Hoy se cultiva menos cada

(4) K'umillu: Servil, adulator.

vez porque apenas hay brazos para trabajar. Muchos topos han vuelto a ser incultos y están como en las épocas primeras de los purunrunas, cuando se vivía en la ignorancia.

Mi marido ha ido a Lima tantas veces para quejarse, que ya no llevo cuenta. A él lo respetan porque es descendiente directo de los Inkas y porque no le pueden embaucar, pues estudió en el Colegio de San Francisco de Borja, creado en el Cusco para los hijos de los príncipes y los kurakas de estas tierras, y sabe sus derechos. Pero no han querido escucharle. Antes, mal de su agrado, ha tenido que enviar contingentes a las minas, aun sabiendo que muy pocos iban a regresar para morir, ya que les entra el mal de la piedra en los pulmones o son atrapados por los derrumbes que hay a menudo en los socavones. Últimamente se ha negado a dar gente de Panpamarca<sup>(5)</sup>, Tungasuka y Surimana. Otros kurakas también se están negando. El corregidor José de Arriaga dice que esto es una rebelión. Pero cómo se puede arrancar a los niños de los brazos de sus madres sin que hayan llegado a mozos para hacerles que saquen la plata y el oro que ellos quieren de las entrañas de los cerros, que son celosos guardianes de sus tesoros. Las mujeres lloran por sus esposos, las hermanas por sus hermanos, los hijos por sus padres. Todo es confusión, porque aunque están trabajando allá, a la hora de cobrar sus familias tienen que pagar siempre aquí y así, unos y otros, no escapan de los impuestos de ninguna manera. Las minas son como sepulcros de vivos. José Gabriel ha reclamado mucho por el derecho de leguaje, pues tienen tanto que caminar de todas partes a pie, por lugares escabrosos y helados, que a veces mueren o llegan extenuados para lo mismo. A los tiranos no les importa, porque la mano del indio es gratuita y cuidan más a sus esclavos negros porque ellos sí les cuestan su plata. En las galerías permanecen hasta semanas sin ver la luz, sin dormir, sin descansar, trabajando día y noche, recibiendo palos y

---

(5) Panpamarca se escribe con "n" porque es palabra quechwa.

azotes si se atrasan, pereciendo en los derrumbes y si tienen suerte salen con la salud tan quebrantada que no pueden resistir el camino de regreso. El mineral que sacan chorrea sangre. Si alguno se escapa lo cazan como un animal. Si se alzan hacen matanzas masivas para escarmiento.

En las haciendas trabajan duro pero la vida es más llevadera que en los obrajes, donde entran apenas amanece y salen sólo cuando se apaga la luz. Y tales son las costumbres impuestas que el hombre o la mujer que va a servir tiene que llevarse su propia comida, para no causar gastos al patrón. Nadie quiere ir y en los caminos se ve a menudo a hombres que son conducidos a la fuerza, con los cabellos amarrados a las colas de los caballos. O también les ponen cadenas y las sueldan a sus cuellos para que no escapen, y si muere alguno es más fácil para ellos cortarle la cabeza que romper la cadena o seguir arrastrando al muerto. Las obras que tienen que ejecutar están calculadas. Si el obrajero no ha concluido la porción que le corresponde es castigado duramente. En algunos obrajes existen pozos y allí el infeliz tiene que dar vueltas como un burro, de cuatro patas, sacando agua. A otros los ponen en cepos, los flagelan o los pringan, frotando dos pedazos de yesca de magüey y haciendo saltar las chispas sobre sus carnes laceradas u ordenan que les corten el cabello, castigo deshonoroso que es la mayor vergüenza que puede sufrir una persona. En las minas y en los obrajes, donde tejen noche y día, hacen como que les pagan, dándoles un real por su trabajo. Y no se lo dan por entero, sino que les abonan sólo la mitad y el resto en granos dañados, carnes putrefactas o frutos en descomposición, que les provocan intoxicaciones, sarpullidos y vómitos.

Los corregidores no saben cómo ingeniarse para reunir dinero. Por algo dicen: "Vara de corregidor es vara de mercader". Disfrutan también del repartimiento, que los autoriza para vender a los indios de su zona su mercadería, dándoles al fiado una serie de cosas a precios crecidísimos.

El kuraka es obligado a entregar las mercancías que le dejan y a llevar el apunte de los que las reciben. Qué se puede hacer con sus telas de terciopelo que se ajan con las labores del campo, con sus medias de seda que se rompen con el roce áspero de las manos, con sus navajas de afeitar que sólo a ellos les sirven porque tienen barba, con sus espejos que son inútiles en las punas, con sus candados de fierro cuando no hay nada que guardar, con sus plumas para escribir cuando no se sabe, y así con sus papeles de colores, con sus abanicos, sus cajas de tabaco, sus sortijas que son corrientes, sus encajes que no sirven para el frío, sus sombrillas que no aguantan la lluvia, sus gafas que oscurecen el sol, sus cintas, sus guantes y sus botones. De allí que los corregidores que llegan pobres acaban haciéndose ricos. Si los indios pagan con prontitud las mercancías compradas a la fuerza, es para su perjuicio. Los corregidores les vuelven a vender otras a título de venta voluntaria. No son menores las faenas de los pongos y las mit'anis que revientan con el trabajo en los caseríos y en las casas de los poblados.

Hay también una especie de fiscales de puna o sacristanes que cuentan a los que nacen o mueren en las serranías, para cobrar después derechos de bautismo y de entierro. Estos son tan crueles que en los casos de no haber podido cobrar, dejan a los muertos con una mano afuera para que se sepa que sus familiares no han cumplido con la parroquia. Si no pueden pagar porque son muy pobres ponen a los difuntos de cabeza para que se vayan más pronto al infierno. En algunas localidades llegadas las vísperas del día de los muertos salen a recoger las calaveras de los viajeros y llevándolas a la iglesia con otros huesos desperdigados, se hace misa por su alma y los vecinos deben pagar por ella. Si hay uno que ha fallecido en su ausencia, basta de saberlo de boca para registrarlo. Un muerto es la carga más dolorosa, porque no es sólo la pena que deja su pérdida, sino las funciones fúnebres que deben costear los que quedan para asegurar su tranquilidad en la otra vida. Hay un novenario indígena que se repite varias veces. En la primera semana por el oqo aya o sea el recién enterrado. A los seis

meses por el fresco aya, o sea el cadáver que aún está blando. Al año por el charki aya, que es el muerto seco. Aparte de noviembre en que hay que poner una mesa en el cementerio con las viandas que más le gustaron al muerto y pagar por los rezos. Pienso en los altos pagos que tienen que hacer las familias, cuya desgracia es haber parido muchos hijos y perderlos antes de hacerse hombres. Habiendo sólo padecimiento muchos prefieren comer hierbas venenosas y matar a sus criaturitas para que no sufran luego. Las cargas son demasiadas. Los repartimientos, los derechos parroquiales, las mitas, los obrajes, y otras cosas tienen a los indios en el atraso en que están. A eso se aumentan las nuevas contribuciones e impuestos que gravan los frutos de las huertas, los productos de la tierra y hasta las bayetas y jergas. Sólo el agua y el aire nos quedan libres.

Para mí hubiera sido muy fácil ser feliz, de haber podido huir de la realidad de los míos. Tan atroz. Vivir, pasando por encima de todo, sin sentir los golpes ajenos, encerrada como en la caparazón de una tortuga, compartiendo mi pan con los asesinos de mi pueblo, a cambio de que me llamaran señora. Pero me era imposible. No podía ser como las piedras del río que nunca aprenden su canción. Y mi indignación fue creciendo como un bosque que agitara sus ramas cada vez más arriba. Por el Gumercindo que no volvió. Por la Juanacha que se abrazó a su marido y le patearon el hijo que llevaba en el vientre, y los mataron a los tres. Por todos los Gumercindos y todas las Juanachas. Por ellos entré también en la contienda donde estaba la muerte empuñando el arcabuz, poniendo mechas a los cañones que apuntaban a nuestro pecho, haciendo de gonfalonera con banderas mercenarias. Y aunque el amor a mis hijos debiera haberme apartado de esto, no lo he hecho, porque tengo la convicción de que, a pesar de ser casi niños, están de acuerdo conmigo.

Nunca los corregidores han tenido tanta hambre de nosotros ni tanto apuro por enriquecerse. Conozco su desprecio. Se creen

superiores, aunque fingen una cordialidad que no sienten. Son los que dominan y nosotros los dominados.

Los kurakas de varias comarcas nos han ofrecido participar. José Gabriel ha estado hablando con ellos en sus viajes, sin despertar sospechas. Ha ido preparando el terreno y esperaba el momento propicio. Ha tenido mucho cuidado en escogerlos, mirando su corazón como hacen los sunquyoq, para descubrir sus verdaderas intenciones. En el Alto Perú tenemos a Tomás Katari, que ha denunciado a kurakas como Blas Bernal que usa los medios de los blancos: extorsiones, hostilidades, violencias, maltratos y otros excesos. En Chayanta, están muy exaltados pero se están conteniendo. Algunos kurakas son partidarios de los blancos, les gusta el lujo, forman una casta engreída, exigen a los indios servicios personales, usurpan sus chacras, les venden aguardiente enviándoles con el licor y hasta poseen obrajes.

José Gabriel ha preferido dedicarse al transporte y tenemos treinta y cinco piaras de mulas, para llevar azogue, tocuyos, azúcar y otras mercaderías a Potosí, Lima y los puntos intermedios. Siendo de buen obrar, el corregidor Arriaga le ha tomado una gran ojeriza por la estimación que le tienen hasta los españoles. Por su carácter agrio y envidioso se puede esperar de él cualquier ataque.

Sin embargo, los kurakas se dan cuenta que los pueblos se están quedando sin gente. Hay lugares que tenían como 100 mil habitantes, donde quedan apenas unos 200 entre niños y viejos. La despoblación es brutal. Las obligaciones son excesivas. Aparte de los gravámenes, para quedar bien con la parroquia, tenemos que financiar las fiestas de los santos patrones. En las prédicas los clérigos nos enseñan a ser obedientes. Pero muchos indios no quieren creer en el cielo, porque preguntando si allí van también los españoles, al tener una respuesta afirmativa, prefieren renunciar a la celeste morada antes que volverse a ver con sus verdugos.

El corregidor Arriaga ha hablado que le gustaría enjuiciar a mi marido y ordenar que le maten, pues, por su causa recauda muy poco. Es un hombre malvado. Nos abrumba con sus pedidos, cobra sin misericordia, es cruel con los indios, comete los más odiosos delitos amparado en la autoridad y nunca está satisfecho. Le molesta que José Gabriel ayude a nuestra gente, cuando los indios se hallan en aprietos para cumplir con las contribuciones, y le ha acusado varias veces de que está levantándolos. Él ha faltado, más bien, de palabra y obra a tantos curas y monjas, que el obispo Moscoso del Cusco lo excomulgó y sólo a instancias de las autoridades superiores lo ha perdonado.

La provincia de Tinta es una de las más grandes y hermosas de Cusco. Tenemos varios climas en nuestra comarca. En las tierras altas, por donde pasa el río Apurímaq, hiela bastante y entonces parece que las panpas se escarchan de estrellas. Más abajo el aliento de la tierra es tibio. Da gusto ver las quebradas con franjas de verdes y granates por la papa, el maíz, las habas, el tarwi y la quinua, mientras los eucaliptos, los molles y los sauces que hay en sus linderos parecen guerreros sach'arunas. En el valle, el río Willkamayu riega las extensas heredades que pertenecieron a los qanchis, guardianes del santuario de Wiraqocha. Entre la lava de los trillizos del volcán Kinsach'ata, el templo aparece rodeado de verdor, pues hay manantiales profundos que forman pequeñas lagunas. Panpamarca, Tungasuka y Surimana, están en la altiplanicie, donde la lluvia baja kashwando<sup>(6)</sup> con fuerza y se va haciendo girar sus polleras de arcoíris, y los vientos que aparecen en las tardes de agosto galopan como potros de largas crines. Surimana es linda, recogida en sí misma, como una mamala que teje coronas rojas de qantu para sus nietos. Tungasuka es viril como los kanas, altiva. Panpamarca es como una doncella que se pone bonita los domingos.

---

(6) Bailando.

José Gabriel y yo estamos impacientes. Harto se ha esperado que cambien los blancos. Don Ventura Santalices y Venero, gobernador de Potosí, quiso corregir el escándalo de los mineros que se cebaban en los mitayos como garrapatas, y lo envenenaron por defenderlos en el Consejo de Indias. Don Blas Tupaq Amaru, tío de José Gabriel, siguió sus gestiones, corriendo su misma suerte cuando embarcó para España. José Gabriel ha sido prudente y ha tratado de aliviar con nuestros dineros y nuestra despensa la miseria de nuestra gente. Aunque ha sido apenas como dejar caer una gota de agua en los labios abrasados del sediento. Los indios somos muchos y él ha comprendido finalmente que sólo la revolución podrá liberar a todos. Desde que lo pensó yo he estado con él, llevándole las quejas, animándole, y recordando a los hombres el valor de nuestros antepasados, tratando de incentivarlos para despertar en su sangre las artes dormidas de la guerra, insuflándoles fe en un nuevo destino, en un mañana sin cadenas. Soy una mujer andina y tengo el coraje y la bravura de las kaneñas.

En las noches, a la luz de la vela, cuando todo está en silencio y ni los perros ladran, hablamos José Gabriel y yo como dos conspiradores. Pregunta mi parecer sobre los kurakas. En unos tengo confianza, en otros no porque son francamente enemigos, al resto no los conocemos. La desunión es el peor de nuestros males. José Gabriel cree más que yo en su calidad humana. "Cuando la revolución avance tomarán partido", dice. Ojalá.

Nos conocemos desde niños. Nos separamos cuando fue a estudiar al Cusco. Allí aprendió a leer y escribir en español y en latín. A su regreso me enseñó, dibujando una por una las letras, hasta que pude poner Micaela. El doctor don Antonio López de Sosa, Cura y Vicario de Surimana, nos casó el 25 de mayo de 1760. Dos alfombras tejidas con flores y las insignias de los Tupaq Amaru fueron colocadas en el interior de la iglesia. Hubo fiesta en el pueblo. Unimos nuestras vidas hasta la muerte, sin pensar que la causa de nuestro pueblo nos exigiría dárselo todo.

José Gabriel siguió un juicio para ser reconocido como legítimo descendiente de los Reyes Inkas de Cusco y consiguió que, en atención a su estirpe, se le nombrase uno de los veinticuatro electores indios de aquella ciudad, a quienes compete elegir Alférez Real cada año para la función del Patrón Santiago. Su nombramiento fue confirmado por el Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Virrey don Diego Ladrón de Guevara. Muchos le han discutido su calidad de noble, pero él ha insistido en que es "indio por todas partes, con sangre imperial". En Lima ha conseguido también que se califique su sucesión como hijo legítimo de don Miguel Tupaq Amaru, nieto de don Sebastián Tupaq Amaru, biznieto de don Blas Tupaq Amaru, y tercer nieto de don Diego Felipe Kunturkanki y de la Qoya Juana Pilqowako, hija del último Inka don Felipe Tupaq Amaru, obteniendo el kurakazgo de los pueblos de Surimana, Panpamarka y Tungasuka. El español Vicente José García de Rodríguez, capitán de la compañía de Dragones de Cotabambas, quiso que se reconociera a su esposa María Gertrudis de Avendaño y Betancur, como la auténtica descendiente de los Tupaq Amaru. No consiguió nada, aunque hizo todo lo posible por desprestigiar a mi marido y robó nuestras partidas de bautizo de la parroquia.

## 4 de noviembre

Tomás Katari se ha adelantado y está peleando en Chayanta. José Gabriel apresará hoy al corregidor peninsular Antonio Juan de Arriaga y Curbista, para unificar ambos movimientos. Lo hará después de la comida en casa del cura de Yanaoka, doctor don Carlos Rodríguez Dávila, quien celebra un doble acontecimiento, su cumpleaños y el natalicio del Rey Carlos III.

Quedo ansiosa

Apu Salqantay, Apu Ausanqati, Apu Pachatusan, señores tutelares de Cusco. Ustedes fueron testigos de su grandeza y ahora

están viendo su ruina. Es tiempo de que vuelvan sus ojos hacia nosotros. Otrora, cuando los Inkas demandaron su ayuda, ustedes convirtieron las piedras en guerreros, los invencibles purun aukas, y vencieron a los chankas. ¿Qué esperan hoy, cuando queremos sacudirnos de la explotación extranjera? ¿Qué ha pasado? ¿Qué hemos hecho para merecer este abandono? ¿Por qué vuestro corazón, si somos vuestros hijos, no se desangra por los hombres que cayeron y los que han de caer en el combate? El Dios de los blancos, Dios del Hanaq Pacha, Justo Juez, está con nuestro pueblo y ustedes, protectores venerables de nuestros abuelos, no pueden ser indiferentes con su postración y su duelo. Yo les impetro para que en las horas de prueba no desmaye nuestro brazo. Padre Sol pon tu fuego en nuestras venas. Padre Viento lleva hasta los confines la noticia de que los Andes se han levantado. Nos hemos juramentado para luchar sin descanso, hasta que todos sean libres o hayamos muerto en la empresa. Si por algo no pudiera cumplir mi promesa, que el peso de vuestro enojo recaiga sobre Micaela, que mis días se troquen en lóbregas noches, que mis ojos no conozcan más la dulzura del sueño, que en mi boca la miel se torne acíbar, que bajo mis pies crezcan sólo abrojos y que cuanto pueda haber me sea negado. ¡Paykuna rayku!

## 5 de noviembre

Arriaga amaneció en Tungasuka. Su captura ha conmovido a la comarca.

Los españoles creen que mi marido ha detenido al corregidor porque le debe fuertes sumas prestadas, porque no le ha pagado la plata de los tributos y porque sus acreedores de Lima lo acorralan. Eso no es así. José Gabriel goza de buena posición económica; tenemos dinero, piaras de mulas, productos de la región y vivimos desahogadamente. No ha habido rencillas entre ellos, pero es sabido que al corregidor le gusta apretar con mano dura el pescuezo

de quienes están bajo su gobierno. Antes, se ha purgado en otras partes a los malos corregidores, que tomaron fama de atropellar a todo el mundo. Arriaga, para nosotros, es sólo el comienzo. ¡Acabaremos con todos! ¡A la hora de cobrar, pagarán buenos y malos!

Arriaga supone que saldrá libre muy pronto y se muestra insolente y altanero. Ya implorará lo que no está en nuestras manos darle. Están pasando los días y como las cosas no se arreglan principia a inquietarse. Ha firmado un papel para que su cajero Samuel San Roque nos entregue 75 mosquetes que están en el Cabildo de Tinta, vajilla de plata, tejos de oro y en moneda cerca de 22 mil pesos. También ha tenido que escribir órdenes para que los pueblos de la provincia se presenten en Tungasuka en el término de 24 horas. Ante ellos José Gabriel ha asegurado que tiene mandato del Visitador General y que representa al Rey de España para castigar al corregidor por haber perdido el respeto que se debe a la Iglesia y por cometer abusos y desmanes contra los indios. Les ha dicho también que se debe pelear para acabar con el gobierno de los corregidores, con las mitas, con los obrajes y los repartimientos, que los males y miserias que sufrimos deben acabarse para siempre.

Los indios le han vitoreado hasta ponerse roncós y se ha izado la bandera roja de la guerra con la bandera del arcoiris, del Imperio.

## 10 de noviembre

Arriaga ha sido ejecutado delante de la iglesia, con pregone-ro en qechwa y castellano, indicando que así lo quiere el Rey por ser este hombre revoltoso.

He visto a José Gabriel en su caballo blanco, con el unku imperial sobre su traje de terciopelo y la figura del sol en su meda-

lón de oro sobre su pecho, erguido y glorioso como corresponde a un Inka. Se han reunido como 25,000 indios y no hay por donde caminar. El bullicio parece música. Las voces de ¡haylli! y ¡kausachun!, “¡viva!”, “¡viva!”, resuenan en los cerros como si estos se animaran y llenan el ambiente. Los hombres y las mujeres cantan. José Gabriel irá a Quiquijana, antes de que los acontecimientos se conozcan en el Cusco. Quiere apresar y ejecutar a Fernando Cabrera, corregidor de Qispiqanchi. Arriaga se arrastró antes de morir. ¡Bien muerto está! No ha sido un bajo deseo de venganza o simplemente un desquite. Fue un acto de justicia. Con nosotros se comportaba más o menos bien, porque José Gabriel era el kuraka. Pero de qué modo trataba a los indios. Su corazón destilaba como pus su desprecio por mi raza. Nos veía como seres inferiores. Sólo como peones, mitayos, obrajeros. Como los dedos que arañaban la tierra hasta perder la piel para poner la semilla y hacerla crecer, hasta cosechar el fruto que él recogía, sin darse la menor molestia. Arriaga nos vivía la vida igual que los otros de su misma laya. Por él murieron muchos. Sin él, esta noche descansarán los hombres en sus casas. El miedo recogerá sus pasos para ir retrocediendo. Habrá una luz interior en las pupilas de los niños. Las mujeres sonreirán. ¡Arriaga bien muerto está! Así como él decía que no éramos gente, Arriaga no era hombre. Era el espíritu del mal, el supay, vestido con jubón de terciopelo y calzas de seda. A él también le hemos liberado. Pidió perdón por todo lo que hizo. No seguirá cometiendo atropellos. Y aunque quería vivir, dos veces se rompió la soga que le colgaba de la horca, bien muerto está. El señor cura ha rezado solo por la salvación de su alma. Todos le han vuelto la espalda. Nadie le llorará. Su sobrino Balza de Berganza está protestando. Será por el dinero que no le deja. Lo que tomamos es sólo una parte de lo tanto que nos había robado. En especial no teníamos gran cosa contra Antonio José de Arriaga, un español de los tantos, pero sí contra el corregidor y todos los corregidores, que son como unas sanguijuelas que nos chupan la sangre. Decir corregidor es lo mismo que decir delincuente, pero oficial, que obra por la “ceguera” de las demás autoridades. Ha-

ciendo burla de las leyes que debían protegernos. Ya no podemos esperar. Ha llegado el momento en que la violencia responda a la violencia.

Los kaneños son resueltos, gente brava que se siente feliz peleando a muerte en sus juegos viriles, pero no tenemos muchos fusiles ni municiones. Ni tampoco saben usar armas de fuego. Hay que proceder con prontitud. Ir moviendo a los pueblos comarcanos como quien mueve cerros. Los pututos tienen que llamar sin descanso. Hay que quitarles el poder a los blancos y harto sabemos de sobra que no soltarán lo que cogieron a la fuerza de buen grado.

José Gabriel salió muy temprano para apresar a Cabrera, pero este ha huido al Cusco. Han transcurrido sólo horas desde que Arriaga dejó el mundo de los vivos y afluyen los hombres por los caminos como ríos. Las campanas de Tungasuka, Panpamarca y Surimana llaman todos los días repicando, como si entendieran que estamos contentos. Los pukakunkas y sus protegidos están corriendo como zorros, con la cola entre las piernas. Tupaq Amaru es puma. Tupaq Amaru es cóndor. Los nuestros tienen que acordarse de nuestras paqarinas. Somos hijos de las montañas. El padre dominico fray Isidro Rodríguez ofició misa en una mesa que ha sacado de la iglesia. Le hemos puesto los manteles más blancos y, al levantar la Hostia, Dios debe haberla visto, ahora sí, desde el cielo. Los bienes de Cabrera han pasado a ser nuestros y se ha dado libertad a los que tenía presos y esclavos. Ellos están engrosando nuestras filas. La bandera roja de la victoria y la bandera del Imperio están flameando ahora en los pueblos. Nuestras fuerzas han arrasado los odiados obrajes de Pomaqanchis, Parapuqyu, Yanawara y otros. Se les ha prendido fuego a pedido de los mitayos que tantas penurias han pasado en ellos. José Gabriel no ha podido contenerles. Los han quemado y después han cantado, llorando de alegría. Se ha repartido entre ellos unos 100,000 pesos y mercaderías por los salarios que les adeudaban. Con qué gozo han

destruido los cepos, argollas y cadenas. Los niños saltaban felices, como pichingos<sup>(7)</sup> que han escapado de una jaula. A ellos los amarraban a los telares para hacerles trabajar sin pagarles. A su regreso José Gabriel ha estado ocupado escribiendo cartas y bandos a las provincias. El 16 escribió este y he guardado una copia en mi arcón de Surimana.

*"Hago saber por este a los Peruanos vecinos estantes y habitantes de la Ciudad del Cusco Paysanage de Españoles y mestizos, Religiosos de todas las que contiene dicha Ciudad Clérigos y demás personas distinguidas que hayan contraído amistad con la Gente Peruana concurran en la distinguida empresa que hago favorable al bien común de este Reyno por constarme las hostilidades y vejámenes que se experimenta en toda Gente Europea quienes sin temor a la Magstad Divina ni menos obedecer Reales Cédulas de nro. Natural Señor han preparado los límites de la Paz y quietud en nuestras tierras haciendo vejámenes y agravios aprovechándose del bien común dejando aun perecer a los nativos. Y como cada uno de por si tiene experimentado el riguroso trato Europeo, en esa virtud, han de concurrir sin excepción de personas a fortalecer la mía, desamparando totalmente a los chapetones y aunque sean Esclavos a su Amos con aditamento de que quedaran libres de la servidumbre y esclavitud en que esta van y faltando a la ejecución de lo que aquí se promulga experimentarán los contraventores el rigor más severo que en mi reserva a causa de la desidia indiferente sean Clérigos, Frayles o de cualquier otra calidad y carácter. Y para que ninguno alegue ignorancia mando se fijen estos carteles en los Lugares Públicos de dicha Ciudad. Es fh. en el santuario de Tungasuka Provincia de Tinta, en 16 de Noviembre de 1780"*

---

(7) Pajaritos.

Cuando lo leyó Antonio Oblitas las lágrimas corrieron por sus mejillas, aunque él ya es un hombre libre desde que murió Arriaga y se unió al ejército libertador.

José Gabriel ha garantizado protección a criollos, mestizos, zambos e indios. Nuestro movimiento comprende a los que tengan el mismo ideal. El patrón ya no comerá de nuestra pobreza, los desnudos no vestiremos a los poderosos, los humildes no haremos más ricos a los ricos. Tengo fe en los míos pero no puedo fiarme de los criollos. Ellos están entre dos mundos. Entre el que explota y el que es explotado. Habrá que verlos con reserva hasta que nos demuestren su sinceridad. Sobre todo los que tienen fortuna y son capaces de llegar a extremos si la creen amenazada. Los mestizos se inclinarán más a nosotros. Ahora que estamos envueltos en la lucha sólo tenemos una probabilidad. Triunfar.

Ha venido a vernos doña Tomasa Titu Kondemayta, Kura-kesa de Aqos. Es una mujer buena y valiente. Ella protestó siempre por el maltrato que recibían los indios de su comarca. Hemos tenido que contener su impaciencia. No obstante estar casada con el chapete Faustino Delgado es fiel con nuestra raza. Sabe gobernar y por eso mismo es bien obedecida. Ella fue la primera que mandó reunir a los varayoq y a los alguaciles para que organizaran a su gente. Ha trabajado bastante mandando hacer rejones, picas y lanzas. Está en desavenencia por nosotros con el kuraka de Aqomayo, Evaristo Delgado, que escapó a Cusco junto con Cabrera, reuniéndose en el camino con los kurakas Pedro Sawaraura y Chilitupa. Ellos han comenzado a agitar el avispero. Allá han empezado a prepararse y deben haber enviado aviso a Lima. Tenemos que apurar la marcha si queremos tomar la Ciudad Puma y hacer que recupere su antigua jerarquía. Cusco debe tener unos 26,000 habitantes y de esos para la guerra sólo puede contarse unos 500. En este momento el corregidor Fernando Inclán Valdez debe estar asustado. No tendrá auxilio inmediato. Los curas de Panpamarca y Yanaoka, el doctor Bejarano y don Ramón Moscoso, han escrito al

Obispo Juan Manuel Moscoso y Peralta y a los demás principales, relatando todo lo que pasa en casa, el número de soldados que tenemos, el nombre de los kurakas que nos apoyan, los movimientos de José Gabriel. No sé qué pasará con el Obispo. Se habrá sentido complacido con la ejecución de Arriaga, a quien odiaba por encima de sus investiduras. Muchas veces le hizo quedar mal, denunciándolo por abuso de autoridad al Virrey. Su controversia con Arriaga era una cosa, José Gabriel cree que será nuestro aliado en el Cusco. Yo dudo a favor de quién se pondrá en el momento supremo. Han estado escribiéndose. Sin embargo está mandando también cartas circulares a los curas de las doctrinas de Oropesa, Andahuaylillas, Urcos, Quiquijana, Sangarara. Cheqakupe, Pomaqanchi, Kacha. Yauri, Pichiwa, Sicuani. Yanaoka, Langui, Cheqa y Layo, para que so pena de excomunión no se muevan de sus doctrinas y exhorten a sus feligreses que no se impliquen con la revolución y sean más bien leales servidores del Rey y sus ministros

Está lloviendo y a pesar de que aquí el agua cae a torrentes del cielo, se escucha día y noche el llamado de los pututos de cerro a cerro. Tungasuka es nuestro cuartel general. Nos turnamos con las mujeres del pueblo para que haya siempre comida caliente. Es curioso cómo reaccionan. Marcela Castro, la madre de Diego Cristóbal, me ha mandado decir que cuidará de Fernandito, mientras su padre y yo tengamos que hacer. José Gabriel dice que le entregue los papeles más importantes para que ella los guarde. Está seguro de su discreción. Ella sabe que nuestra empresa es har-to delicada y en lugar de retraerse ha aconsejado a Diego Cristóbal que nos acompañe, esperando que tengamos suerte. Su nuera, Manuela Titu Kondori, está de acuerdo y nos ha dicho algo muy hermoso. Que si su hijo estuviera grande lo mandaría a luchar a nuestro lado. El miedo que a veces toca con sus alas mi corazón, se desvanece ante la confianza de los que vienen, para incorporarse. Hasta la tímida y dulce Cecilia, esposa de Pedro Mendigure, viene a hacerme compañía. En sus nuevos bandos, José Gabriel está censurando las imposiciones que se dictan desde España y

que nos tienen hostilizados en sumo grado. Habla de arrasar de raíz el mal gobierno y dejar al vecindario que pueda vivir en sosiego, librando a este Reino de su cautiverio.

## 17 de noviembre

Nos han traído la noticia de que Bernardo Pumayalli Tambowakso ha sido ejecutado. ¡Dios se apiade de su alma! El noble kuraka de P'isaq es el primero que se va. Habrá subido por un camino de rosas al Hanaq pacha. Su sangre se habrá convertido en flores.

En el Cusco han hecho Junta de Guerra y han armado a los voluntarios. Dos columnas han salido, con el corregidor Cabrera y con Tiburcio Landa, gobernador de Paukartambo. Están con ellos los kurakas y Chillitupa, con indios y un grupo de negros y mulatos.

Landa llevaba órdenes de esperar en Waraypata los refuerzos que se están organizando, pero Cabrera lo indujo a proseguir su avance. El 15 llegaron a Sangarara, a cinco leguas de Tinta. Eran unos 1,200 hombres bien armados y alimentados. Landa se parapetó con sus tropas sobre un morro a espaldas de la iglesia. Su situación era ventajosa porque podía dominar todas las entradas. Nos hubieran contenido mejor. Sangarara es tan pequeño. Pero Landa, según supimos después, fue objetado por Cabrera, quien tenía la idea de que fortificarse en la iglesia era lo más apropiado. Se podía usar inclusive el atrio, que estaba rodeado de arcos. Pensaron que José Gabriel estaba lejos, pero no sólo estaba cerca sino que este cambio de maniobras lo favoreció. Ellos mismos se metieron en una trampa. Sus exploradores no advirtieron el avance de nuestras fuerzas y una espesa nevada que cayó el 18 terminó por desorientarlos. Al despejarse se vieron sorprendidos y sólo atinaron a refugiarse en la iglesia. Soldados, kurakas, el cura, el capellán, su ayudante y 30 mujeres indias. Landa fue intimado a rendirse y no quiso. José Gabriel estaba en su caballo blanco. Ese que

quiere tanto y que compró de unos iqueños, que lo trajeron a una feria. El animal es rápido y tiene un paso suave, gateado. Como es muy respetuoso de la religión pidió que saliera el cura llevando a Nuestro Amo. No se lo permitieron. Mandó decir entonces que se fueran por lo menos las mujeres y los criollos, que aquella pelea era solamente entre indios y españoles abusivos. Landa se volvió a negar y a los que quisieron irse por la fuerza los mandó matar, profanando el sagrado recinto. Indignado ante esas muertes, el mismo párroco Sánchez de Alva mandó un mensaje secreto para que se pusiera fin a tales sacrilegios. Viendo que no procedían las conversaciones comenzó el ataque. Antes, abandonaron la iglesia el capellán de campaña, don Juan de Mollinedo, con los kurakas Miguel Farfán y Evaristo Delgado, vestidos de sacristanes. El uno con una cera encendida y el otro meneando una campanilla. Ambos muertos de miedo, después de dejar los uniformes militares con que se jactaban de poder. En la iglesia había tanta muchedumbre que no podían actuar los artilleros realistas. En eso, no se sabe cómo explotó su polvorín, voló parte del techo y se desplomó una pared. José Gabriel estuvo a punto de recibir un disparo de cañón. Él se libró pero cayeron siete de los nuestros que iban por delante. Por la brecha y protegidos por la fusilería salieron Escajadillo y Landa con puñal y pistola en las manos. El primero cayó de un garrotazo y el segundo, lanceado. Igual cosa le pasó a Cabrera, que se desplomó entre las llamas como castigado por la justicia divina, y también los kurakas Sawaraura y Chillitupa. De sus regimientos sucumbieron 576 y quedaron heridos 28 criollos, a quienes dejaron irse. Mi marido entregó 200 pesos al cura para que diera cristiana sepultura a los muertos, ofreciéndole reconstruir la iglesia y ponerle un altar de plata. Tomasa Titu Kondemayta estuvo en la refriega. Me han contado que ordenó entonar las k'achanpas de triunfo, celebrando con tinyas y pinkillos la derrota de los españoles. En el paroxismo de la alegría bailó con la bandera roja entre sus manos, durante varias horas, ante el crepitar de las hogueras y los rayos del sol que atravesaron su envoltura de nubes para iluminar la plaza. Le siguieron las ñustas Agustina Aima y Gregoria Apaza. La euforia

de los guerreros debe haber sido contagiosa. Yo misma he sentido el júbilo de la victoria.

Al día siguiente José Gabriel se vino para Tungasuka trayendo banderas, cañones, fusiles, sables y demás despojos. Mi Fernando me entregó orgulloso su primer trofeo: el pendón español. Tomasa me escribió pidiendo que Julián Escalante y Marcos La Torre se queden en Sangarara y así se ha ordenado. Ha sido muy valiente. "Harto, dice, he hecho con defenderme en mi puesto y aunque ando desfavorecida por no ser hombre, con todo hice lo propio". Los que ufanos habían pensado volver con la cabeza de Tupaq Amaru en una pica, se regresaron al Cusco, con el rabo caído, haciendo ver que estamos bien armados. Sabemos que allá las opiniones son diversas. Pero la mayoría se mueve en contra. El Obispo Moscoso por fin ha mostrado cual es su verdadera cara. En lugar de lamentar el poco respeto de los de Landa por la iglesia que fue convertida en lugar de ejecución y campo de batalla, ha excomulgado a José Gabriel, "por incendiario de las capillas públicas y de la iglesia de Sangarara, por grasador de caminos, por rebelde traidor al Rey, por revoltoso, perturbador de la paz y usurpador de los Reales Derechos. Y a todos cuantos le dan auxilio, favor y fomento, y a los que le acompañan, si luego que tuvieren noticia de su censura no se paran de su comunicación, y no se desisten de auxiliarlo en su depravado intento". Esta es otra de las tantas injusticias de los blancos. El Obispo Moscoso sólo nos tomó para quitarse de en medio a Arriaga. Pero en el obrar no se diferencia de los demás. Ha ordenado que se pongan los cedulones de excomunión en las puertas de las iglesias. José Gabriel está preocupado porque piensa en el efecto desastroso que tendrá esta medida religiosa contra él y nuestra causa, sobre todo entre los criollos que son vacilantes. Para contrarrestar sus resultados ha mandado a su vez una circular a los curas del territorio que tiene bajo su mando, asegurándoles que su política no es contraria ni al sacerdocio ni a la Iglesia. Sólo quiere acabar con el temerario abuso, la perversa costumbre de los repartos y demás pechos que amenazan nuestra

fe y costumbres a que estamos obligados. Yo le he dicho que debemos marchar al Cusco y ocuparlo, que es el momento propicio. Él quiere afianzar antes nuestras posiciones. Esta tardanza me fastidia. Me impacienta.

José Gabriel está tratando de que se unan los kurakas. Es difícil. Todos quisieran ser cabeza. Unos se conforman, acatando su derecho por pertenecer al tronco imperial. Otros son rivales, como Mateo Pumakawa de Chinchero, que anda muy pegado a los españoles; Diego Choqewanka, otro sirviente, la carta que mi esposo le escribió la entregó sin abrirla al corregidor Zata y Zurbiría; también Nicolás Rosas de Anta, Eugenio Sinanyuka de Tinta, Antonio Eguiluz de Paruro, Joaquín Zúñiga de Condesuyos; y cuántos más que todavía no se descubren. Estos no aman la tierra y parece que estuvieran vendidos.

Antonio Oblitas, que tiene oficio de pintor, le ha estado haciendo un retrato a caballo con vestiduras reales, para recuerdo de los Tupaq Amaru. Cuando haya un poco de tiempo haremos pintar un cuadro de la Virgen del Carmen, nuestra Patrona, donde nos pongan a los dos como devotos orantes. No estoy de acuerdo con la carta que ha enviado al Obispo Moscoso. Respeto al religioso pero ese hombre es peor que una alimaña.

Me reconforta que tanta gente acuda. Algunos vienen de muy lejos con sus carguitas de leña, de papa, de chuño y de charki. Es tan tierna su actitud que me violenta. ¡No podemos defraudarles! Antes se resignaban a su suerte y ahora una débil llamita se levanta en el fondo de sus ojos. Hace falta comida y municiones. Estamos tomando lo que hay en las haciendas cercanas. Es una contribución a la causa. En estos días están llegando también muchos negros y mulatos, huidos en su totalidad, que al saber que pueden ser libres declaran que si tienen que morir prefieren morir, como hombres libres y no como esclavos. Con grandes gestos y ademanes como acostumbran expresan su alegría de estar con

nosotros y su decisión de luchar aunque sea con sus manos. No sé si serán útiles porque no saben manejar ninguna arma, pero les sobra voluntad. Hasta la fecha se venden como mercancía. En el mercado, por un negro viejo dan poco, porque consideran que está inservible. Los negros jóvenes son bien apreciados y también las negras jóvenes preñadas. Al comprarlos les miran los dientes como a los caballos, haciéndoles abrir la boca para asegurarse de su edad. No llevan cadenas pero es lo mismo que si las tuvieran. Sus hijos son vendidos apenas llegan a mozos. No se tiene en cuenta a sus familias. En los algodonales y en los cañaverales es donde penan más y sus amos tienen perros amaestrados para cogerlos si logran escapar y destrozarlos. Los únicos que están bien son aquellos que viven en las ciudades. De doncellas, las mujeres, y de cocheros, los hombres. Estos son presuntuosos como los blancos pero aun así creo que la libertad será grata para ellos. No hay quien la hipoteque por su gusto.

## 23 de noviembre

José Gabriel se ha ido por las provincias altas. Hoy tengo que mandarle 600 pesos, fuera de los 56 que llevó Juan, su hermano. También irá un odre de aguardiente. Le he recomendado que toda la comida que se sirva sea de manos de los nuestros y de los de mayor confianza. Estoy aquí, en nuestra casa de Tungasuka, pero mi alma lo sigue. Ojalá pudiera acompañarle y hablar con él sobre lo que debe hacerse. Desde lejos veo con más claridad. Hay que mover a la gente de Arequipa. Debe mandar un propio con los carteles de sus bandos para que se enteren. Debe ser pronto. Hay que despachar también otro propio a Pachachaka (Apurímac) y cortar el puente, para que por allí no puedan comunicarse.

Los vecinos de Chumbivilkas recibieron una proclama especial, donde les aclara que su ánimo es cortar el mal gobierno de tanto ladrón zángano que nos roba la miel de nuestros panales.

Cuando estuvo en Liwitaka nombró como Justicia Mayor a Juan Zubizarreta, con facultades especiales para que las faltas de hurto, mentira y embriaguez sean castigadas. Un grupo armado está recogiendo los cedulones del Obispo.

Me parece que José Gabriel no va tan rápido como yo quisiera. Le repetí mucho que debíamos aprovechar la sorpresa. Enemigo avisado es doblemente peligroso. Los soldados españoles se están movilizandoy a deberíamos haber trabajado sobre la ventaja que les hemos llevado. En Lampa y Arequipa hay conmoción. Simón Noguera ha caído en sus manos y esto me preocupa. Le he suplicado que retorne presto. Nuestro cura se ha ido y Ramón Moscoso y su mujer dicen que se apartan también. Sólo él puede parar las malas ausencias que se están haciendo de su persona. Ojalá estuviera aquí por lo menos Diego Cristóbal. Los vecinos, al ver la iglesia cerrada, han reclamado los servicios religiosos y están murmurando porque quieren ver al cura. Este movimiento no me da descanso. Hemos removido el hormiguero y hay que atender muchas cosas y a un mismo tiempo. Con nosotros están muchos kurakas. Más fácil hubiera sido para ellos continuar con este régimen donde eran simples intermediarios, premunidos de una serie de privilegios. Pero han sentido la congoja de nuestra gente con la misma intensidad y por eso están apoyándonos con lo que tienen. Los españoles hubieran logrado mayores beneficios de habernos dado un trato humano. Su soberbia, por creerse superiores y por este motivo déspotas y prepotentes, dio como consecuencia esta resistencia.

## 30 de noviembre

José Gabriel está saliendo de los Altos de Liwitaka. Necesita dos mil pesos y tendré que enviar esa suma con un propio a Yauri, donde estará muy pronto. Ojalá que la gente de Velille nos apoye. Me encarga que Juan Antonio Figueroa no se descuide de arreglar los fusiles y fabricar los cañones que nos faltan. No sé qué tiene



*"En los ojos de los niños hay una nueva luz".*

---

Foto testigo. Tungasuka cuando tenía los arcos que conocieron José Gabriel y su esposa.

Fotografía Julia Chambi. 1969





*"Las mujeres sonríen. Los hombres podrán descansar".*

A la izquierda iglesia de Tungasuka. En el lugar fue ajusticiado el Corregidor Antonio Arriaga.

Fotografía Julia Chambi. 1969.





*José Gabriel tuvo especial afecto por la Virgen del Carmen.*

---

Manos ajenas sustrajeron de la sacristía de la iglesia de Surimana la Virgen pintada en una piedra de molino, con la alfombra de los Tupaq Amaru y el Niño Dios de Micaela.

Fotografía Alfonsina Barrionuevo. 1969





Tienda de campaña donde están sentados en el suelo y con grilletes José Gabriel, Micaela y Tomasa Titu Kondemayta.

Fragmento de la pintura que mandó hacer un devoto de la Virgen de las Nieves, agradecido por haberlo salvado de la muerte en la refriega de Tinta. Allí aparecen Tomasa Titu, Micaela y José Gabriel, después de su captura.

Foto testigo. Alfonsina Barrionuevo. 1969

este español. Me pregunto por qué está con nosotros. No es desconfianza propia de mujer. Presiento algo turbio. No será extraño si nos hace una mala pasada.

Dios y los Apus iluminen a Tupaq Amaru, mi señor, mi Inka. De sus acciones depende la libertad de nuestro pueblo y la vida mía y de mis hijos. En este empeño no tuve un momento para meditar qué será de nosotros si José Gabriel fracasa. Los españoles son crueles y es de imaginar qué harán con nosotros. Aunque no importa lo que pase si logramos la felicidad de nuestro pueblo. La vida de él y la mía ya no nos pertenecen. Así quedamos el día en que José Gabriel comenzó a pensar en alzarse contra la opresión. Me duele haber dispuesto la vida de nuestros hijos, que correrán la misma suerte en la alegría o la desventura. Ellos merecen vivir. Pero qué herencia les dejaríamos. No estamos luchando ya para nosotros sino para las generaciones que vendrán. Los indios no sabían robar, pero aprendieron por necesidad para no morir de hambre. No sabían mentir, pero aprendieron a encubrir la verdad para librarse de las exigencias de los corregidores y los encomenderos. Estaban hechos para el trabajo pero aprendieron a escamotear las horas de labor pensando que al sudar hasta mojar los lomos beneficiaban solamente a los usurpadores. José Gabriel representa la esperanza de liberación de este pueblo que fue grande en las artes, en las ciencias, en la agricultura, en la administración y en la justicia. Por eso es que lo sigo y que lo admiro. Ha tenido tanta paciencia. Primero trató de hacerse escuchar en Lima y no sirvió su empeño. Se quejó al Visitador del Rey, don José Antonio de Areche, por los nuevos impuestos que había creado y este le contestó con una carta desdeñosa. Quiso ser la voz que acusa la opresión pero no hubo oídos para escucharle. Al volver ya tenía pensado que el único camino era hacer por su mano la justicia que en el papel se negaba a los nuestros.

Los chaskis vienen entusiasmados. José Gabriel es bien recibido en los pueblos, entra bajo palio y con aclamaciones. Han

caído bien los edictos y los bandos, pero debiera venir. Yo tengo soldados en Tungasuka y no dejamos pasar a nadie sin que no den cuenta y pidan salvoconducto, porque hay muchos espías del otro lado. Según me ha pedido enviaré fusiles a Layo y la bandera que he estado arreglando hasta bien tarde de la noche. Hoy llegaron los porteadores con el traidor Eugenio Kunatupa Sinanyuka, quién está enfermo, y su mujer. Se les dará un trato benévolo, no somos fieras. Trajeron también dos fardos. Uno con 76 piezas de bretaña y el otro, con 5 docenas de medias, un trozo de cinta, 12 sombreros y algunos paquetes de navajas y cuchillos. Tendré que abrir las tiendecitas de la plaza para sacar algunos reales que necesitamos para pagar a la gente. Me dice que debo conformarme, que así será de Dios. Estoy dispuesta a morir pero no con los brazos cruzados. Me gustó mucho el envío de Pedro Mendigure. Doce maytos de flores para la Virgen. Al mismo tiempo me produjo un inmenso dolor saber que Simón Noguera ha sido emparedado en Cheqakupe. Pobre amigo y hermano. Cómo tenderte las manos por encima de la muerte para que te consuele saber que seguimos luchando, contigo en espíritu.

Nosotros hemos complicado nuestra vida. ¿Dónde están los días serenos?. En escribir me paso mucho tiempo y eso que me ayudan, no puedo avanzar mucho. En mi última carta del 2, le he dicho a José Gabriel que me envíe preso a Andrés Castelo, porque comete graves excesos en los pueblos donde va y los predispone en contra nuestra. En Langui hizo muchos destrozos contra mi compadre Francisco Santa Cruz, saquéndole su casa y maltratándole a él y a los suyos. Ha venido a quejarse y me he puesto de su parte. No sé si quiso apoderarse de lo que no es suyo o si emplea tácticas erradas que nos hacen más daño que bien. Recuerdo cómo los hermanos Ayar devolvieron al menor a la cueva de Tanpu T'oqo por hacer demasiado alarde de su fuerza y sembrar pavor en el corazón de los pueblos que querían unificar. José Gabriel objeta que Castelo es enérgico y que lo mande a los lugares donde han colocado los carteles de excomunió para que los saque. Que si no

quiere ejecutar sus órdenes que lo ponga preso. Ojalá que después no se arrepienta de haber confiado en él. Una revolución arrolla todo pero en los desmanes las multitudes escapan a cualquier control. En Sangarara quemaron la casa de Tomasa. No me gusta.

## 6 de diciembre

Para una mujer que siempre estuvo en su casa no es tarea sencilla mandar hombres. Lo hago porque debo atender nuestros asuntos mientras José Gabriel está ausente. Felizmente los escribientes me ayudan y así se alivia mi carga. No sé qué haría sin Mariano de la Banda, Felipe Miguel Bermúdez, Diego Ortigosa, José Esteban Escarcena, Francisco Cisneros, Manuel Galleguillo y Diego Berdejo, que se alternan. A veces están con mi marido y otras conmigo, en Tinta o en Tungasuka. Nunca había escrito tantas cartas, además de los pases porque los indios están bravos y los viajeros no tienen paso franco. Esta medida es importante porque muchos de ellos pueden servirnos de excelentes propagandistas. No somos una turba de malhechores y los caminos están cubiertos para los que tienen sana voluntad. Las lluvias son más frecuentes. Los campos reverdecen. No decido qué sería mejor si pudiera manejar el tiempo, que los días volaran presto o que tardaran en irse. Extraño la paz apenas perturbada de las comarcas. Hay demasiado trajín y ya no sé cuál será la comida de la mañana o de la tarde. Apenas termine de recibir los avíos de Liwitaka le escribiré a José Gabriel para que vuelva. No estoy pesimista pero no sé qué hace paseándose por los pueblos, descuidando lo demás. Los hombres se aburren aquí y quieren irse. Yo misma me impaciento y hasta quisiera entregarme a nuestros enemigos para que de una vez me quiten la vida. El se olvida que la gente necesita mantenimiento y aunque se les dé plata si no hay víveres se irán, dejándonos desamparados. Me han contado que subió a la torre de Yauri para hablar. No me explico por qué hace esas cosas que no corresponden a su rango. El me ofreció cumplir su palabra pero tarda y ahora que se están

moviendo todo el Sur y los de Lima, puede perderse la gente que tengo prevenida para la bajada a Cusco. Dijo que íbamos a combatir pronto pero está retrasado. No siento pena por mí, me duele mi familia. Quisiera dejar a Fernando en lugar seguro y ponerme a caminar. Bastantes advertencias le he hecho para que fuéramos inmediatamente a Cusco, pero ha dejado todo a la barata, dándoles tiempo para poner cañones en el cerro de Píqchu y hacer otras maniobras peligrosas. Hoy, 11, me voy a Paruro, para cuyo efecto he convocado a los indios de los lugares aledaños que tienen miedo por la salida de los soldados de allá, algunos se están yendo a los cerros porque no les acaben sus ganados. La mira que llevo es ganar más gente para estar rodeando el Cusco. Tenemos de vez en cuando encuentros con los españoles, no siempre con felicidad, pero para imponernos debemos estar muy fuertes. Por eso les estoy escribiendo a los kurakas de Maras y Paukartambo. A ver si se unen. El padre Ambrosio que fue a Cusco dice que en el Rodadero hay soldados, en el portal de la Compañía se ha emplazado cuatro cañones y en la parte de arriba, tres. Que los corregidores de Abancay, Paruro, Calca, Cotabambas y el de Chumbivilkas se están preparando y que los más de ellos tienen una fuerza de soldados lista para salir. Asimismo de Cusco saldrán por tres partes. Una de ellas es por Qatqa, pueblo que según las noticias está acabado. Según la última, Sukakawa nos ha traicionado. He mandado de mi parte una carta a varias autoridades. Debemos mantener contacto con ellos, para no perderlos de vista. Pero es la primera vez que lo hago.

No sé qué acogida le darán.

*"Señores Gobernadores Don Agustín y Don Lucas Núñez de la Torre y Don Matías Canal.— Muy señores míos y de todo mi aprecio.— Ya tendrán Vuesas Mercedes noticias de la empresa que ha tomado mi marido don José Gabriel Tupaq Amaru; pero, sin embargo de ello, para que queden mejor inteligenciados, paso a imponerles, para que la impartan a*

*sus indios y demás kurakas de esos pueblos, quienes tendrán esta por suya.*

*Como celoso del bien público y descanso de los naturales y criollos españoles, obtiene, a fuerza de sus desvelos, providencia para exterminar y acabar las malas introducciones de repartos, alcabalas, aduanas, y en su consecuencia se halla entendiendo en estas diligencias con el esmero, que hasta aquí se ve; en cuyo supuesto, no dudo, que vuestas mercedes coadyuvarán, aprontando toda su gente a disposición de dicho mi marido.*

*Y si tuviesen vuestas mercedes gente para prender al corregidor y europeos, lo podrán hacer, pidiendo auxilio a los demás kurakas; fuera de quitarnos con tanta tiranía nuestras posesiones y bienes estando en nuestras tierras, por contemplarnos que no somos capaces de defendernos, como lo vemos ahora, que mi marido ha puesto la mano.*

*Es tiempo que se esfuercen, cómo lo están haciendo los indios y españoles de estas provincias de Tinta, Chumbivilkas, Carabaya, Lampa, Azángaro, Paukartambo, Qispiqanchi, Paruro y otras que piden auxilio a mi marido, quien en la presente circunstancia tiene más de ochentisiete mil indios, fuera de principales y españoles de las ocho parroquias del Cuzco; conqué bajo estas fuerzas, no tienen vuestas mercedes que tener receto, ni los demás que prestaren obediencia, pues serán protegidos, fuera de libertarse de las pensiones referidas; y prevengo a vuestas mercedes, que si pudieren enviar a cualquier indio, con bastante sigilo al puente de Apurimaq a quemarlo, lo podrán hacer, cuanto más breve se pueda, para que no zafen los chapetones para Lima; pues tengo noticia que se van mudando a toda carrera.*

*También doy noticia a vuestas mercedes que en breve pasará mi marido a la ciudad del Cuzco, con la correspondien-*

*te guarnición; pero por lo que es necesario que la gente de vuestras mercedes esté alerta, para bajar luego que corra esta noticia; y si a esto no se avienen vuestras mercedes, prometo acabarlos de plano, como lo he ejecutado con los demás. Entre tanto, Dios nuestro Señor los guarde muchos años.— Tungasuca y Diciembre 7 de 1780. De vuestras mercedes su afecta que les desea bien. Doña Micaela Bastidas.”*

Le he dado una comisión a Don Diego Berdejo para que pase al pueblo de Quiquijana y con auxilio de aquel Común y sus Alcaldes, prenda a Francisco Sukakawa por contradecir las órdenes de mi marido y lo conduzcan a este pueblo de Tungasuca con buena guardia y custodia. Creíamos que era leal pero ha manifestado su verdadera condición.

José Gabriel me dice que el corregidor de Chumbivilkas ha hecho ahorcar a los propios que mandamos. Pobre gente, me duele pensar que sus familias no podrán llorarles de cuerpo presente. Manda que Francisco Molina expida a los pueblos de Pomaqanchi, Pueblo Nuevo, Pitumarka, Cheqakupe, Combapata, Tinta y otros para que se junte la gente y pasen a los Altos de Pongoña a esperarle, que él, traerá más gente desde Cheqa. También me pide que vaya a juntar indios en Yanaoka, Panpamarca, Tungasuca y Surimana. Que los indios vayan en dirección de las personas de Don Francisco Molina, Don Basilio Morales, Don Rafael Rada, Don Melchor Castello, Don Agustín Richarte y tres españoles amigos nuestros. El quiere que después me vaya para Langui, donde pueden quedarse Fernandito y Mariano, y que los soldados pasen con toda la gente de Langui y Layo, que así estaré más segura. Está bien mandar cuidar la salida de Quiquijana con los kurakas comarcanos, pero no pienso ir a Langui como me indica. Esperaré en nuestra casa de Tungasuca. No soy mujer que corra.

He estado arreglando la ropa de Fernandito hasta tarde. Ese muchachito crece todos los días. Se pasa las horas escuchando los

relatos que los viejos patriarcas de los ayllus hacen de los Inkas. Temprano mandé una nota a los gobernadores Don Baltazar Cárdenas y don Tomás Enríquez y don Mariano Flores, para que dispongan a su gente, y nos la manden. Les he dado poder y facultad amplia para que sin reserva de indio ni español los remita, y a los inobedientes, con buena guardia y custodia que tendrá pena de la vida. Todos deben venir con una cruz en la montera o el sombrero, para que se sepa que somos buenos cristianos. José Gabriel se ha puesto también una cruz de chilliwa.

¡Qué gran mujer es esa doña Catalina de Salas y Pachakuti. Me devuelve los pesos que mandé trocar en moneda sencilla, cuatro reales y medios, más uno que dice estaba de más! También se ha puesto a nuestras órdenes Francisca Herrera. Los varayoc don Alfonso Guisa y Diego Chillo contestan que los kurakas de Yauri se han ido con su gente, acompañando al Inka José Gabriel. Los kurakas de Pichigua escriben diciendo que vendrán. Hay fervor en la masa y sin embargo algo me atormenta. Marcos de la Torre está guardando los caminos de Pillpinto, de Aqcha y de Paruro. Es de los hombres que mueren en su puesto.

## 16 de diciembre

Hoy me siento casi feliz. José Gabriel ha llegado a Tungasuka. Yo estoy en Pomaqanchi recogiendo más gente. Hay rumores de que han salido de Cusco y que hay tropas en Urcos y Wanukite. Por este motivo he salido a caminar. No puedo entregarme al reposo. Si fuera posible me dividiría para estar en muchas partes. Menos mal que tenemos caballos, pero las distancias son largas. Admiro a nuestros chaskis. Han llevado a pie los bandos y proclamas de Tupaq Amaru y ya saben de la rebelión en Tacna y en Tucumán. Los correos trabajan como en tiempo de los emperadores, por leguaje.

Estamos juntos después de tantos días. Tungasuka está repleta como en los domingos, pero mucho más. José Gabriel entró

en triunfo. Sus hijos lo miran con adoración, como un héroe. Entre ellos hay una hermosa correspondencia de amor. Le siguen, beben sus palabras, están al tanto de sus deseos. Ni qué decir de mí. Su ausencia me pareció de siglos. Hemos preparado la comida que le gusta pero apenas la prueba. Hay mucho que hacer, porque ahora marcharemos a la reconquista del Cusco. Sigo pensando que estamos atrasados. De haber ido antes, quién sabe si ya sería nuestra. Ahora, la siento lejana. No sé por qué. Pero no quiero dejar que negros presentimientos nublen mi corazón. Marcharemos juntos y nuestra suerte será una. Buena, si Dios y los Apus nos apoyan. Mala, si alguno de ellos nos deja. Si nos vencen no será porque su brazo sea débil. Hay tanta fuerza en él, que a su lado sólo se siente confianza. Cusco tiene que ser nuestro y allí nos haremos invencibles. De Azángaro se vino rápidamente por Asillo y Orurillo hasta Tinta. Los párrocos le recibieron siempre bajo palio y han pedido al Altísimo el triunfo. Nuestros amigos están optimistas. Estamos terminando de fabricar cañones, lanzas, machetes, hasta liwis y wichis. El pueblo parece un cuartel. Apenas estemos listos, saldremos. Vamos a seguir la línea de Pomachanchi, Sangarara y los altos de Oqoruro.

A José Gabriel le ha parecido bien mi edicto del 13. Dice así:

*“La Señora Doña Micaela Bastidas, mujer legítima del Señor Gobernador Don José Gabriel Tupaq Amaru, haciendo sus veces manda: Que se publique a voz de pregón, para que toda la gente, así de españoles como indios obedezcan y tengan por Coronel a Don José Mamani, y por Capitán a Don Simón Aymi Tupa, sujetándose a las disposiciones que ellos ordenasen, bajo de la pena, que los que fueren inobedientes, desleales y andaren con controversias, serán castigados severamente, según el mérito que diesen; y a los que desertasen, así del común de mis indios, como de españoles se les pondrá la pena que les corresponde como a tales deserto-*

*res.— Así mismo se les advierte a dicho común de mis indios y españoles, no hagan daño ni perjuicio el menor, así en los ganados, casas y chacras de los vecinos, por donde transitaran, por ser muy perjudicial y a los que reconociesen ser criollos los atraigan y llamen a nuestra bandera, sin hacerles perjuicio alguno; porque no vamos a hacer daño a los paisanos, sino tan sólo a quitar los abusos de repartimientos y demás pechos y cargos que teníamos, y nos amenazaban los corregidores y europeos.*

*Que nuestra Santa Fe se guarde con el mayor acatamiento y veneración, la que hemos de llevar adelante, y si posible fuera morir por ella; respetando del mismo modo, con toda distinción, a los ministros de Jesucristo, que son los señores sacerdotes, para que Dios nos ayude en nuestros cristianos fines. Y en señal de verdaderos cristianos, cargarán la insignia de la Santísima Cruz en sus monteras y sombreros. Todo lo que se guardará y cumplirá sin falta en lo menor; y al que contraviniese se le castigará en público cadalso, sin que le valga excusa ni pretexto. Y para que ninguno alegue ignorancia, y llegue a noticia de todos, mando que, después de publicado este bando, se fije en la puerta de esta casa de Tungasuka. Y el que lo quitare tiene pena de la vida.—”*

En Cusco, el Obispo Moscoso, siendo representante de Dios, ha armado su clero secular y regular; ha nombrado al Deán de su Catedral, don Manuel de Mendieta, Comandante de las milicias eclesiásticas; ha dispuesto cuarteles, ha alistado a clérigos, colegiales y seminaristas en cuatro compañías con sus respectivos oficiales, armas y municiones, entrenándolos para combatirnos. Entiendo que los hombres de Iglesia no debían entrenarse para matar indios. No, en nombre del Maestro que arrojó a los mercaderes de su templo. No, en nombre de Aquel que está en la Cruz como símbolo de sacrificio. ¿Puede, digo yo, mancharse con la sangre de su prójimo, aunque sea indio, la mano que se glorifica

cada domingo con la presencia de Dios en la misa? ¿A este punto defienden los intereses de los ricos, con la espada ceñida y el fusil al hombro? ¿Es cristiano olvidar las insufribles extorsiones que padecemos, las abultadas cargas que injustamente toleramos, los agravios que se repiten en las aduanas y los estancos? ¿Acaso Dios no es tan testigo, como nuestros Apus, de que los indios somos víctimas de la codicia de los corregidores que buscan sólo enriquecerse?

No debía ser. Sin embargo la cruz, la espada y el fusil, son la misma cosa cuando están contra nosotros. Sólo algunos curas que han nacido en estas tierras son justos como los doctores Pedro Juan de Luna, Ildefonso Bejarano, de Tungasuka; Justo Gallegos, de Langui y Layo; Antonio José Centeno, Martín de Castilla y Buenaventura Tapia, de San Pedro de Kacha; Domingo Sánchez de Alva, de Sangarara; Pedro Solís, de Quiquijana; Domingo Escalante, de Markakunka; Gregorio Yépez y Valdeiglesias, de Pomachanchi; Miguel Martínez, de Nuñoa; Pedro Salazar Rospigliosi y José Antonio Tapia, de Ayaviri; fray Gregorio Santa Cruz; el padre agustino Bernardo López; el franciscano fray Domingo de Castro; Antonio Chávez, cura de Sicuani, e Isidro Escobar. Por ellos, sigo creyendo que Dios no está en un solo campo. A pesar de la excomunión que hay sobre José Gabriel han seguido haciendo misa en sus parroquias y recibiéndonos. Estamos acostumbrados a las funciones religiosas y las tradiciones no se pueden quitar de un día a otro.

## 1° de enero de 1781

Apenas ha habido tiempo para celebrar la Navidad y el Año Nuevo. Los aguaceros estarán deteniendo a los españoles. A nosotros nos ayudan, porque conocemos cuánto van a durar y dónde van a caer, mirando el cielo o las aguas de los riachuelos. El ajetreo no cesa. Veo los rostros de Martín Quispe, de Melchor Mañauisa,

de Agustino Delfín. Sólo piensan en luchar y me miran como si dijeran: ¡cuándo!

Hay un olor a tierra nueva, a frescura de campo, los cerros están verdes. Al fin se inicia la campaña sobre el Cusco. Nuestras tropas suman miles de miles. Hasta los machulas han reclamado su derecho de estar en el sitio de la ciudad sagrada. "Nosotros ayudaremos a los jóvenes, han dicho. Cantaremos las antiguas canciones de guerra para animarles. Que se levante el puma que estaba alestargado en su corazón. Las cadenas han caído y hemos fabricado cañones con ellas. El cañón es para matar a los perros pukakunkas. Nuestro brazo está fatigado por los años pero nuestra carne servirá de trinchera para detener las balas de los blancos, mientras ellos avanzan.

*Ama wayqey manchankichu  
wayqeychallay fulanito  
yawar mayu unupiña  
rikukuspapas  
Airanpu unullan kayqa  
níllanki mareee . . .*

*Nunca temas hermanito,  
hermanito fulanito,  
ni aunque te veas envuelto  
en un gran río de sangre  
Y di que la sangre  
no es sino agua de airanpuuu. . ."*

Por nuestros amigos sabemos que los kurakas Pumakawa y Rosas han ido a parlamentar con el corregidor del Cusco Inclán Valdez. Esos malnacidos harán que hermanos luchen contra hermanos.

José Gabriel va en su caballo blanco, con traje de terciopelo y medias de seda. Sobre la casaca lleva siempre el unku imperial

de los Inkas bordado de oro y su gran medallón con el rostro del sol, insignia de su estirpe. Tiene sus dos hondas cruzadas sobre los hombros y la tercera amarrada a la cintura. Su sombrero es de tres picos, bien armado, con una pluma y su cruz. Antes de partir el doctor Bejarano nos ha dado su bendición. No estamos luchando contra la iglesia sino contra el mal gobierno, contra los explotadores extranjeros. A la retaguardia vamos Tomasa Titu Kondemayta, Francisca Herrera, Catalina de Salas y Pachakuti, y yo.

Nuestro ejército se ha dividido en dos partes. El grueso va con José Gabriel. El otro contingente, mucho menor, a órdenes de Castelo, que ha resultado muy distinto de lo que yo pensaba por impetuoso. Diego Cristóbal Tupaq Amaru avanza entre tanto con su gente por la banda derecha del río Urubamba. Debe tomar Calca, P'isaq, Yukay, Lares, Urubamba y Ollantaytanpu. Por alguna parte se tiene que encontrar con las tropas de Pumakawa. Después entrará a Cusco por la fortaleza de Saqsaywaman y la Caja de Agua.

### 3 de enero

A medida que avanzamos los españoles corren como ratas. El corregidor de Urcos salió disparado. No me gusta el saqueo pero tenemos que tomar de las haciendas provisiones para nuestros soldados. Estamos en guerra y tiene que ser así.

### 4 de enero

Ya debe haber llegado a Cusco la embajada que mandó el Inka desde la panpa de Oqoruro, en los altos de Yauriske. Han ido el Padre Lector fray Domingo Castro, el doctor Ildefonso Bejarano y el capitán español Bernardo de La Madrid. Llevan un oficio al Cabildo, escrito por mi marido con tal sinceridad del corazón que

debía persuadir hasta los más duros. Entre otras cosas se queja de las ejecuciones que se han hecho de amigos nuestros.

*“Desde que di principio a libertar de la esclavitud en que se hallaban los naturales de este reino, causada por los corregidores y otras personas, que apartadas de todo acto de caridad, protegían estas extorsiones contra la ley de Dios, ha sido mi ánimo precaver muertes y hostilidades por lo que a mí corresponde. Pero como por parte de esa ciudad se cometen tantos horrores, ahorcando sin confesión a varios individuos de mi parte, y arrastrando otros, me ha causado tal dolor, que me veo en precisión de requerir a ese Cabildo contenga a ese vecindario en iguales excesos, franqueándome la entrada a esa ciudad; porque si al punto no se cumple esto, no podré tolerar un instante de tiempo mi entrada en ella a sangre y fuego, sin reserva de persona”.*

También les recuerda que la suya es la única que ha quedado de la sangre real de los Inkas, reyes de este reino, y

*“que eso le ha estimulado a procurar por todos los medios posibles, a que cesen en él todas las abusivas introducciones que por estos mismos corregidores y otros sujetos se habían plantificado; colocándose en todos los cargos y ministerios unas personas ineptas para ellos, todo resultante contra los mismos indios y demás personas y disposiciones de los mismos reyes de España, cuyas leyes tengo por experiencia se hallan suprimidas y despreciadas, y que desde la conquista hasta acá, no han mirado aquellos vasallos a adelantarlas, sino que su aplicación es a estafar esta misma gente, sin que respiren a la queja. Esto es tan notorio, que no necesitan más comprobante sino las lágrimas de estos infelices que ha tres siglos las vierten sus ojos”.*

José Gabriel expresa al Cabildo que la ejecución de Arriaga fue ejemplarizadora, para contener a los otros. Su deseo es que

*“este género de jefes se suprime enteramente; que cesen sus repartimientos; que en cada provincia haya un alcalde mayor de la misma nación indiana, y otras personas de buenas conciencias, sin más inteligencia que la administración de justicia, política cristiana de los indios y demás individuos, señalándoseles un sueldo moderado, con otras condiciones que a su tiempo deben establecéseles entre las que es indispensable una comprensiva a que en esa ciudad se erija una Real Audiencia, donde residirá un Virrey como presidente, para que los indios tengan más cercanos los recursos”.*

Es que no ha servido de nada tener un rey tan lejano, por más que tuviere las mejores intenciones. José Gabriel sigue la misma política de nuestros antepasados. Quiere la paz y la justicia. De ellos depende la guerra y la muerte.

Yo quedo en Yanaqocha para mandar gente, víveres y municiones. José Gabriel ha quedado en aparecer por Pukin, frente a Piqchu. El escribiente José Palacios nos mandó una carta diciendo que no entremos en el Cusco, que está muy bien defendido. Aunque José Gabriel se inclinó por creerle puede que esconda la verdad o que haya sido obligado a escribirla. Tenemos miles de indios. Son tantos que al avanzar parece que se movieran las montañas. Sin embargo me desazona que sólo tengamos 1,000 fusileros. La artillería va al mando del gallego Juan Antonio Figueroa. A pesar de sus protestas de fidelidad no me convence. Me parece falso. Por desgracia sólo él conoce de armas. Tomasa Titu ha querido ir. Nos ha costado trabajo convencerla para que se quede. Es una guerrillera nata. El olor a pólvora, los gritos, el fragor de los cañones la excitan y quisiera entrar en la lucha. Siempre está en actitud de saltar. Los wankares, las tinyas, los pinkuyllus, los pututos, llenan el aire. Siento también en mi sangre la herencia de las warmipukaras, esas mujeres de la altura que eran indomables. Por ahora nos toca aguardar. ¡Cuán angustiada es la espera! En Piqchu están el kuraka Nicolás de Rosas y Francisco Laysequilla. Hay que desbaratarlos.

## 6 de enero

Una avanzada del Coronel Avilés ha sido aniquilada. La gente está contenta. Es una pequeña derrota porque sólo ha sido una columna de los fusileros negros y mulatos, que llaman los pardos. Ha comenzado a atardecer. El cielo está nublado pero unos rayos del sol, que escapan por el filo de una nube oscura, doran los cerros del lado del Pachatusan. ¿Qué habrá pasado con Diego Cristóbal? ¿Habrà llegado a tiempo? Nosotras nos iremos acercando. Acabo de saber que en Saylla Castelo ha sido arrollado por la caballería realista de Valcárcel. Tomás Katari no ha podido resistir en Chayanta. Los chaskis informan que el traidor Choquewanka se acerca por el sur con 12,000 indios y mestizos, después de haber quemado Tungasuka.

Uno de nuestros encarnizados oponentes es Mateo Puma-kawa, de Chinchero, que ha hecho de la defensa de los españoles una causa personal. A ese le gusta el sabor de nuestra sangre como si fuera un español enemigo y me dicen que ha ocupado Saqsaywaman.

## 8 de enero

Este día es decisivo. Tomasa quiere tomar parte. No se sosiega y lo mismo Francisca. Está lloviendo fuertemente. Quizá eso nos ayude. Tenemos que atender a los heridos de las escaramuzas. Hoy la batalla será en grande. Yo quería que José Gabriel estuviera en un caballo oscuro, negro o marrón, pero no en el blanco que se destaca. Lo van a reconocer pero no ha querido cambiarlo. No sabemos nada de Diego Cristóbal ni de las fuerzas que tenían que abrirse paso por Socorro y la Recoleta. Atacamos por un solo frente.

El sol no ha salido pero debe estar cerca el mediodía. Escuchamos los tiros de fusilería que son graneados y los de cañón.

Entre Pukín y Piqchu hay una quebradita. Tal vez por allí no quiera arriesgar José Gabriel. Un propio que llega cansado, resoplando, me hace saber que el traidor kuraka Rosas ha sido derrotado en Anta. Por lo menos ese no llegará a Cusco. No me gusta el panorama. Pumakawa y Choqewanka pueden cerrarnos el camino. Mi marido me manda avisar que los españoles se protegen con los indios fieles a nosotros, y que no se puede disparar contra ellos porque son puestos por delante como carnaza. Dice también que la mayoría de los fusiles no sirven. Los arregló Figueroa. Sus disparos de cañón tampoco son efectivos, salen desviados y pasan por lo alto. A ese habría que fusilarlo ahí mismo. No sólo ha usado ardidés para malograr las armas sino que debe haber amañado también a sus ayudantes. Ahora me entero que Diego Cristóbal no ha podido vadear el río. Sigue lloviendo sin cesar y hay niebla en los cerros. José Gabriel ha ordenado levantar el campo. Nos hemos detenido sólo para recoger a los nuestros. Dice que se acerca a Pukin una tropa con miles de indios y mestizos comandados por el cura de Colcha, Feliciano Paz. Volveremos a Tinta para reorganizar el ejército. He dejado el Cusco con pesar. Haberle tenido tan cerca. Mis ojos volverán a verle, lo presiento, y quisiera que no fuera como le he visto hoy, con lágrimas de impotencia. En adelante será más difícil. Vienen a toda marcha los ejércitos del Mariscal José del Valle y del Visitador General José Antonio Areche, desde Lima.

José Gabriel me ha dejado en Tungasuka y ha seguido a Chukibamba y Kotabambas, Todo está más revuelto que nunca. Las noticias me confunden. He dado una comisión a los varayoq y kurakas del pueblo de Yanaoka, para que traigan preso a mi presencia al varayoq de la parcialidad de Machakoyo, por cierta demanda que se le ha puesto. Diego Cristóbal insiste en que se le envíe armas para atacar Paukartambo. La religión tiene un rol muy importante. A veces los curas influyen más en el pueblo que cualquier político. Por eso he ordenado que don Antonio Chávez de Mendoza se haga cargo de administrar los sacramentos en Sicuani

y de recibir los bienes que pertenecen al culto. El párroco de allá, don Pedro Landa irá a la doctrina de Panpamarca.

Ya nos estamos rehaciendo. Ahora vendrán las guerrillas porque los españoles tendrán más ayuda armada. En Tinta espero las disposiciones del Inka, mi esposo. Llegaron dos curas de paso a Asillo y Orurillo. Ellos vieron las comisiones que mandó José Gabriel pidiendo la rendición de Cusco. Dicen que el Obispo Moscoso quiso hablar con él, porque le habían contado muchas falsedades de su conducta y recién se había enterado de ellas, que en el sitio no le dejaron subir a Píqchu, por temor de que lo matase una bala. Esos son cuentos para que se les deje pasar. José Gabriel decidirá. Acaban de llegar tres propios de Quiquijana y dicen que nuestros enemigos se hallan en dicho pueblo, y que nuestra tropa se ha retirado a Cheqakupe. Pumakawa es tan perverso que no hace prisioneros. A los que toma, hombres, niños y mujeres, los despeña. Los abismos le sobran. Su piel es como la nuestra, pero es el Judas, el mercenario vendido a los chapetes.

Tenemos choques a cada momento. Los jefes saben que la consigna es hostigar y no presentar batalla. Bajan en pequeñas partidas y atacan sorpresivamente a los pueblos, trabándose en lucha con los soldados. Hay muertos por ambos lados. Hipólito sale también. En Cusco recibió su bautismo de sangre.

En Pillpinto Tomasa Titu Kondemayta defendió el puente heroicamente con un batallón de mujeres. ¡Es una digna hija del gran puma cusqueño! Ojalá que tanto sacrificio tenga como recompensa la libertad.

Se ha cortado varios puentes para retardar la ayuda de los kurakas y los corregidores de las provincias. Juan de Dios Valencia está luchando en Chumbivilkas. En Lampa, Azángaro y Paukarqolla, están Andrés Ingarikuna, Nicolás Sanka y Ramón Ponce. Cuando los españoles toman algún pueblo amigo degüellan a las mujeres.

El 17 de febrero entraron al Cusco el Mariscal José del Valle y Torres y el Visitador José Antonio de Areche. Está con ellos el Oidor Benito de la Mata Linares. Sus fuerzas suman 17,000 hombres.

¡Seguimos luchando! Los españoles exhiben como trofeos las cabezas de los caídos. Los pututos resuenan día y noche. Tampoco descansan los wankares. Y los viejos siguen cantando con su último resuello:

*Yuraq k'anchay maqt'aykiqa  
qhari saya  
Yuraq k'anchay maqt'allaqa  
chiri ángel cholochaqa  
qharipuni batikuqcha  
¡Ay! ¡Urbanooo . . .!  
Hatun Mayu phalchaq t'ika  
Akimare t'ikakuyki.  
¡Arsa!*

*El cholo de la pampa radiante  
es como una luz que alumbrá.  
Puro hombre.  
Es como un ángel de hielo  
que se bate con coraje.  
¡Ay! ¡Urbanooo. . .!  
Gran río desbordado en flores  
apuesto que aquí floreces.  
¡Arsa!*

## 5 de marzo

José Gabriel se ha quedado varias noches, hasta muy tarde, escribiendo una carta al Visitador Areche. Tal vez piense que nuestro pueblo aún no está preparado para pelear por sus derechos.

Hay mucha desunión entre los kurakas, que han sido factores decisivos para la resistencia. Los criollos ricos nos han visto como un peligro para sus intereses. Se han plegado aquellos que tienen más conciencia de que queremos el bien de todos. Los comerciantes grandes están en contra no así los mercachifles que nos conocen. Lo mismo los artesanos que son de nuestra sangre o mestizos. Tenemos herreros y fundidores que están haciendo buen trabajo. También nos siguen los arrieros, que por ser de estas tierras se sienten comprometidos.

En la desesperación de creerse perdidos los miembros de la Junta de Guerra han prometido librarnos de una serie de cargas. Hacer una redistribución de tierras a los indios. Abolir los odiados repartimientos. Cambiar el sistema de obrajes. Suprimir el pago de diezmos en Cusco. Disminuir los impuestos. Suspender por un año el pago de tributo. Están ofreciendo también indulto a los que nos abandonen. Quién sabe la vida de nuestro pueblo pueda ser más llevadera en adelante, si cumplen.

Qué será me pregunto de José Gabriel, de mí y de nuestros jefes. Areche es torvo, feroz, sanguinario, según hablan los que le conocen, y los blancos por lo general son vengativos. Lo que menos pueden perdonar es que un indio tenga el atrevimiento de medir sus actos y desafiar su poderío. Tupaq Amaru, mi Inka y señor, le dice que desea la paz. Le recuerda que

*"hace dos años el Rey, con su liberal y soberana mano expidió su real cédula, para que de raíz se quitaran estos repartos y borrados los nombres de los corregidores; y lo que hasta hoy se ha ido haciendo, es ir entrapando y continuando su iniqua existencia, con decir que conforme fuesen acabando sus quinquenios, irían feneciendo; y este modo de giro es capaz de maldad contra la corona del Rey, porque lo que pretendemos todos los provincianos de todos los estados, es que en el día, instante y momento, se borren de nuestras imaginacio-*

nes esos malditos nombres, y en su lugar se nos constituyan Alcaldes mayores en cada provincia, que es preciso que los haya, para que nos administren justicia, y que tengan aquella jurisdicción necesaria y correspondiente a su carácter. Por lo que toca a los intereses reales de la tarifa, debo decir a US., que lo correspondiente de todo lo que ha percibido hasta el día de la cesación y hecho el ajuste, verá que han cogido tres y cuatro veces más de lo que el señalamiento de cada provincia ordena; pues no hay corregidor ajustado, aunque sea de la cuna más ilustre”.

Por naturaleza, tanto

“corregidores como tenientes, cobradores y demás corchetes, son hombres por cierto diabólicos y perversos, que presumo nacieron del lúgubre caos infernal, y se sustentaron a los pechos de harpías más ingratas, por ser tan impíos, crueles y tiranos”. “Público y notorio es lo que contra ellos han informado al Real Consejo los SS. Arzobispos, Obispos, Cabil-dos, Prelados y Religiosos, Curas y otras personas constituidas en dignidad y letras, pidiendo remedio a favor de este reino”. “El maldito y viciado reparto nos ha puesto en este estado de morir tan deplorable con su inmenso exceso. Allá a los principios por carecer nuestras provincias de géneros de Castilla y de la tierra, por la escasez de los beneficios conducentes permitió S. M. a los corregidores una cierta cuantía con nombre de tarifa para cada capital, y que se aprovecharan sus respectivos naturales, tomándolos voluntariamente a un precio determinado. Pero esta valuación nunca fue correcta sino doblada muchas veces. De suerte que los géneros de Castilla que han cogido por montón, y lo más ordinario, que están a dos o tres pesos, nos amontonan con violencia por diez o doce pesos; el cuchillo de marca menor que cuesta un real, nos dan por un peso; la libra de fierro más ruin a peso; la bayeta de la tierra de cualquier color que sea, no pasa de

dos reales, y ellos nos la dan a peso. Fuera de esto nos botan alfileres, agujas de Cambray, polvos azules, barajas, anteojos, estampitas y otras ridiculeces como estas. A los que somos algo acomodados, nos botan fondos, terciopelos, medias de seda, encajes, hebillas, rúan en lugar de olanes y cambrayes, como si nosotros los indios usáramos estas modas españolas, y luego en unos precios exorbitantes, que cuando llevamos a vender, no volvemos a recoger la veintena parte lo que hemos de pagar al fin; si nos dieran por lo menos tiempo y treguas para su cumplimiento, tal vez fuera soportable en alguna manera este trabajo; porque luego que nos acaban de repartir, aseguran nuestras personas, hijos y ganados, privándonos de la libertad para el manejo. De este modo desamparamos nuestras casas, familias, mujeres e hijos, y obligadas de necesidad se hacen prostitutas; de donde nacen los divorcios, amancebamientos públicos, destrucción de nuestras familias y pueblos, por andar nosotros desertados, y luego se atrasan nuestros reales tributos, porque no hay donde podamos satisfacer". "El finado D. Antonio Arriaga, que fue corregidor de esta provincia de Tinta, nos repartió por cantidad de trescientos y mas mil pesos, según consta de los libros y borradores que están en mi poder. La tarifa de esta provincia es de 112,000 pesos por todo el quinquenio. Repare US. ahora el exceso: de este modo de proceder son todos los corregidores; fuera de tener este caballero tan mala conducta con sus cobradores, de apalearlos, aporrearlos, tratarlos tan mal, no sólo a ellos, sino a otros comprovincianos nuestros, así seculares como curas sacerdotes, personas de todo respeto por decir que dependía de los primeros grandes de España; fuera de esto, su mal genio, elación y soberbia, dio mérito a toda la provincia a fabricarle su ruina. No menos hostilizados los de las demás provincias, han logrado del indulto aún en otro obispado, que yo le conozco ni hubiese puesto mis pies, ni menos algunos de los míos, que a no haber su merced tratándonos con agravios de esta clase sino hecho su negocio,

como todos los demás, no hubiera sucedido tal fracaso.— Los corregidores nos apuran con sus repartos hasta dejarnos lamer la tierra; parece que van de apuesta para aumentar sus caudales en ser unos peores que otros; dígalo el corregidor de Chumbivilkas que en término de dos años quiso sacar un aumento mayor que lo de su antecesor había hecho en cinco; al fin adelantó mucho su caudal, que aún su propia vida entró en el cúmulo de sus propios bienes, y salió muy lucido. Son los corregidores tan químicos, que en vez de hacer de oro sangre que nos mantenga, hacen de nuestra sangre sustento de su vanidad. Viéndose, pues, su difícil cumplimiento nos oprimen en los obrajes, chorrillos y cañaverales, cocales, minas y cárceles de nuestros pueblos sin, darnos libertad en el mejor tiempo de nuestro trabajo; nos recogen como a brutos, y ensartados nos entregan a las haciendas para labores, sin más socorro que nuestros propios bienes, y a veces sin nada.— Los hacendados viéndonos peores que a esclavos, nos hacen trabajar desde las dos de la mañana hasta el anochecer que aparecen las estrellas sin más sueldo que dos reales por día: fuera de esto nos pensionan los domingos con faenas, so pretexto de apuntar nuestro trabajo, que por omisión de ellos se pierde, y con echar vales parece que pagan. Yo que he sido kuraka tantos años, he perdido muchos miles, así porque me pagan tan mal en efectos, y otras veces nada, porque se alzan a mayores”. “En las leyes de la Recopilación L. 2., Tit, 6, 9, 13 y 14 ordena su magnánima grandeza, que se conserven nuestras vidas y estados, según pide nuestra naturaleza, sin extraernos de un lugar a otro menos de 29 leguas y no más. A la mita de Potosí tenemos que caminar más de tres meses, sin que seamos pagados por los mineros el leguaje de ida y vuelta, ni el trabajo, por no pagar a los peritos vecinos, cuando está mandado por ordenanza; fuera de que este privilegio se concedió en su descubrimiento, cuando no había poblaciones inmediatas que subrogasen sus labores; mas hoy se hallan Potosí y Huancavelica abun-

dantes de gente y sus contornos: poco es que los mineros de Potosí y Huancavelica causan grande estrago a los indios, que no pueden libertarse a costa de su plata en las fundiciones, porque los dejan inhábiles aún para el manejo, cuando el Rey tiene mandado en sus reales disposiciones lo contrario, de que los indios sean amparados y desobligados a esta mita por el referido daño, y aunque han hecho varios recursos los interesados a los tribunales que corresponde, han sido vistos con desprecio por tan justa causa, como es destruir el reino y sus pueblos con muertes de indios, que apenas se restituyen a sus pueblos, y al mes, poco más o menos, rinden la vida con vómito de sangre". "Digo ahora, ¿qué suavidad, qué paz, qué libertades o franquicias, qué requerimientos, siquiera por una vez, hemos merecido hasta hoy día de la fecha, aún habiendo hecho nuestra embajada? ¿qué personas de sagacidad y experiencia han venido a guerrearlos? Solamente nuestros enemigos los corregidores. ¿Quiénes en estos tres meses de treguas, hasta hoy con tanto encono mantienen las tropas con capa del Rey, sino los corregidores; no por amor a su Rey y Señor, sino por recobrar sus intereses con mayor fuerza? Se ha publicado en esa ciudad y en otras partes la real cédula de que no haya más repartos, y según cartas que se han visto en estos lugares, han pedido para retorno de este beneficio el reprimirnos a fuego y sangre; el matarnos como a perros sin los sacramentos necesarios, como si no fuéramos cristianos; botar nuestros cuerpos en los campos para que los coman los buitres; matar nuestras mujeres e hijos en los pechos de sus madres. ¿Robarnos es el modo de atraernos a la paz y a la Real corona de España? ¡Qué cosa extraña es y distinta de la real mente lo que al presente se practica! ¿Echar edicto de perdón para los unos y castigos para los otros, es el modo de sosegar los pueblos? No es sino causar mayor encono y alboroto a sus moradores; porque como en los pueblos unos y otros se dan la mano, otros así llegarán a fomentarse. . ."

En los últimos párrafos de su carta José Gabriel pide que se le castigue sólo a él por haber replicado con violencia a la sordera maliciosa de las malas autoridades en convenio con los corregidores, y que no paguen los inocentes.

Areche es un perro rabioso. ¿Escuchará razones?

Tenemos una respuesta muy propia de él. Ha publicado un bando poniendo al precio de 2,000 pesos la cabeza de mi marido, con premios y honores para el que lo entregue, quedando si fuera plebeyo, sin más que este hecho, por noble con toda su familia. Y con fecha 12 ha enviado una carta exasperante, brutal, cerrando toda posibilidad de tregua, llamándole criminal, acusándolo de sacrílego, apóstata, de haber faltado a los tribunales del Rey, de haber matado a Arriaga, de quien dice era respetable, justificando los excesos de los otros corregidores, que son padres para los indios, que los repartimientos estaban cerca de remediarse, pues están quitados, que hay órdenes para extinguir las mitas, que los obrajes serán laboratorios donde nadie esté sin voluntad siendo justamente pagado, y que se restablecerá el buen trato de los indios en el trabajo de las minas, su administración espiritual y todo lo que se puede hacer por sus comodidades, que él debe pagar por los incendios, robos, sacrilegios, abuso de autoridad, y que tiene un numeroso ejército con el que saldrá a combatirnos. ¡Y este es el hombre que elevó los tributos, que creó nuevos impuestos y gravámenes que arruinaban más a los pueblos, el que apretaba los grilletes inmisericordemente, el que no entendía de explicaciones, el que acuñaba el oro con nuestra sangre y no le importaba sembrar de cadáveres los caminos! ¡Areche, aún no te conozco, pero has debido nacer de la oscura entraña del odio, entre las babas de la rabia, bajo el signo de la muerte! ¡Así como Tupaq Amaru, mi esposo, encarna la libertad, tú encarnas la tiranía, el oprobio y la servidumbre!

Seguiremos luchando. José Gabriel y nuestros amigos conversan largamente al calor de los leños, haciendo muchos planes.

Yo voy a Tinta para ver los pertrechos y las provisiones.

Estoy remitiendo a Tungasuka quinientos veinte y seis cartuchos de fusil, con balas; de cañón 30 cartuchos para lo mismo. No va la pólvora porque en lo pronto no la hay sino de cañón. También remito seis pesos y dos cestos de coca.

He mandado orden para que la oroya de la parte de Yanaoka esté bien guardada. Los que fueron a Chukibamba se han pasado a la otra parte. No hay luz del paradero de Berdejo y Balderrama. Guamanvilka se mantiene aún en la provincia del Qollao, y se le han dado órdenes para que reconozca las inmediaciones de Arequipa. De Liwitaka piden pertrechos porque se hallan atacados por los de Paruro. He determinado enviarles un cañón de cuatro que se han fundido.

Los indios cometen a veces actos de pillaje. Le he dado comisión a Don Bernardino Segarra para que notifique a los kurakas y común de indios del pueblo de Quiquijana para que se contengan en los agravios que causan a los españoles de aquel vecindario, en sus personas y bienes; el que los continúe incurrirá en la muerte en horca y perdimiento de sus bienes. Para que llegue la noticia a todos se publicará por bando en los pasajes acostumbrados. ¡Qué difícil es contenerlos, sabiendo que no les falta derecho, después de sufrir explotación tantos siglos!

De Tungasuka nadie se ha movido. ¡Qué fieles son! Tomasa se va a Aqos, pero está de vuelta trayendo víveres. Me conmueve. Suele ser tierna como arrojada y discute de igual a igual con los kurakas. Es tan ardorosa que para ella no existen los obstáculos.

La política será seguir hostigando a las fuerzas de del Valle que nos buscan. Después José Gabriel piensa hacerse fuerte en el Qollao. Está organizando a los jefes para que no cejen en la campaña si él llegara a faltar. Está en todo, hasta en precaver que su muerte no detenga el río.

Entre los chaparrones los nuestros salen de continuo. Andan calados hasta los huesos, con frío, pero llenos de fuego por dentro. Están defendiendo la madre tierra y ella les infunde su soplo poderoso.

Del Valle y sus soldados están sufriendo las penalidades del mal tiempo, la falta de provisiones y la fragosidad de los caminos. Su gente no está hecha para trepar cerros mientras revientan los rayos a su paso. José Gabriel es sagaz. Su táctica de acosarlos sin mostrarse los debilitará.

## **18 DE MARZO**

Tupaq Amaru, mi Inka, ha enviado un mensajero a del Valle, para proponerle un encuentro final, el 19, fiesta de San José, patrono de ambos. Es sólo un ardid. Los españoles pasarán la noche en vela, mientras nosotros preparamos un ataque de sorpresa. No conocen el terreno y su incertidumbre los tendrá con los nervios amarrados, pues no saben por dónde vendremos.

## **21 de marzo**

Los Apus del Toqto y del Chiaraqe nos favorecen. El día está muy oscuro. Hay una fuerte tormenta que viene del sur. Pronto estará sobre ellos y nosotros. ¡Ahora. . .!

## **22 de marzo**

Mi marido ha vuelto contrariado. Los españoles aprovecharon también el temporal para levantar el campo. El traidor Zumiaño Castro descubrió sus planes y entonces se dirigieron a Quiquijana, donde cogieron al kuraka Luis Poma y lo ahorcaron. Nos han dicho que son seis columnas las que salieron de Cusco para batir-

nos. Irán rasando nuestro campo, pero sabremos eludirlos siempre que no haya un desleal. Ellos tienen bien cuidadas las espaldas por los kurakas enemigos.

Ardiendo de fiebre, con los pies llagados, ha venido Asunción Uscanoa. Estuvo caminando día y noche para avisarnos que el ejército del coronel Domingo Mamara, con apoyo de los corregidores José Acuña y Francisco Laysequilla, y las fuerzas de Chukibamba y Aymaraes, derrotaron a nuestra gente de Santo Tomás. Felipe Bermúdez y Tomás Parvina han muerto luchando al pie de su cañón. Tenían cosa de 150 mulos, 100 lanzas, 4 banderas, varias cornetas y tambores, garrotes, un fusil y una carabina. ¡Pachamama, recíbelos en tu seno y espera por sus cabezas que han sido enviadas a Cusco para placer de Areche! ¡Ellas volverán por sus cuerpos para levantarse! ¡Nuestra raza no muere. . .! ¡No podrán matarla. . .!

## 6 de abril

Estoy entre Tinta y Tungasuka, esperando noticias de José Gabriel que salió con uno de los grupos. Si demora saldré a buscarle. Anoche aullaron los perros y en Kanora las palomas pelearon y se fueron. Estoy como los hambrientos que esperan un pan. Los hombres vienen, reciben municiones, chuño hervido, charki, y vuelven a salir. No tenemos ni tiempo de despedirnos, aún sabiendo que muchos no volverán. ¡No quiero contar los muertos porque trae mala suerte! tenemos que vivir para ganar! Los acontecimientos son irreversibles, pero el mañana depende de hoy, y hoy nos toca luchar hasta dejar el pellejo.

En la tarde vinieron los propios. José Gabriel y del Valle tuvieron un encuentro en Cheqakupe. Se ha batallado por ambos lados. Ellos tienen buenas armas y municiones. Tenemos más gente, pero que se puede hacer con palos y hondas frente a los fusiles y

los cañones. Tupaq Amaru, para evitar una inútil matanza, se puso fuera de su alcance, viniéndose para Kombapata. Para escapar tuvo que pasar el río a nado. Fue un lance desesperado. Los caballos no tenían forraje. En Kombapata se reagruparon. De allí me llegó una nota. Dice que no queda más remedio que morir. Están peleando todavía en el cerro que guarda la entrada a Panpamarca. He dispuesto todo para ir a reunirme con él, llevando a nuestros hijos Hipólito y Fernando, más efectivos de valor. Si alcanzamos a retirarnos a Karabaya, no nos encontrarán. Tomaremos el camino de Langui. Espero que vayamos con suerte.

## 7 de abril

¡Cuán veloces han pasado las horas del día! Ayer me quejaba porque se hacían largas y hoy han volado demasiado presto. Un destacamento de soldados nos salió al paso. Estaban armados y no pudimos defendernos. Hipólito se interpuso para cubrirnos pero lo apartaron a culatazos. Para que no le sigan golpeando me rendí y allí acabó nuestro esfuerzo. Entre los soldados que nos rodean hemos entrado a Tinta, donde siempre llegamos como señores. Nos hemos visto nuevamente con José Gabriel que también ha sido capturado. ¡Está tan disgustado que padezco por no saber consolarle! Con su artillería los españoles derribaron las pequeñas defensas que había, un muro de adobes, y allí mismo ahorcaron a 67. Ahora están fusilando a otros. Hay gritos, ayes de dolor, a los heridos los rematan. Estamos sentados en el suelo, delante de una tienda de campaña, llenos de cadenas. Recién me voy enterando. El bando de Areche dió resultado. Por ganar los 2,000 pesos ofrecidos, el compadre Francisco Santa Cruz, que era uno de nuestros capitanes, y a quien defendí de Castelo, arregló su entrega. La primera que vió a mi marido cuando escapaba fue una tal Juana Portilla, viuda de Tomás Rodríguez. Esta mujer quedó como enloquecida después que murieron sus dos hijos y reclamándole por ellos, para no dejarle ir, se prendió de las riendas de su caballo. Si

él hubiera sido más duro estaría a salvo, pero no quiso atropellarla y aceptó la propuesta que hicieron de esconderle el traidor Santa Cruz, Ventura Landaeta y el cura Antonio Martínez. Estando en la casa del que fue nuestro compadre lo atraparon. Ya cobrarán como Judas sus monedas y no habrá árboles para colgar sus almas.

Han caído prisioneros con nosotros mi hermano Antonio, la dulce palla Cecilia Tupaq Amaru, Patricio Noguera, el coronel José Mamani, los artilleros Ramón Ponce y Diego Berdejo, también están Tomasa Titu que los ha insultado hasta ponerse ronca, ¡cuánto coraje de mujer! Andrés Castelo, Felipe Mendizábal, Isidro Puma, Mariano Castaño, ¡tan recio, cómo estará dolido!, Diego Ortigoso, el escribiente Manuel Gallegos, Melchor Arteaga, Blas Quiñones, José Varela, Esteban Vaca, fundidor de artillería, Francisco Torres que tenía cargo principal, el varayoq Lucas Colque, el negro Antonio Oblitas y otros que no he visto. ¿Podremos escapar? José Gabriel confía en Diego Cristóbal que está libre para salvarnos. Aún no se ha jugado la última carta. Ha sonreído para tranquilizarme y al poner una de sus manos sobre la mía, nuestras cadenas han chocado. Lo único real es que estamos presos.

El general José del Valle ha tenido una idea macabra, hacernos pasar por una calle donde ha plantado en picas las cabezas de los fusilados y los ahorcados. ¡Así hubiera querido la suya! Si no fuese por este revés sus huesos se habrían secado al sol en algún camino del Ande. ¡Todos me eran conocidos y queridos como hermanos! ¡Así estamos haciendo la libertad, con nuestra sangre!

## 11 de abril

¡Qué interminable se ha hecho este viaje a Cusco! Me inspira compasión el dolor de los indios que vienen a vernos. Sus esperanzas se han desvanecido y se apenan de encontrarnos en este estado. Su silencio es más expresivo que si hablaran. Están que-

brados por dentro como nosotros. Solamente los enemigos se ríen y se mofan. La muerte no me asusta porque he estado muriendo tanto tiempo que ya no recuerdo. Desde que Pizarro puso un pie aquí. Parecería que sólo hubieran muerto hombres. Pero siento en mí a todas las mujeres que pagaron con su vida y con sus sueños oponerse al invasor. Las siento, porque morir es hermoso cuando se muere luchando, para dejar no la muerte sino los sueños, como herencia, a las mujeres que vendrán.

## 14 de abril

Nos han hecho entrar a Cusco en una tarde que parece como enferma de melancolía, en que mi boca siente la amargura de la hiel que está en el aire. No he sentido pena por mí. Ni siquiera por José Gabriel, porque los dos somos uno, y su corazón late con el mío o el mío es sólo como un eco del suyo, sino por nuestro pueblo. Hubiera preferido morir en Tinta, viendo al Cusco solamente con el pensamiento. No quería entrar así, cuando parece que las piedras lloraran sangre, cuando los insultos se clavan como cuchillos en nuestro pecho. Los indios agachan la cabeza y se voltean a otro lado, porque no hay nada peor que contemplar una esperanza trunca. No sé qué lacera más. Si la frustración de llegar a ser libres, o la certeza de que seguirán esclavizados aún por mucho tiempo. Sé que ellos también se están desgarrando por dentro más acongojados que antes, en que no habíamos estado tan cerca del triunfo. A José Gabriel le han puesto en una silla de mujer para humillarle. El les ha dejado hacer sin replicar. Está impasible, absorto, como si su alma estuviera ocupada en otras cosas. Así es de estoica nuestra raza. Los pueblos reconocerán algún día la magnitud de su sacrificio. José Gabriel ya no es un hombre, sino una montaña. Tal vez ni siquiera una montaña, sino el Ande entero. No en vano con su voz le ha conmovido, recogiendo el clamor de los hombres. La libertad tiene, en nuestra tierra, desde hoy, un nombre. Se llama Tupaq Amaru. Quien quiera que pregunte por

ella se encontrará con él. Su brazo levantó a un pueblo que estaba de rodillas. No porque estuviera completamente dominado, sino porque sus cadenas le impedían levantarse. Estos blancos europeos no saben como es el alma india, tiene la fortaleza de los Andes que son puntales del cielo. En vano han querido doblegarla y sólo se han estrellado contra ella. En cambio la suya es tortuosa, corrompe lo que toca y se arrastra como un gusano sobre su barriga. Estuvieron engañados durante doscientos cincuenta años, creyendo habernos reducido, después de hacer polvo a nuestros muertos y haber aplastado nuestras creencias, y seguirán engañados por otra eternidad, creyendo que nos han convertido en los parias que querían, sin raíces, sin dios, sin tradición, sin pasado. No cayeron en cuenta que sólo nuestra parte física sufría el dolor, el hambre o la muerte, mientras nuestro espíritu seguía altivo como una llama. Nos estás viendo Padre Cusco, y digo que nos ves, porque mis lágrimas enturbian mis ojos y me impiden verte como quise, reinstaurando tus días de gloria, haciendo resonar los hayllis de triunfo en tus calles, desfilando con nuestros ejércitos victoriosos después de rescatarte. En cambio entramos acongojados, en silencio. Pero Padre Cusco, padre puma, padre de mis mayores, puedes sentirte orgulloso de tus hijos. Esta es sólo una batalla rendida. Seguimos de pie y los pukakunkas no podrán decir que sintieron cómo el olor del miedo se desprendía de nosotros. En este momento no quiero pensar que he renunciado a todo por mi pueblo. No veré a mis hijos hacerse hombres. No asistiré a sus nupcias. No traerán a mis brazos sus retoños para que yo vuelva a sentir mi sangre renacida. En mis entrañas la soledad punza como una espina, por los niños que no se alumbrarán o que serán nacidos muertos. ¡Pobre mi raza y pobre de mí por haberla defraudado! ¡Por ser sólo una mujer y no haber podido quitar con mis manos sus cadenas! Padre Cusco, quisiera inventar de nuevo la esperanza y concebir para tí la libertad en mi vientre, muriendo al parir, pero muriendo feliz, sabiendo que fui fértil. Pero eso no es posible, Padre Cusco. Soy sólo una mujer y nuestros enemigos se multiplican como buitres, disputándose la suerte de asistir al festín. Quisiera gritar tanto que

mi grito se quedara prendido en el aire para que se escuche por siempre, para que vaya de corazón en corazón sin extinguirse.

Están conmigo José Gabriel, nuestros hijos Hipólito y Fernando, Tomasa Titu Kondemayta y muchos de nuestros amigos, a quienes no podremos salvar. Están comprometidos. Pero quedan los otros, aquellos que están libres, en el anonimato, y estoy convencida que gracias a ellos seguirá germinando la semilla que vamos a regar con nuestra sangre.

## 15 de abril

Nuestra cárcel será el convento de los padres jesuitas a quienes echó el rey. Se han llevado a mi esposo y él me ha mirado con tanta angustia que me ha hecho daño. ¡Cómo me apesadumbra no poder tocar su frente con mis manos y barrer las nubes de tristeza que la empañan! ¡No haberle dicho otra vez que le amo, que no le reprocho nada, que los dos anhelábamos lo mismo, que estoy con él hasta el final, que si debo morir será feliz de haberle secundado! ¡Ambos hemos recogido al despedirnos la imagen del otro! ¡Ambos nos llevamos en las retinas del alma! ¡No sé si te veré aún esposo mío. No sé si me reconocerás después de todo el martirio que te espera, ni sé si yo me reconoceré cuando termine el mío! ¡Ignoro qué harán con nosotros! ¡No tenemos un solo amigo! ¡Estamos entre lobos y ya estoy viendo sus colmillos! ¡Según ellos hemos cometido un crimen al haber osado rebelarnos! ¡Como si desear la libertad, el más precioso de los bienes que tiene el hombre, fuera un delito! ¡Tupaq Amaru, mi esposo, es Inka por su linaje, pero ya le están diciendo con desprecio y con burla, el indio alzado! ¡Qué podríamos hacer para sacarlos de su error! ¡Qué son ellos! ¡Qué somos nosotros! ¡Muchos españoles no pueden decir que tienen padres conocidos, mientras en cada indio de los nuestros puede haber un indio emperador! ¡Y yo no me quedo atrás! ¡También yo soy india! ¡Mi madre es una Phuyukawa!

No pensé que este mi encierro comenzara a pesar sobre mí como una loza. La celda es muy estrecha y se parece a una tumba. ¡No mereces india ver la luz del día!, dirán ellos. Tienes que pagar vida con vida. ¡La vida de mil indios no vale la vida de un español y ustedes han matado a muchos! Yo digo, ¿quiénes son los verdaderos dueños de ésta tierra? ¿Lo sabes, español, tú que te crees un señor, viniendo tal vez de un hospicio o de un presidio? ¿No eres tú el intruso? ¿No. son ustedes los forasteros, así vivieran aquí no una sino, varias vidas? ¿No son ustedes los que han estado empollando la muerte en nuestros surcos humanos? ¿Los que ponían nuestro sudor, nuestras lágrimas y nuestras vidas en un platillo de la balanza y en el otro su maldita sed de hacerse ricos? ¡Yo te maldigo España y, aún sin conocerte, sé que el oro que exprimes de nuestra sangre, no quedará en tus bolsillos! ¡Ignoro de qué metal está hecha el alma de tu pueblo! ¡Sólo sé que es un metal de mala ley, viendo lo que ha hecho con el mío! ¡Tus gentes se han creído dioses y han tomado la vida de los hombres, arrastrando por los suelos su libertad, su honor, su dignidad!

¿Adónde escapar del carcelero y el verdugo que nos tienen tantos años en el puño, con la consigna de dejarnos solamente resollar, sin querer enterarse que el ansia de libertad no muere mientras haya un pecho que lo aliente? ¡De qué protestan, pues, malditos! ¿Acaso hemos hecho mal al habernos querido arrancar de vuestro azote? ¡Ustedes han escrito nuestra historia a su modo, pero aún en ella la verdad se impondrá con su peso a la mentira! ¡Tendrá que decir que confiamos en las leyes de vuestro rey! ¡Qué nos sujetamos a sus ataduras como niños! ¡Y eso que él nos era ajeno, que este no era su reino, ni nosotros sus vasallos naturales!

Me han dejado y se han ido sintiendo mi menosprecio sobre sus espaldas. Creen que al dejarme en sombras hacen más angustiosa mi espera. ¡Se equivocan! ¡La luz no se apaga jamás para quien la lleva dentro! ¡José Gabriel y yo somos dos soles alumbrando! ¡Aún en este momento, en que somos la libertad de nuevo

engrilletada, la esperanza segada a medio vuelo, la voz ahogada en sangre! ¿Me pregunto, a qué le tienen miedo? ¿Por qué están temblando? ¿Qué les hace llevar el arma siempre lista?. Nosotros no les debemos nada. ¡Qué tiemblen ellos que tienen negra la conciencia! ¡José Gabriel y yo les emplazamos!

Ya no siento indignación por los kurakas que se aliaron a nuestros enemigos. Sino lástima por quienes se contentan con recoger las migajas del propio pan que amasaron. Mejor que no vinieran. Lo que si me angustia es que se haya interrumpido la obra libertaria. Olvidarán mañana tal vez lo que ofrecieron ayer y a lo mejor impondrán nuevos cupos y serán más duros los castigos. ¡Pobres los míos! ¡Ha sido muy fugaz el tiempo que han saboreado la fortuna de respirar a pulmón lleno! ¡Ojalá hubiera podido amarrarle, detenerle, pedirle que no avance, para dejar que fueran un poco más felices! ¡Yo he palpado por lo menos su alegría. Aunque me duele pensar cuán duro será para ellos volver después al yugo. Estoy triste porque ahora su pan será todavía más amargo y más postrados sus viernes. No espero nada de Areche salvo que nos crucifique. No puede ser de otra manera. Con nosotros no habrá términos medios. Sé que el único camino que nos queda es la muerte. ¡Con vida seríamos un peligro! ¡Diego Cristóbal anda suelto y tratará de acercarse para ver si puede rescatarnos! Areche no tiene otra alternativa. Aunque ese no se contentará con firmar la sentencia. Antes querrá saber quiénes estaban con nosotros, comunicándose o ayudando con dinero. Por lograrlo será capaz de cualquier cosa y andará tan extraviado, como seguros, mi Inka y yo, de no decirle lo que ansía. Por darnos muerte, él pasará a la historia. Siempre se ha luchado, pero José Gabriel resume hoy, en su persona, las rebeliones de todas las épocas. ¡El eterno desafío de mi pueblo! ¡Su beligerancia!

Qué extraño me parece este convento convertido en cuartel. Las puertas de mi celda se han abierto para ir al juicio. Estoy en el viejo Amarukancha, que fue palacio de un Sapan Inka, señor

todopoderoso, mas sus piedras no son las mismas. Han tomado otra forma. He pasado mis manos sobre ellas, queriendo descubrir su mensaje, su calor. Nada dicen. Los soldados españoles me miran con rabia. Se sorprenden de que siga altiva y me empujan con sus bayonetas.

En el patio del claustro, la gente de Pumakawa y Choquewanka se regodean al verme cautiva y me insultan. Sus dictorios me sacuden mas que los maltratos de los blancos. A ese extremo han llegado, a convertirse en perros de esos perros. Yo voy erguida pero siento por mis espaldas como si un sapo asqueroso se arrastrara dejando su saliva pegajosa. Sus groserías me ensucian.

Quando el escribiente de Areche pregunta por mi nombre, contesto en voz alta, Micaela Bastidas, mujer legítima de Tupaq Amaru, de la sangre real y tronco principal de los Inkas. ¡A ver si lo ponen!. Soy del pueblo de Panpamarca, india, hija de Manuel Bastidas y Josefa Phuyukawa. El soberbio Areche, sentado ante una mesa, con ese Mata Linares que oficia de consultor, comienza a preguntar. ¿Si yo sé por qué estoy presa? Digo, porque mi marido hizo justicia acabando con el corregidor Arriaga y sus excesos. El dice que es un cargo de muchos, que el más grave es habernos levantado contra el rey y la Corona. Yo respondo que el rey está muy lejos para sentirse amenazado, que Tupaq Amaru se rebeló contra las exacciones de sus representantes y también porque Arriaga quería ahorcarle junto con Pedro Mendigure, sin haber motivo. Areche se enoja, asegura que no tortura mujeres pero que puedo salvarme confesando. ¡Qué sabe este del valor de las mujeres del Ande! Vuelvo a decir que no sé nada, que mi marido no hablaba conmigo. Areche se exaspera, grita, se pone de pie, afirma que José Gabriel me ha inculpado, como si yo no supiera que es falso. Luego cambia de tono y con sorna me pregunta, como quería ser marquesa sabiendo que ese título no le cuadra a una india. Mientras habla en voz alta, riendo sarcásticamente, yo pienso en la fecha que ha dicho Mata Linares. Estamos a 2 de

mayo. ¡Que poco ha durado nuestra empresa! ¡Cinco meses que se diluyeron como la nieve cuando sale el sol! Sin embargo la noticia sacudió a todo el continente. José Gabriel, no sabes cómo siento que las pequeñas ambiciones de los hombres malograrán este movimiento. Tupaq Amaru no luchaba para alcanzar distinciones como Pumakawa o Choqewanka. Quería la libertad de nuestro pueblo y recordó su entroncamiento con la sangre real del Cusco sólo para que su autoridad no fuera discutida. ¡Qué ganarán los kurakas enemigos, que vieron la revolución con un sentimiento de antiguas panakas fenecidas! Tal vez una medalla, un repartimiento, una carta de ese rey desconocido, algún privilegio! En cambio millones de indios hemos perdido la oportunidad de reconquistar nuestros derechos. En este estrado, de pie, mientras jueces extranjeros se empeñan en hacerme confesar, en su idioma, me pregunto si procede. Pertenecemos a dos mundos tan distintos y, qué saben ellos del nuestro. Lo justo sería que cada cual mandara en el suyo. Areche pronuncia mi nombre varias veces y me hace volver a la realidad. Quiere saber desde cuándo mi marido pensaba sublevarse. Me he encogido de hombros, yo qué sé. Le digo que no me hablaba de sus planes, que me trataba con rigor, que estaba a su servicio y que sólo quiso quitar corregimientos para que no abusen de los indios. Así Areche tal vez dejará de hostigarme. Pregunta qué parte me tocaba. ¡Para qué decirle que estábamos de acuerdo! ¡Qué discutimos los planes detalle por detalle! ¡Qué era mi jefe y yo era su segundo! Mata Linares se aburre y se suspende la sesión. Vuelvo a mi celda. Apenas puedo caminar por los calabres, con tantas horas sin moverme.

Esta misma tarde han vuelto a la carga. Saben que en su ausencia yo mandaba, otorgaba salvoconductos y arengaba a las gentes. Respondo que él dejaba todo dispuesto y que yo me quise huir de su lado y no lo hice por miedo. Me carean entonces con Mariano Banda, Manuel Galleguillos, Diego Berdejo. Ellos declaran que yo ordenaba con más severidad que mi marido. No voy a desmentirles. Cada uno quiere salvar su pellejo. Yo no quiero escapar

a mi suerte. Sólo deseo no complicar a nadie. Banda, Galleguillos y Berdejo se van sin mirarme, confundidos. Areche se exalta, dice que no seré la primera mujer que es azotada por sus crímenes, que en Europa se quema a las brujas y que he cometido sacrilegio, pues creyéndome Dios, hasta he nombrado curas. ¿Querría ser entregada a los desmanes de la soldadesca? Mata Linares interviene. Lo que se quiere es que yo hable. Areche se impacienta. ¡Declara, india! ¡Confiesa tus delitos y tus cómplices! Decido contestar sólo en qechwa sabiendo que ambos no podrán entenderme. Me dejan y salen. Quedo allí con las manos amarradas por delante, tan fuerte que se entumescen y me duelen terriblemente. Los soldados hacen guardia con sus bayonetas caladas. Intento sentarme en el suelo y no me dejan. Areche y Mata Linares regresan. Ahora aseguran que José Gabriel ha hablado, que ya tienen todos los datos. ¿Quieres saber como lo hicimos, india?, dice Areche y se inclina casi sobre mí. Lo hemos colgado de una viga de su celda y se le han descoyuntado los hombros. Se había atrevido a escribir con su sangre un mensaje en su camisa. Pero, ¿a quién, aquí en el Cusco? Necesitamos el nombre. ¡Tu debes saberlo! ¿No te da pena tu marido? Ha estado tratando de sobornar a los carceleros y estos son leales al rey, nuestro señor. Ya veremos que no vuelva a escribir. ¡Pobre José Gabriel! No creo que haya confesado pero si que deben haberle torturado. Ya decía en el camino de este calvario. “Los responsables de esta rebelión somos dos. Areche en haber puesto pechos<sup>(8)</sup> a mi pueblo, y yo, por querérselos quitar.” ¡Ah, esposo mío, como pudiera compartir tus quebrantos! Muy de tarde en tarde me alcanzan un plato de comida y un poco de agua. Tengo los labios resecos. Quieren hacernos desfallecer. La celda es tan oscura que cada vez que me sacan me hiere la luz. Después de estos días está hecha una inmundicia. Tengo las muñecas desolladas. Las cuerdas se me introducen en las carnes. Unas veces me amarran las manos por delante y otras para atrás. Mis fuerzas decaen. Cuando vie-

---

(8) Más impuestos.

nen me levantan del rincón donde están mis cobijas y me sacan a empellones. Nuevamente estoy ante ellos. Quieren que diga los nombres de los complicados en nuestro movimiento. ¿Cómo, no había confesado Tupaq Amaru? Ahora, dicen que tiene fracturada la mano derecha. ¡Qué le habrán estado haciendo! La voz tajante de Areche me saca siempre de mis pensamientos, porque a veces olvido que estoy ante ellos, que me están juzgando y me hundo en los recuerdos. “Micaela Bastidas, me anuncia, en vista de tu rebeldía y para lograr que desates la lengua vamos a dar tormento a tu hijo Hipólito.” ¡Estos engendros del infierno! ¡Se ceban hasta en mi alma! Mi corazón se encoge de aflicción. ¡No! ¡A él, no! ¿Qué puedo hacer para salvarle? ¡Ay de mí! Y ellos adivinan lo que siento porque sonrían. Creen haber acertado. ¿Micaela Bastidas, quisieras que salga libre? El terror me sobrecoge, como si me retorciera por dentro. ¿Puede una madre condenar a su hijo? No esperaba esta prueba. Hipólito es sólo un muchacho, pero él piensa también como su padre. Si declaro, ¿me perdonaría él haber hablado? ¿Podría mirarle a los ojos sin sentir vergüenza? ¿Acaso no lo habrán martirizado ya? Areche al ver mis dudas se divierte mencionando los suplicios que puede mandar aplicarle. En su voluntad está hacerle cortar una mano, una pierna, que le saquen un ojo, arrancarle la lengua, y sólo yo puedo salvarle. Hago como si no hubiera escuchado. El no sabe nada, ni yo, contesto indiferente en qechwa. Areche se levanta y me sacude. ¡En castellano, india, en castellano, y no en esa lengua de salvajes! No sé nada, repito en su odiado idioma. ¡No sé nada! Y digo para mí, si mi hijo tiene que sufrir, sufrirá como hombre, y yo padeceré por él más de mil muertes. Qué vale él, qué valgo yo, ante esta clase de jueces que nos califican de bestias herradas. ¡Le haremos gritar, le sacaremos la carne a pedacitos! ¿Quieres esto, india? ¿No te importa? Con razón decimos que estas gentes son como animales. Esta mujer no siente por el fruto de sus entrañas. ¡Bien, sea, tú lo has querido! ¡Llévensela!

En estas últimas horas he envejecido. No soy ya la misma mujer que entró por esa puerta. He arrastrado a mis hijos al mar-

tirio, a mi propio destino, y si haberlos sacrificado a esta causa me desespera, seamos ellos y yo una sola ofrenda que vivifique la tierra. ¡Ah, libertad, qué caro cuestas! ¡Eran lo más precioso que tenía, mi orgullo, mi porvenir, mi propia vida! ¡Hipólito, Mariano, Fernando, no os he enterrado pero os lloro lo mismo. Nuestra suerte está echada. ¡Pobre José Gabriel, ya eres un hombre sin esposa, ya eres un padre sin hijos! Estaban comenzando a florecer y deben marchitarse. ¡Ayer nos acostamos con la vida y hoy nos levantamos con la muerte! Te siento, madre tierra, te estás abriendo para recogerlos en tu seno. ¡Qué puedo decir a mis muchachos! ¡Los hombres de nuestro pueblo son puro hombres! ¡No tengan miedo, si están en un río de sangre piensen que es un río de flores! ¡Los hombres de la panpa radiante son como hombres de hielo! ¡Ay Urbanooo. . .!

Hoy Areche y Mata Linares me han ofrecido la libertad. Anoche su verdugo descargó su látigo sobre mis espaldas y mi cabeza. Lo hizo con placer hasta que no pude más y por miedo de matarme antes me dejó ahí, en el suelo, donde yo sentí como mi sangre se mezclaba con mis orines, sin aliento para quejarme. Más tarde recién pude sentir mis lágrimas corriendo sobre mis mejillas, haciéndome padecer al dejar su sal en mi piel reventada. Dicen que me dejarán ir con mis hijos. "No queremos, dicen los nombres de los indios que participaron en nuestro alzamiento. Los indios son como perros, que mueran con su propia rabia. Lo que queremos son los nombres de los malos españoles y los criollos, que siendo hijos de españoles son también, traidores. ¡A tí qué te importa india que los castigemos! ¡Concluyamos ya! ¡Harto nos has provocado la paciencia! ¡Esos morderán el polvo. . .! ¡Tú. . . puedes librarte!" Yo trato de pensar. No puedo ni moverme sin sentir que se me abren las heridas por debajo de la ropa. El menor roce me produce dolor. Te conozco Areche, no necesito asomarme a tu corazón para ver que sólo hay fango. Mientes y no puedes obligarme si yo no quiero, a pronunciar sus nombres. Podrás ahogar en sangre la libertad de un hombre, la libertad de dos, de tres, de mil, de

cien mil, pero no de todos ni por siempre. Si tú no fueras sordo a nuestro clamor sentirías como un ventarrón de protesta que se está levantando y que irá creciendo, hasta que nadie pueda detenerle. Tupaq Amaru ha muerto dirán después los blancos. Enterramos su voz. Y otra vez vivirán otro lapso engañados. Tupaq Amaru seguirá viviendo porque la libertad no muere y en nuestra tierra él es la libertad. A tí te recordarán también, pero como al chacal de todas las infamias. Para qué dilatar más esto si ya tienes levantada la horca donde expiaremos el delito de haber ansiado un trato humano para nuestro pueblo.

Esta mañana Mata Linares me ha leído la sentencia de Areche. Ha venido con sus soldados y haciéndome poner de pie ha hecho que la escuche. Tal vez mi estado, porque me está quedando solamente la piel sobre los huesos, le ha conmovido acaso. Mandó a uno de ellos que me sostuviera. Estoy tan extenuada que ha pensado sin duda que eso podría inclinarme al ruego. Es que en las noches el sueño se niega a posarse sobre mis párpados cansados. Pero no pierdo mi coraje. Quienes supieron luchar sabrán morir. Areche cree que matándonos habrá devuelto la tranquilidad a nuestros opresores y no será así. Somos sólo una parte de un río que está engrosando su corriente. Su rey está más cerca que nunca de perder estas tierras. En vano le llama el más augusto, el más benigno, el más recto, el más venerable de cuantos monarcas han ocupado el trono de España y las Américas, lisonjeándolo en la sentencia de José Gabriel para ganar su gracia. No sé como puede escribir así de un rey que nunca pudo darse cuenta de los delitos que se cometían en su nombre. Estos blancos no pierden la oportunidad de adular a los poderosos, hasta en nuestras condenas. En la mía Areche me acusa de ser su cómplice, que es cierto; de haberle auxiliado en cuanto he podido, cierto también; de haber juntado gente para enviarle a él y a sus capitanes; de condenar al último suplicio al que no obedecía mis órdenes o las de mi marido; de mostrar alegría públicamente siempre que me venía aviso de alguna acción favorable; de animar a los indios, dando

bastones de coroneles a los que creía más adictos; de hablar con asco de los españoles, con expresiones que imprimían mayor odio a los naturales, ofreciéndoles que sólo pagarían tributo pero no otro derecho alguno, gozando de la propia libertad que gozaban en tiempo de su idolatría, profiriendo en mis conversaciones palabras que denotaban que aspiraba a reinar; haciéndome por este motivo obedecer con más rigor que mi marido; despreciando las sagradas armas —excomuniones— de la Iglesia, quitándolas de las puertas de ellas donde las veía fijadas; y sustituyendo en su lugar edictos míos; publicando bandos, dando comisiones, nombrando quienes se hicieran cargo de la administración de sacramentos como el indio Nicolás Willka, falso obispo. Mandando cerrar las iglesias cuando me parecía; dando salvoconductos para que mis soldados no impidiesen el paso a los de nuestra facción; escribiendo cartas a fin de publicar los felices sucesos de mi marido encaminados, como explicaba escandalosamente, a librar al Reino de los tantos pechos y cargas; pidiendo me enviasen gente con pena de la vida al inobediente. Finalmente, falla condenándome a morir. Manda que salga de este cuartel, donde estoy presa, arrastrada con una soga de esparto al cuello, atada de pies y manos, con voz deregonero que publique mi delito, siendo llevada en esta forma al lugar del suplicio, donde por mi sexo y consultando la decencia, me darán la pena del garrote, me cortarán la lengua y me colgarán después de la horca, hasta que él lo mande.

A José Gabriel lo acusa del horrendo crimen de rebelión o alzamiento general de los indios, mestizos y otras castas, pensado ha más de cinco años, y ejecutado en todos los territorios de este Virreinato y el de Buenos Aires, con la idea de quererse coronar Señor de ellos y libertador de las que llama miserias de esta clase de gentes, a la cual dió principio con ahorcar a su Corregidor Don Antonio Arriaga. Dice que teniendo a los indios y a las otras castas de plebe, alucinados, sumisos, prontos y obedientes a cualquier orden suya, al extremo de resistir el vigoroso fuego de sus armas, haciéndose autores, él y estos, de innumerables estragos, insultos,

horrores, robos, muertes, estupro, violencias inauditas, profanación de iglesias, vilipendio de sus Ministros, escarnio de las más tremendas armas suyas, cual es la excomunión, contemplándose inmunes o exceptos de ella porque así se los aseguraba; poniendo curas en las doctrinas, haciéndose recibir en las iglesias, quitando los repartimientos a sus jueces, extinguiendo las aduanas reales y otros derechos que llamaba injustos, abriendo y quemando obrajes, aboliendo las gracias de mitas, mandando embargar los bienes particulares, tomando los caudales de las arcas reales, imponiendo pena de la vida a los que no le obedecían, ejecutando a muchos, haciéndose pagar tributos, sublevando a las poblaciones y sustrayendo a sus moradores del acatamiento a su legítimo y verdadero Señor, mandando fundir cañones, reduciendo las campanas de las iglesias con este objeto, atribuyéndose dictados reales, haciéndose tratar de Señoría, Excelencia, Alteza y Majestad, bajo pretexto de ser descendiente de la sangre real de los Emperadores Gentiles, y haciéndose pintar en prueba de estos designios torpes con insignias reales de Inka, Maskapaicha y otras. Considerando todo esto, y las libertades con que convidó a los indios y demás castas para que se les viniesen, hasta ofrecer a los esclavos la de su esclavitud, reflexionando el miserable estado en que quedan estas provincias por los perjuicios causados en ellas por él, lo condena a que sea sacado a la plaza principal, arrastrado hasta el lugar del suplicio, donde presenciará la ejecución de las sentencias que se dieren a mí, su mujer, sus dos hijos Hipólito y Fernando Tupaq Amaru, a su cuñado Antonio Bastidas y otros capitanes y auxiliares de su inicua y perversa intención; los cuales han de morir en el propio día, y cumplidas estas sentencias, el verdugo le cortará la lengua y después amarrado o atado por cada uno de sus brazos y pies, con cuerdas fuertes y de un modo que cada una de estas se pueda atar o prender con facilidad a otras, que penden de las cinchas de cuatro caballos, para que puesto de este modo, cada uno tire a su lado, mirando a otras cuatro esquinas o puntas de la plaza, de forma que quede su cuerpo dividido en otras tantas partes.

¡Qué increíble. Areche, el brazo ejecutor de los usurpadores nos condena por usurpar en nuestra propia tierra! Callo y sólo mis ojos los verá fulgurantes. Sé que mi silencio lo ofusca y quiero que se vaya descontento, fracasado en su ruindad por no habernos vencido como quiso. ¿Quién digo yo, es el dueño? ¿Mi pueblo o su rey, que envió soldados del otro lado del mar, para apoderarse de un Imperio? Estas tierras fueron nuestras hasta que vino Pizarro y manejando con arte la intriga y la codicia, —que en ambas cosas son maestros— tomó vidas y haciendas. Por dos siglos y medio hemos aguantado sus abusos, quejándonos, suplicando un trato bondadoso. Hasta que la gota de agua rebasó el dique. ¿A quién le asiste más derecho para reivindicarnos si no es a Tupaq Amaru? No sólo Señor de Tungasuka, Panpamarca y Surimana, sino Inka por derecho de sucesión. ¿No se alistaron bajo sus banderas los kurakas, probando al asentir que era cierta su nobleza de sangre? Y en cuanto habla, de celo y diligencia en los recaudadores de impuestos y tributos, anda errado. El que más y el que menos, todos son ladrones, con permiso oficial para ejercer el robo, sin respeto de nada. Y así con ellos los demás, venidos de España para depre-darnos, sin atender sus ordenanzas en lo de bueno que tenían sino en aquello que servía para desposeernos.

Ojalá me fuera dado poder amarrar el sol en el pico más alto, mientras llega por nosotros Diego Cristóbal. Pero no vendrá. El taparaku, la mariposa fúnebre, ya está rozando mi corazón con sus alas. Este 18 de mayo veré por última vez a los míos. Nuevamente Waqaypata, la sagrada plaza de los Inkas, se teñirá de sangre.

No dejarán ni siquiera que reposemos juntos. Mandarán nuestras cabezas, brazos y piernas, a Tinta, Tungasuka, Urcos, Quiquijana, Sangarara, Surimana, Koporaqe, Pillpinto, Aqos. San Sebastián, Karabaya y Santa Rosa. Areche, el carnicero, ha dividido nuestros cuerpos de antemano, sacando la cuenta en papel de los pueblos levantados. No se hartará sino hasta vernos destrozados bajo el hacha del verdugo, consumidos en parte por el fuego. En

una hoguera en Piqchu arderán nuestros cuerpos y hará que arrojen luego las cenizas a los cuatro vientos. Visitador, no has podido estar más de acuerdo con nosotros. Cada pueblo escogido por tí para escarmiento se convertirá en nuestra tumba. Nosotros vamos a morir como los guerreros después de una batalla y entraremos de frente al Hanaq pacha. Tú no eres más que el ruin instrumento que defiende mezquinos intereses, el que cuida las bolsas ajenas, el juez a sueldo. Tú, mañana te vas, pero sobre tu nombre caerá la vindicta de los siglos y los hombres.

Lo que me aflige y me rebela es saber que al mismo tiempo que a nosotros has condenado a mi raza. ¿Por qué nos odias tanto, siendo un ave de paso? ¿Por qué ese empeño en destruirnos? ¿Qué hemos hecho para que el ñañu wayra, el viento que mata por matar, se levante de tu alma? ¿Crees que podrás borrar de la memoria de mi pueblo la grandeza de los Inkas cuando en Cusco y en otras partes todo lo recuerda? ¿Podrá el barro imponerse a la piedra o amestizarse con ella? ¡Jamás! Como de nada vale que prohíbas los vestidos nuestros y nos obligues a llevar los tuyos, porque bajo tus trajes castellanos latirán como siempre los corazones indios. Has mandado que se deshagan todas las pinturas o retratos de los Inkas, nuestros antepasados, y en eso también te equivocas, pues, ya están registrados en la historia. Y no quieras que hablemos en tu idioma por la fuerza. Mi pueblo no renunciará al qechwa, porque sería como negar la madre y al dejarse mutilar la lengua perder todo el contacto con aquello que es nuestra herencia cultural. Nada es tan dulce como amar en qechwa, tan digno como hacer justicia en qechwa, tan terrible como lapidar en qechwa, tan vigoroso como luchar en qechwa y llevar el runasimi como una bandera desplegada en cada hombre. Á nosotros nos mandas cortar la lengua porque temes que aún después de muertos gritemos por una eternidad, y quieres hacer lo mismo con los indios. Pero, después de tu sentencia mi pueblo preferirá replegarse a los lugares más lejanos de la cordillera. Algún día volverá por sus fueros. Cuando los cóndores regresen con un mensaje de los espíritus que

pueblan la tierra, el aire y el agua y al fin puedan unirse y ponerse de pie. Y los pututos no callarán. Visitador, resonarán por siempre en tus oídos.

## 18 de mayo

Esta mañana voy a morir y no me asusta. Hace tiempo que la muerte estaba caminando conmigo. A pesar de que estaré en muchas partes y en ninguna, extrañaré un poco las costumbres de mi pueblo. Eso de ser llorada en Tungasuka, Panpamarka y Surimana, de quedar entre las mantas más bellas apretada como un niño, con guiraldas de flores sobre el pecho y salir al cementerio de la iglesia con el señor cura por delante con capa de coro, incensario y la cruz alta. Ayer noche no he podido dormir tratando de coger los recuerdos más queridos. Viéndome en Surimana, bordeando sus veredas de qantus rojos; evocando a mi madre en las aventuras de Marcos, el atoq, y Dieguillo, el huk'ucha; amarrando a mis hijos recién nacidos con el chunpi de los guerreadores kanas; escuchando de lejos el Angelus de las campanas sobre el campo; o subiendo a Qoyllur Rit'i, para dejar mi primer allwi en las faldas de la gran "estrella de nieve", sin saber que alumbraría mi camino hasta la horca, porque ella me está dando la paz que ahora siento. Porque quiero creer que seguirá proyectando su luz sobre mi pueblo para otro amanecer. Porque quiero confiar en que esta muerte tiene que ser fecunda y que al librarnos de ella saldremos victoriosos. Otros días y otros hombres vendrán a realizar lo nuestro. Así tiene que ser.

Pero el Cusco está triste y me atribula verle sin su bandera azul del Wanakaure al Senqa y del Senqa al Pachatusan. Su cielo, en pleno mayo, está gris, oscuro, como si las nubes estuvieran enfermas de algún mal muy antiguo. Como si el Padre Sol se hubiera ido.

No he podido trenzar mis cabellos. Estoy helada y me parece que este cuerpo ya hubiera dejado de ser mío. Padre Viento,

cuando el Padre Fuego nos reduzca a cenizas, llévalas lo más lejos que puedas, queremos ser sembrados.

Y ahora, vamos que nos toca.

Tanta gente y sin embargo la Waqaypata sagrada está vacía. Estos extraños que la llenan son todos forasteros, no existen para mí. Los soldados nos hacen avanzar casi a la fuerza, Areche y sus sicarios han pasado sin vernos. Una misma cólera nos impulsa a gritarles con Tomasa Titu Kondemayta: ¡Cobardes! ¡Asesinos! No por nuestra muerte, que ya viene, sino por aquella que ha segado la vida de José Amaru, Miguel Anco, Miguel Mesa, Pedro Mendigure, Ramón Ponce, Francisco Torres, Gregorio Enríquez, Pedro Mamani e Isidro Puma, que dejan huérfanas a sus familias. Para silenciarnos, Areche ha mandado que nos pongan en la boca un palo a manera de mordaza, amarrado en sus extremos con un cordel y con un nudo en la nuca.

Paso ante una mesa donde han puesto un Santo Cristo entre dos cirios. ¡Tampoco tuvieron piedad contigo. Señor! ¿No sé por qué estás aquí? ¿Qué es lo que quieren los verdugos? ¿Hacer-te cómplice tal vez de su infamia!<sup>(9)</sup> ¿Dejar impreso en tus pupilas el horror y el espanto? ¡A tí, a quien crucificaron por reclamar la igualdad entre los hombres! ¡Estamos aquí por la misma causa!

Sigo. ¡Ay. . . como quisiera gritar y dejar la vida en un grito! Mi corazón se revuelca en mi pecho como en un charco de dolor

(9) Según la tradición el Cristo que tiene cuarenta rubíes en sus heridas, fue prestado por las monjas de Santa Catalina. Al conocer ellas los detalles del suplicio no quisieron recibirle, por haber presenciado tanta iniquidad. Igual sucedió en otros monasterios adonde llevaron la imagen, hasta que fue encargado a particulares. Hoy se encuentra en el Museo Histórico Regional "Casa Inca Garcilaso" de Cusco.

y siento que está golpeando como si quisiera salir, como si fuera a estallar, a romperse en un granizo de muerte. Pasan a la horca mi hermano Antonio, José Berdejo, Andrés Gastelú, Antonio Oblitas, Francisco Tupaq Amaru, ¡Hipólito. . . mi hijo! ¡Ay Hipólito, un río que ahora se desborda en flores de sangre! ¡Ama wayqey manchankichu..! Los viejos guerreros kanas están cantando para tí. ¡No tengas,miedo hermanito! ¡Yuraq k'anchay maqt'allaqa, chiriangel cholochaqa, qaripuni batikuqcha! Los hombres de la panpa radiante son como una luz que alumbra ipuro hombres! ¡Ay Hipólito! ¡Wawaymi! ¡Siento en mis senos correr la leche que te di! ¡Me estás devolviendo la vida y yo siento que estoy muriendo contigo! ¡Las lágrimas astillan mis ojos sin salir! ¡Hipólito, perdón por haberte traído a la vida y por llevarte también a la muerte! Por haber olvidado en el fragor de la lucha que era madre y también, porque si acaso pudiera retroceder el tiempo, yo volvería a caminar lo andado! ¡Ay Hipólito, cómo te apagas. . .!

Al momento de irse, Tomasa, la brava kurakesa, me ha mirado con la ternura de una madre. Como quien dice, voy primero, para recibirte en la otra orilla del Yanamayu<sup>(10)</sup>, cuando estos peñeros te lleven.

Ahora me toca a mí. Ese redoble de tambores me ensordece. ¡Dónde estarán los cóndores. . .! He visto a José Gabriel como un despojo. La sangre negra sobre su ropa desgarrada, manchándole de la cabeza a los pies, sus brazos colgando, flácidos, rotos. ¡Cómo estará sufriendo! En su rostro tan delgado y tan pálido sus ojos queman. El cree, lo sé, que nuestro pueblo tardará mucho en volver a levantarse, que su liberación se ha retrasado, que nuestra causa no pudo madurar y que se ha perdido definitivamente. Yo quisiera animarle, infundir calor a su corazón, decirle otra vez y

---

(10) Río Negro.

mil veces que le amo, que voy a morir cantando, que la esperanza no muere, que tengo fe en el mañana, que volveremos a encontrarnos.

Los sayones me arrastran. Me resisto solamente para que él vea, si puede verme, que conservo mi coraje, que voy luchando, que me acerco a la muerte en eterna rebeldía.

Estoy subiendo al tabladillo, empujada por los soldados que se apresuran con miedo de soltar su presa. Rehusó mirarle por segunda vez, desde esta Waqaypata inka, que nunca será del todo española, porque por eso la estamos redimiendo. Mientras levanto la cabeza, para ahorrarle trabajo al verdugo, cierro mis párpados. Quiero verle solamente con los ojos del alma, erguido como un Inka, en su caballo blanco, ante los pueblos de las provincias altas, haciendo arder el aire con sus palabras, inflamando de fervor a las gentes, levantando un altar a la libertad en sus corazones, entre el ondear de las banderas y el ulular de los pututos. Hablando, sí, hablando siempre de la libertad...

... Al ocurrir la sentencia del Virrey José Antonio de Arce, es de esperar que otros papeles fueron destruidos, y que también sus parientes, temerosos de ser alcanzados en el castigo, mas no ocultaran los ojos. Aparte de Antonio Bastidas, su hermano, que murió con ellos, no se tiene noticias de ningún otro familiar. Nada por parte de su padre, el presbítero Manuel Bastidas, que seña oriundo de Tumbura, sin confirmar, nada por parte de su madre, doña Juana Pizarro, que suponemos estaba tal vez finada para entonces.





*Alfombra que se estrenó en la iglesia cuando José Gabriel, de unos 21 años, y Micaela de 16, unieron sus vidas y sus sueños.*

---

Foto testigo. Esta alfombra, según la tradición, fue tejida en un lugar llamado Chorrillos, distrito de Cheqa.  
Fotografía Alfonsina Barrionuevo. 1969





*La alfombra de bellos dibujos y gran colorido fue un regalo para la joven pareja.*

---

Amigos de los Tupaq Amaru escondieron estas reliquias, que fueron celosamente guardadas por sus descendientes durante más de ciento cincuenta años.

Fotografía Alfonsina Barrionuevo. 1969



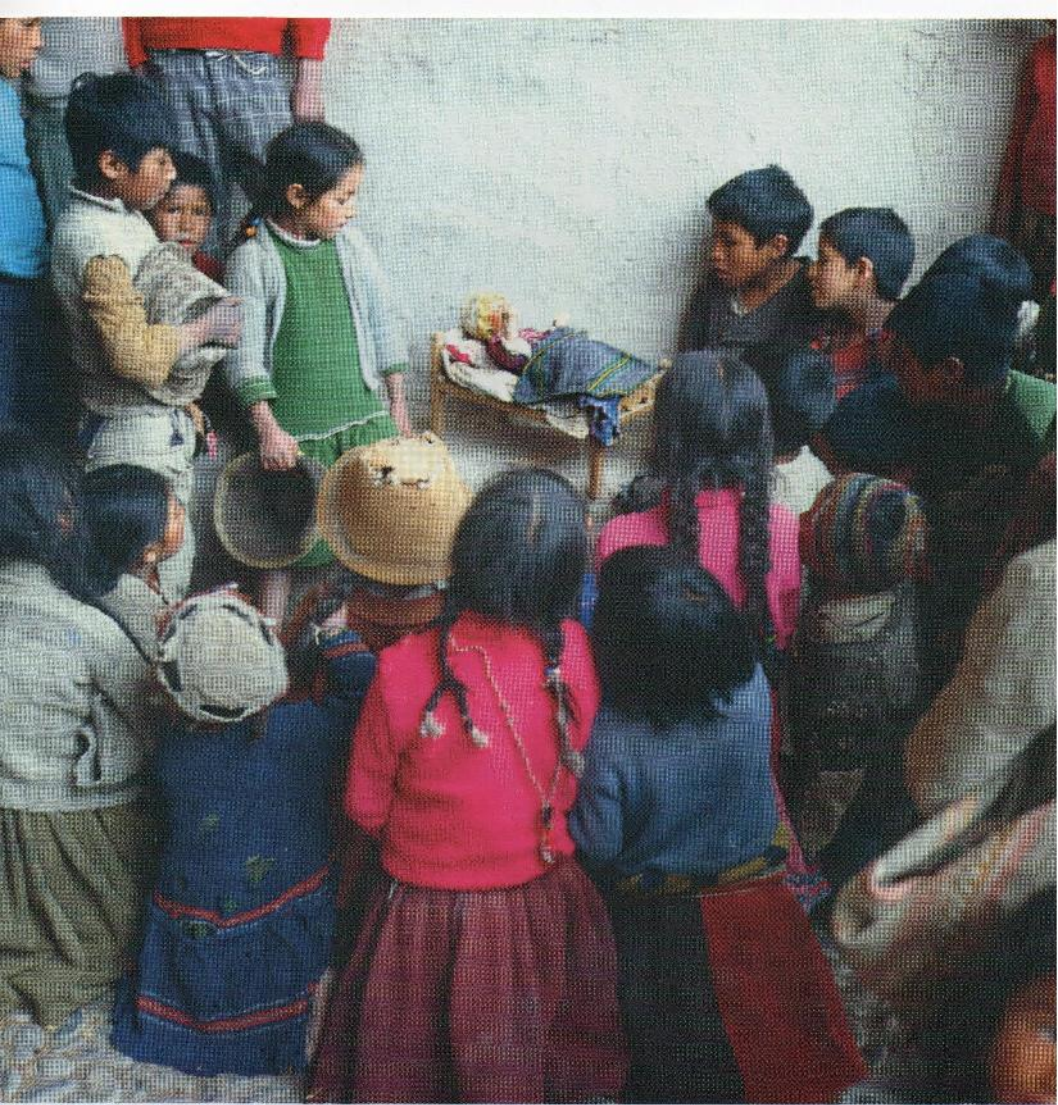


*Niño Dios que Micaela habría llevado en brazos en los diciembre.*

---

Foto testigo. Niña de Surimana muestra la pequeña imagen que sufrió descuido en los años pasados.  
Fotografía Alfonsina Barrionuevo. 1969





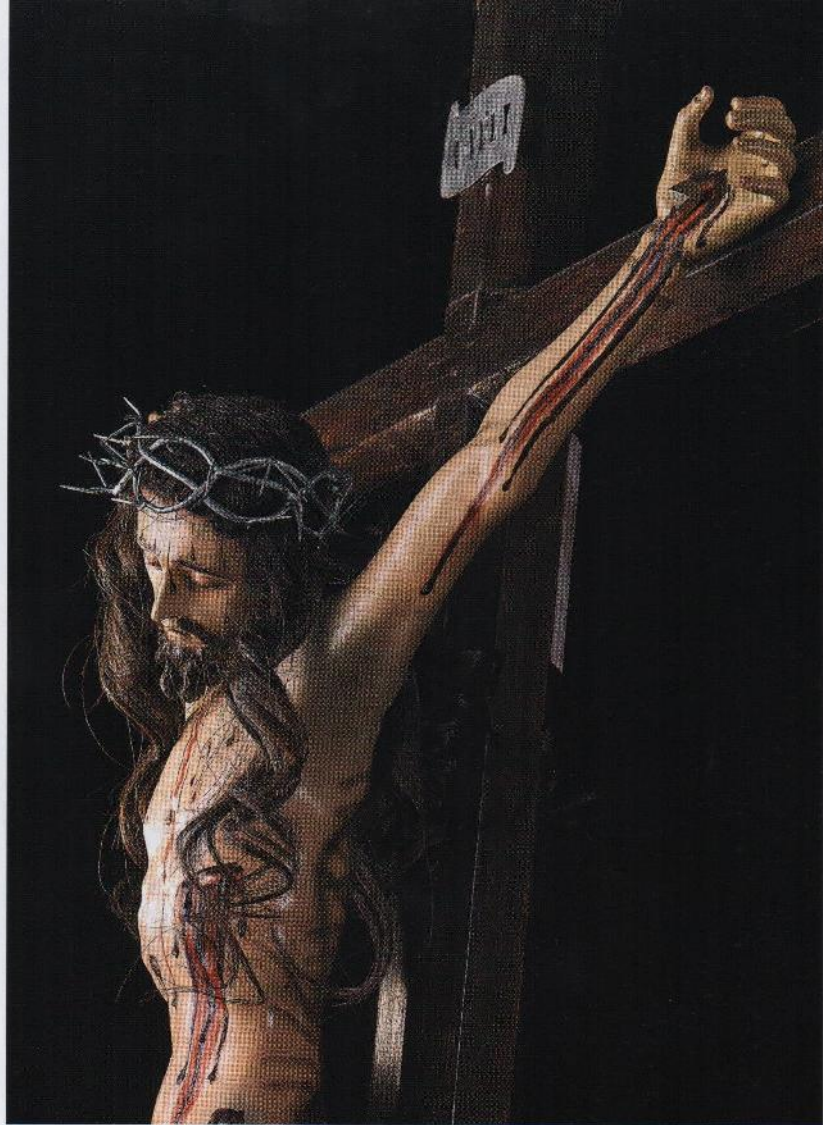
*El amor ilumina las caritas de los niños que rodean la camita del Niño Dios en la puerta de la iglesia.*

---

La pequeña imagen, según dicen los habitantes del distrito, perteneció a Micaela.

Fotografía Alfonsina Barrionuevo. 1969





*Cristo que vio morir a los Tupaq Amaru. Presenció su pavoroso suplicio.*

---

El obispo Moscoso lo pidió a las monjas de Santa Catalina. Cuando supieron que había sido profanado no lo aceptaron de regreso. Tampoco en Santa Clara. Fue depositado en casa de un particular. Ahora está en el Museo de la Casa Inca Garcilaso.

Fotografía José Álvarez Blas. 2011





*Areche, el verdugo. Los siglos jamás perdonarán sus crímenes.*

---

Areche aparece ante la Virgen como orante, según figura en la cartela de la peana. La autora del libro encontró el cuadro en el Museo Histórico "Casa Inca Garcilaso" en 1971.



## NOTAS AL MARGEN

Mientras la intervención de Micaela Bastidas en el movimiento de Tupaq Amaru aparece clara, a través de sus cartas y las declaraciones de los españoles y criollos, adictos o contrarios a la causa, su vida y sus relaciones familiares están por investigarse.

Saqueados los archivos parroquiales por Vicente José García de Rodríguez, en su afán por hacer desaparecer las pruebas que testimoniaban el entronque de Tupaq Amaru con los Inkas, se perdieron también documentos que se referían a ella. No se tiene conocimiento de su partida de bautizo, puede ser que fuera arrancada o que se encuentre en alguno de los libros de su época, aún por ubicar.

Al ocurrir la sentencia del Visitador José Antonio de Areche, es de esperar que otros papeles fueran destruidos, y que también sus parientes, temerosos de ser alcanzados en el castigo masivo ocultaran los suyos. Aparte de Antonio Bastidas, su hermano, que murió con ellos, no se tiene noticias de ningún otro familiar. Nada por parte de su padre, el presbítero Manuel Bastidas, que sería oriundo de Tamburco, sin confirmar; nada por parte de su madre, doña Josefa Phuyukawa, que suponemos estaría tal vez finada para entonces.

El lugar de nacimiento de la heroína queda probado con su declaración: "En la ciudad del Cusco a veinte y dos días de Abril de mil setecientos ochenta y un años, ante el Señor Don Benito Mata Linares, del Consejo de su Majestad, Oidor de la Real Audiencia de Lima", cuando dice que es natural de Panpamarca. No hay discusión sobre este punto, pues es su propia declaración en uno de los momentos más álgidos de su existencia. Micaela fue kaneña, de la gran provincia de los guerreadores, cuya tradición de bizarría es mantenida hasta hoy.

Últimamente he encontrado una anotación interesante. Felicia Montúfar de Medrano, empresaria minera cusqueña, recogió en sus exploraciones por Panpamarca que había nacido en el ayllu de Irumoqo, a orillas de la laguna Aukiqocha. Los pobladores le llevaron inclusive al lugar donde estuvo su casa.

No se sabe con certeza si ella sabía leer y escribir. En el juicio firma un tal José Brito por ella, "por no saber", aunque puede ser que lo ocultara. No se ha ahondado en este punto. Es de suponer que hablara castellano. Su rango de esposa de un kuraka, con los valimientos que tenía José Gabriel Tupaq Amaru, le imponía hablar el idioma de los españoles y ella era una mujer sumamente inteligente. Los escribientes que tuvo a su servicio fueron gente retenida a la fuerza y mal podía haberse confiado totalmente a ellos sin conocer lo que escribían. No se puede pensar que alguno de sus partidarios leyera el contenido de sus cartas antes de que se enviaran, porque de ser así lo hubiera preferido como escribiente. Tuvo que ser ella misma quien las revisara y que escribiera de puño y letra algunas, pues se trataba de órdenes importantes. Mucho más cuando dependía de ellas el apoyo o el aviso que recibía su esposo de cuanto iba sucediendo en su ausencia.

Cabe también observar el estilo que se mantiene en las cartas publicadas por el historiador Francisco A. Loayza y que están en el Archivo de Indias. Si hubieran sido los escribientes los que

hubieran puesto en castellano sus órdenes en qecshwa, éste habría variado. Es imposible que dos o más personas hubieran coincidido en una misma manera de expresarse. Mientras no se pruebe lo contrario puede creerse que Micaela Bastidas sabía leer y escribir en castellano como la gran mujer que fue. Si no firmó en el juicio cabe la posibilidad de que al ser martirizada no estuviera en condiciones de hacer uso de sus manos, como Tupaq Amaru. Areche debió haber torturado a todos, sin detenerse en los medios.

Por sus misivas se penetra, en cierto modo, en su intimidad, para saberse que daba a su esposo el cariñoso apelativo de "Chepe", así como él le decía "hija Mica"; usando a veces un trato ceremonioso, quién sabe cuando otros le escribían sus cartas. Por respeto, al escribir este ensayo en primera persona, como si Micaela Bastidas hablara consigo misma, desde el comienzo de la revolución hasta que sube al tabladillo del suplicio, he hecho que al nombrar a su esposo, le diga siempre "José Gabriel" o "mi Inka y Señor", cuando ella piensa de él como jefe del proceso.

La edad que tenía en 1781, que no tiene mayor importancia, debe haber sido de unos 35 años, muy joven para asumir la responsabilidad que le cupo y para morir con la entereza que lo hizo, después de asistir a la ejecución de su hijo y sabiendo que su esposo le seguiría en la misma suerte.



## BIOGRAFÍAS

La ñusta Micaela nació por el año de 1745, en la aldea de Pampamarca que correspondía al cacicazgo de sus relacionados los Tupaq Amaru, descendientes directos del último emperador Don Felipe Tupaq Amaru, apresado en Vilcabamba y asesinado en el Cusco, por orden de Toledo, el año de 1572. Allí conoció y trató a José Gabriel, mayor de ella en unos cinco años; jugaron a las orillas de los bellos lagos de la región, en las planicies de las estepas andinas, a las márgenes del rumoroso Apurímaq; oirían juntos el dolor de su raza que se quejaba en las notas dolientes de las quenas y, juntos escucharían de labios de sus mayores, los recuerdos de los días felices de los Incas y los compararían con los siglos de miseria y angustia en los cuales les había tocado vivir. Quizá, si entonces, José Gabriel le juraría redimir a su raza, sobre todo cuando, por muerte de su padre el Inca Don Miguel Tupaq Amaru, él quedaba heredero del título y del rango de emperador inca, pero, mientras el niño crecía, ejercerían el cacicazgo de Surimana, Pampamarca y Tungasuca, sus tíos Don Marcos Tupaq Amaru y Don José Noguera. El Inca niño y la ñusta se amaron con la emoción pura de un afecto noble y santo y juntos los hallaría el caer de las tardes sobre las aguas tranquilas de sus lagos de cobalto. José Gabriel señalaba ya un carácter reconcentrado y pensativo,

de maneras nobles y le agradaba el título de Inca y el respeto que a él se le debía, tanto que, cuando ya era hombre, se le acusó de ciertos dichos en lugares plebeyos, escribió: "No se me probará que yo haya entrado una sola vez en pulpería ninguna; porque los vínculos del honor de mis mayores, que circulan por mis venas, envueltos en su propia real sangre, me enseñan bien la estimación y aprecio que me debo dar". Un español que lo trató, lo pintaba así: "tenía majestad en el semblante, y su severidad natural pocas veces se explicaba con la risa. Parecía que aquella alma se hallaba de continua retirada en su propio seno (si se puede hablar de esta suerte) y siempre ocupada en grandes asuntos". El Inca niño fue enviado por sus tíos al Cusco, al Colegio San Francisco de Borja, destinado a la educación de los indios nobles, con el objeto de imprimir en su alma, por mano de los jesuitas, el afecto al rey y la sumisión a su gobierno, pero, parece que los vástagos reales realizaron labor contraria y que, quizá sin quererlo, los hijos de Loyola, fueron siendo ganados a la causa de los Incas y, entonces, inteligentemente, sembrarían en esas almas de excepción, obra por la cual un día el rey los consideró peligrosos y los arrojó de sus dominios.

Terminados sus estudios, el Inca joven volvió a las tierras de sus mayores, donde le esperaba su prometida, la hermosa ñusta Micaela. La partida de matrimonio nos relevará de otros detalles.

*"Año 1760.—Españoles.— Joseph Thupa Amaro, soltero, con Micaela Bastidas.— En el pueblo de Surimana de Beinte y cinco Días del mes de Mayo de Mil setecientos sesenta años Abiéndose publicado las Tres amonestaciones Dispuestas por el Santo Concilio de Trento en tres días festivos a horas de Misa Mayor Y no aviendo resultado impedimento alguno canónico Y presediendo el Mutuo consentimiento de los Contrayentes Yo el Dr. Dn. Anthonio López de Sosa Cura y Vicario de. . Pues casé y bendixé que quehasen verdadero y legitimo matrimonio Según Orden de Nta. Sta. Madre Igle-*

sia a Joseph Thupa Amaro soltero hijo legítimo de Dn. Miguel Thupa Amaro y de Rosa Noguera con Micaela Bastidas soltera hija natural de este pueblo, fueron sus padrinos Andrés Noguera y María Oquendo testigos Diego Castro, Pedro Mendiguri, y Andrés Castro y para que conste lo Firmé: Dn. Antonio López de Sosa”.

Como el destino de la Qoya está ligado al de su esposo, el Gran Caudillo de la sublevación de 1780, se puede leer en parte de lo que el propio Inca decía en 1777, en un expediente que seguía para el reconocimiento oficial de su carácter de noble sangre peruana. Estos viejos papeles tienen un no se qué de remembranza y nos ayudan a comprender en el tiempo y el alma de esos seres superiores que se sacrificaron por darnos patria y libertad.

“... Puesto yo en edad competente, contraje matrimonio con Doña Micaela Bastidas, y con esto me presenté ante el Corregidor Don Pedro Muñoz de Arjona, en veinte y cinco de Octubre de mil setecientos setenta y seis, pidiendo se me declarase por cacique<sup>(11)</sup>, como a legítimo sucesor de los pueblos de Surimana, Pampamarca y Tungasuca. Y corridas todas las diligencias correspondientes de tal información, partidas de bautismo y de casamiento, con general aclamación de los pueblos, calificué dicha sucesión, como hijo legítimo de Don Miguel, nieto de Don Sebastián, bisnieto de Don Blas Tupaq Amaro y tercer nieto de Don Diego Felipe Condorcanque, y de la Coya Doña Juana Pilcohuaco, hija del último Inka Don Felipe Tupaq Amaro, en cuya conformidad obtuve el cacicazgo de los pueblos que actualmente poseo y poseyeron mis mayores. . .”

---

(11) El término peruano es Kuraka. Cacique es jefe en Centro América, no en el Perú.

... Como sabemos, el 4 de noviembre de 1780, José Gabriel apresó al tiránico Corregidor Arriaga y lo ajustició el día 10, en Tungasuca, prendiendo así la llama de la Gran Revolución Libertadora. Es entonces que comienza la obra enorme de la Qoya Micaela, jefe del Estado Mayor, diríamos ahora del ejército indio. Era ella la que reunía los contingentes de campesinos que llegaban al Cuartel General; ella la que dictaba las órdenes, salvoconductos, cartas, proclamas; ella la que se encargaba de reunir víveres y armas; ella la que veía por la seguridad del Inca; la que reflexionaba y atingía a la acción, temerosa de que la lentitud pudiera hacer fracasar la obra salvadora que se emprendía y a la cual estaba dispuesta a dar su vida si era necesaria y ella, la que cuando urgía se ponía a la cabeza de los guerrilleros nativos y salía a pelear y a vencer. Ella fue la que cuando se atacó el Cusco, en enero de 1781, bajo el comando director del Inca, ataque que se perdió por la traición de los kurakas Pumacahua y Rosas, de Urubamba y Anta, despachaba las fuerzas de relevo y ella misma avanzaba por Yanacocha y Ocoruro, comandando veinte mil guerreros que venían en refuerzo de las tropas de Tupaq Amaru. Este era el ser de quien Mendiburu dice que era "mujer notable por su hermosura", esta era la madre de Hipólito, Mariano y Fernando que, como su esposo y ella, murieron por la noble y santa causa del Perú.

El viejo luchador don Francisco A. Loayza, anotando las actividades guerrilleras de la Qoya escribe: "No sólo desde Pillpinto hasta Pomacanchi comandaba sus guerrilleros Micaela Bastidas como declara Galleguillos. Existen otros documentos oficiales sobre este asunto importantísimo, y que reafirman la alta personalidad de la heroína. En una carta del 22 de diciembre de 1780 del Visitador José Antonio de Areche, a la corte de España, sobre el levantamiento de Tupaq Amaru que existe en el Archivo de Indias de Sevilla, Audiencia de Lima, legajo 1040, hay unos renglones que a la letra dicen: "Ultimamente se ha sabido que el Rebelde pasó a la provincia de Cailloma, y en esta irrupción hubo la for-

tuna de que el Contador Oficial de aquellas Cajas, Don Joaquín Navarro, recogió al primer aviso el caudal que había en dichas Cajas, y caminando por sendas extraviadas lo salvó en Arequipa. “Con este motivo, se añade, como cierta la circunstancia de que la mujer del Rebelde le siguió en esta campaña; y que solicitando un vecino o pasajero libre permiso para pasar al Cusco sin ser ofendido, se lo otorgó ella, por un pasaporte concebido en los siguientes términos: “Mis guardias dejarán pasar, etc. . .” “El Cura de Pampamarca Tadeo Alfaro, el 3 de Enero de 1781, escribía al Obispo Moscoso: “Y al otro día luego que amaneció, animándonos mutuamente nos resolvimos a pasar donde ellos estaban, y lograr apaciguarlos, lo que conseguimos ganando a la mujer —Micaela Bastidas— de que se decía hacía cabeza. . .” “En Arequipa, Diciembre 4 de 1780, ante el Doctor Ambrosio Zerdán y Pontero, alcalde de la Corte de la Real Audiencia de los Reyes y Juez Comisionado, compareció Fray Juan de Dios Pacheco después de haber sido huésped, en Tinta de Micaela Bastidas, declaró entre otros asuntos lo siguiente: “Que acabada la cena se fueron a recoger al cuarto que les previnieron fuera de la casa; y a poco rato tocaron a entredicho, y se alborotó la gente al toque apresurado de campanas, a causa de haber venido un indio con noticia de que en Velille provincia de Chumbivilcas, estaban acosando al Cacique José Gabriel Tupaq Amaru, y que pedía socorro; el que, prontamente, llevó su propia mujer que sería de mil hombres de toda clase y casta de gentes, según se dijo, por los mismos de la casa, y que por la brevedad salió a pie la Cacica Micaela Bastidas, y después le llevaron caballo; expresando ésta que “MORIRIA DONDE MURIESE SU MARIDO”. Queda manifestado que a nuestra heroína se le ha visto comandando sus tropas en Pillpinto, Pomacanchi, Cailloma y Velille.— En carta dirigida a España, al Ministro de Indias José de Gálvez, de fecha 10 de enero de 1781, por el Mariscal José del Valle, se leen las siguientes líneas: “El desordenado ejército expresado lo manda en jefe el traidor referido José Gabriel Tupaq Amaru, y las partes en que está dividido, su mujer Micaela Bastidas, hijos, parientes y algunos españoles y mestizos que

por sus enormes delitos se han refugiado a sus banderas". ¡Esta era Micaela Bastidas! Personalmente comandaba a sus indómitos guerreros!".

Para probar todo lo dicho y como un pálido homenaje a la heroína leamos respetuosos en parte el epistolario y los documentos que de ella quedan en los polvorientos Archivos de Indias, donde patrióticamente los fotocopió Loayza.

Previsora la Qoya, cuidaba por la seguridad del Inca y atendía a las órdenes necesarias mientras José Gabriel excursionaba por las provincias altas que era urgente asegurar y conmovier:

*"Chepe mío: Para conmovier a los de Arequipa, es necesario que envíes un propio seguro con los adjuntos carteles para que se enteren de su contexto; y te advierto que sea con la brevedad posible, y puedes despachar otro propio para Pachachaca a cortar el puente cuanto más antes, con la precaución correspondiente.— En fin, todo dispondrás como el más entendido; y si no lo puedes hacer avísame para que yo lo haga sin demora, porque en esto está el peligro.— Dios te guarde muchos años.— Hoy. 24 de noviembre de 1780.— Tu MICACO."*

Micaela atingía a su esposo para que con los informes que le despachaba resolviera pronto los acontecimientos; ella creía que había que darse prisa, tenía el sentido militar que es la rapidez en los movimientos la que da el valor multiplicado a las fuerzas:

*"Hijo Chepe: Es preciso que pongas pronto remedio al efecto que ha hecho la declaratoria adjunta, pues los indios dicen que se van desvaneciendo, y así ve lo que se ha de hacer.— Dios te guarde muchos años.— Tungasuca y Noviembre 25 de 1780.— Tu MICA."*

*“Señor Don José Gabriel Tupac Amaro.—Hijo Chepe: Los portadores son de la doctrina de Ayapata, provincia de Carabaya, que han venido en tu solicitud, los que te impondrán de todo lo favorable, y piden una comisión para prender a los cobradores.— Dios te guarde muchos años.— Tungasuca y Diciembre 3 de 1780. Tu MICA”.*

De estas comisiones llegaban muchas a Tungasuca y volvían a sus lares con órdenes del Inka o de la Qoya para proseguir el gran incendio del libertador.

La Qoya era de parecer de atacar inmediatamente el Cusco y resuelta estaba a morir por la causa que el destino le encomendó al Inca, pero, Tupaq Amaru quería antes incendiar el Qollasuyo, a fin de tener seguras las espaldas y ganado el altiplano, teatro por él escogido secretamente para el triunfo final de su empresa. Era necesario, además, unir los dos distantes focos principales de la sublevación: Tungasuca y Chayanta. Leamos sus cartas y juzguemos de su actividad, previsión y resolución admirables:

*“Hijo Chepe: Acabo de tener noticia como los del Cusco salen por tres partes, y una es la de Catca cuyo pueblo (según noticias seguras) ya está acabado.*

*Sucacagua nos ha hecho traición, y los demás como te impondrá la adjunta; y así ya no estoy en mí, porque tenemos muy poca gente.*

*De mis cartas has hecho poco caso, tratando de entregarme a las astas del toro; y así no permitas que me quiten la vida, pues tu ausencia ha sido causa para todo esto.*

*El lunes que es mañana entran a Quiquijana, y a Acos, y los inmediatos pueblos ese mismo día; y así apura los pasos. Dios te guarde muchos años.—Tungasuca y Diciembre 10 de 1780. Tu MICA”.*

*"Hijo Chepe: He celebrado infinito hayas llegado con felicidad. Yo me hallo en este Pomacanchi haciendo más gente porque en este Tungasuca había salido con poca.*

*Hay noticias que del Cusco han salido y la primera tropa en Urcos. Por Paruro también quieren cercarnos.*

*Todos estos motivos me expuso a caminar, y aquí te espero para que vayas adelante.*

*Dios te guarde muchos años.—Pomacanchi y Diciembre 16 de 1780.— Es tu MICA".*

Pesimistas estas cartas de la Qoya, pero, en realidad el Inca sabía que los indios no desertarían, como no desertaron hasta el último, anonadando a los españoles en sus marchas y contramarchas por los páramos del Qollasuyo. Las tropas que salieron del Cusco, en número de 1,200 hombres, al mando del Corregidor Cabrera y del Gobernador Tiburcio Landa fueron completamente batidas en Sangarara por el Caudillo, quien reunía más tropas en las provincias altas y se aseguraba del campo buscando para llevar la lucha a terreno propicio para él. El Cusco podría tomarse después, lo más importante era amagar la extensa región del altiplano, futura tumba de las tropas españolas, como en efecto lo fue. Sin embargo, pesaría en su ánimo la resolución abierta de la Qoya para cercar el Cusco y tomarlo a sangre y fuego, ataque que se malogró por la cobardía de los comprometidos en la ciudad y por el fracaso de las expediciones contra Pumacahua y Rosas principales factores de que la ciudad de los Incas no hubiera sido por la causa de la libertad".

*"Después que Tupaq Amaru levantó el sitio del Cusco, para preparar mejor otro ataque combinado y oportuno, pensaría en atraer mejor a las tropas españolas en su seguimiento a la región alta, trampa segura de su derrota. La Qoya crece ante los trabajos y se muestra animosa para seguir la campaña".*

y oírlo. “Los 17,000 hombres bien armados que comandaba el Mariscal del Valle, estaban ya en campaña y el Inca planeó desmoralizarlos con ataques de audaces guerrilleros en su marcha sobre Tinta; allí les presentaría combate, con parte de los efectivos reunidos, pues, los más fueron puestos a órdenes del general Don Diego Cristóbal Tupaq Amaru, con instrucciones de conducirlos al Qollao para continuar la lucha redentora, tratando el caudillo de arrastrar a los españoles en su persecución a la región alta y fría de los Andes protectores de su raza. Apresado el Inca, la Qoya y sus hijos por traición de un compadre judas y canalla, Diego Cristóbal asumió el comando supremo de la empresa y la lucha fue bárbara, sangrienta y sin cuartel, fuera ya de control de José Gabriel; la sangre corrió a ríos y cien mil guerreros indios fueron consumidos en las llamas del gran incendio, contra cuarenta mil empecinados realistas que pagaron con sus vidas, unos su miseria y su traición, otros, sus planes de dominio y ambición”. “Ya hemos anotado, que librados los combates de Tinta y Combapata y perdidas esas acciones ante la superioridad de elementos, especialmente de armas numerosas, el Inca había dispuesto sólo presentar combate con guerrillas y en Tinta con una fuerza regular, encomendando el resto de las tropas si así puede llamarse a esas indiadas campesinas sublevadas que luchaban con hondas, piedras y rejonas, a su primo el general Don Diego Cristóbal Tupaq Amaru, a fin de que las condujera al Qollao, adonde el Inca también trataba de arrastrarlas en su persecución, a fin de batirlas y vencerlas con toda seguridad, dado el clima, la altura y los pueblos franca y heroicamente sublevados en contra de los españoles, cuyo centro de apoyo era Lima y la región costeña, hechura de ellos. El, la Qoya y sus tres hijos, se salvaron de los combates y llegaron a Langui, a seis leguas de distancia, a fin de reorganizar las legiones de la libertad y seguir la lucha en la planicie del Titiqaqa, pero, un mestizo, su compadre, lo traicionó y lo entregó a los españoles, cobrando el precio ofrecido; repugnante Judas este, cuyo nombre no queremos repetir. El Mariscal del Valle a cargo de la numerosa fuerza que llevaba para sofocar la rebelión, tomó todas las medidas posibles de segu-

ridad y mandó al Cusco al Inca, a la Qoya y a sus hijos Hipólito y Fernando, pues Mariano no fue apresado, fuera de muchos prisioneros, entre ellos ancianos, mujeres y niños de la temida y noble sangre de los Tupaq Amaru. En la Capital de los Incas, los esperaba el chacal Areche, Visitador del Reino y autor de los peores baldones que su criminal acción arrojó sobre el nombre español. Presos los reos y sometidos a torturas terribles a fin de arrancarles confesiones y declaraciones de complicidad, llegando a descoyuntarle al Inca los codos y los hombros y a quebrarle el brazo derecho, sin conseguir doblegar la fiera obstinación de su silencio, se utilizó a los amanuenses que Tupaq Amaru y la Bastidas, tuvieron en Tungasuca y Tinta y éstos, con el fin de salvarse, se presentaron dóciles a servir de instrumentos contra el Caudillo y los suyos, declarando en el proceso lo que mejor convenía para encubrir las formas de un juicio, cuyos resultados todos podían conocer, ya que el Visitador verdugo, había expedido, desde dos meses antes, otorgando "perdón a quienes abandonaren al Rebelde más no a éste y los suyos, además de sus cercanos colaboradores.

Los jueces y demás instrumentos del odio, del servilismo y de la tiranía, fracasadas las torturas ante el heroico silencio de los reos, recurrieron a procurar herir al Inca y a la Qoya, inventándoles declaraciones desdorosas, a fin de que hablaran, pero, no sabían ante qué clase de seres se estrellaban. Tupaq Amaru y su esposa, soslayaron las respuestas, comprendieron la estratagema y no denunciaron a nadie, no obstante que entre sus propios verdugos estaban los traidores a pactos solemnes, como sus primos Ligarte y el dos caras Obispo Moscoso. Los jueces trataron de infamar la memoria de sus víctimas; no creyeron suficiente el quitarles la vida, después de bárbaras torturas y de martirios salvajes, aún deseaban enlodarlas con supuestas declaraciones innobles y ruines, pero, nada pudieron, a más de entenebrececer sus propios hechos y de salpicar de ignominia, de vesanía, de maldad, el nombre de la nación en cuyo servicio actuaban, desprestigiándola y haciéndola odiosa en la Historia".

“De las piezas principales de aquel triste, célebre y mistificado proceso, sale robustecido el patriotismo y la admiración hacia la Heroína Máxima del Perú y, por otra parte, caminamos por los senderos tenebrosos y sangrientos de aquellos días en que la patria nacía en los Andes, como un nuevo sol tras la noche negra de la Colonia, de esa Colonia que algunos escritores hermafroditas, por decirles lo menos, recuerdan poniendo los ojos en blanco y gastando tinta y papel en engrandecer liviandades de bailarinas y virreyes y fiestas bárbaras de toros, gallos y tapadas, de autos de fe y de inocentes beatos y místicas doncellas, junto a limeños fandangos de negros y mulatos, de meretrices y aventureros, que nada querían saber de patria, ni de heroísmo, ni de libertad, contentándose con el letrillero zumbón y el zambo gracejo, nada verdaderamente digno, ningún derrotero para el país, a no ser el mal ejemplo de plegarse a los hechos, hoy a unos, mañana a los contrarios, para lucrar, para gozar fácilmente, para mentir, para adular y corromper. Esa fue la situación y la actitud de la española “Ciudad de los Reyes”, ante los esfuerzos andinos por volver a la ruta del Perú; y no lo apuntamos sólo nosotros, en forma muy dura lo expresó el propio genio del libertador Bolívar y lo acentuó el verbo másculo del apóstol Gonzáles Prada, queriendo sacudir la conciencia laxada de una juventud que no parecía sentir, o no conocer la historia de su patria, no amar a sus héroes y no recordar las tragedias y las ofensas extranjeras”.

“Mata Linares buscaba descubrir principalmente a los lejanos cómplices de la rebelión y a ello tendían sus investigaciones, pero nada conseguía por las respuestas inteligentes de Tupaq Amaru y Micaela Bastidas. Estas confesiones que ahora parecen recibidas muy tranquilamente, en realidad, en la mayoría de los casos, eran el fruto de torturas, vejámenes, ofertas y amenazas. Buscaba, también, datos sobre minas, tesoros, en una palabra, aún en los trances más negros, no abandonaron los jueces españoles traídos especialmente de Lima la idea de riqueza que los dominaba. Parece que algunos reos se salvaron, como Don Juan Bautista Tupaq

Amaru, hermano del Caudillo, en razón de que hizo sospechar a sus jueces que sabía de ciertos tesoros ocultos, tesoros que nunca reveló no obstante de sus cuarenta años de cautiverio en los presidios de Africa.

Mata Linares realizó algunos careos entre los acusados, pero, de ellos no sacó nada en limpio, pues, la Qoya Micaela no decía palabra alguna nueva, confirmando sólo aquello que otros habían revelado y que, en consecuencia, nada se ganaba con negarlo".

"El 4 de mayo, se nombró abogado defensor de la Qoya Micaela, al "Doctor Don Gregorio Murillo, Abogado de la Real Audiencia de Lima", es decir, un cómplice más, quien presenta un alegato necio y, sobre todo, innecesario, puesto que la suerte de la acusada ya estaba resuelta desde dos meses antes, por el edicto que hemos leído. Pero, Murillo, debía servir para infamar la memoria de los acusados, presentando una solicitud, ordenada seguramente por Areche, a fin de procurar resentir a Tupaq Amaru para que hablara en contra de su esposa, maniobra que la inteligencia superior del Inka supo despreciar y anular".

"Sediento de sangre estaba el cobarde y feroz chacal Areche, cargado de títulos que exhibía en todo como medallas de juglar de feria; sus consejeros Mata Linares, Figueroa y Murillo, inventaban los suplicios peores para los reos y el Visitador General del Reino los aumentaba y modificaba, llevándolos a las formas más refinadas de la maldad, de la crueldad, de la perfidia. Por fin le fue entregado el expediente al que pudo agregar la sentencia que tenía ya dispuesta hacía tiempo en su cerebro criminal, servil, enfermo".

"A eso de las nueve, del 18 de mayo de 1781, se ejecutó en la Plaza Mayor del Cusco, a los próceres: José Amaru, Miguel Ancco, Miguel Mesa, Pedro Mendigure, Ramón Ponce, Francisco Torres, Gregorio Enríquez, Pedro Mamani e Isidro Puma, valientes

y resueltos generales y capitanes de la Gran Rebelión libertadora. Sus nombres quedan escritos en letras de oro en la Historia del Perú. Y, a la "hora de la misa mayor", como un nuevo y simbólico auto de fe, se dio comienzo a la "función" más terrible que los siglos vieron.

"Después de haber cercado la plaza con las milicias de esta ciudad del Cusco, que tenían sus rejonos y algunas bocas de fuego, y cercada la horca de cuatro caras con el cuerpo de mulatos y huamanguinos, arreglados todos los fusiles y bayonetas caladas, salieron de la Compañía nueve sujetos que fueron los siguientes: José Berdejo, Andrés Castelú, y el zambo Antonio Oblitas (que fue el verdugo que ahorcó al corregidor Arriaga), Antonio Bastidas, Francisco Tupaq Amaru, Tomasa Titu Condemayta, cacica de Acos, Hipólito Tupaq Amaru, hijo del traidor, Micaela Bastidas, su mujer, y el insurgente José Gabriel. Todos salieron a un tiempo, y unos tras otros venían con sus grillos y esposas metidos en unos zurrone, de estos en que se trae yerba del Paraguay, y arrastrados a la cola de un caballo aparejado. Acompañados de los sacerdotes que los auxiliaban, y custodiados de la correspondiente guardia, llegaron todos al pie de la horca, y se les dieron por medio de dos verdugos las siguientes muertes. A Berdejo, Castelú, el zambo Oblitas y a Bastidas, se les ahorcó llanamente; a Francisco Tupaq Amaru, tío del insurgente, y a su hijo Hipólito, se les cortó la lengua antes de arrojarlos de la escalera de la horca; y a la india Condemayta se le dió garrote en un tabladillo, que estaba dispuesto con un torno de fierro, que a este fin se había hecho, y que jamás habríamos visto por acá; habiendo el indio y su mujer visto con sus ojos ejecutar este suplicio hasta en su hijo Hipólito, que fue el último en subir a la horca. Luego subió la india Micaela al tablado, donde así mismo, a presencia del marido se le cortó la lengua, y se le dio garrote, en que padeció infinito; porque teniendo el pescuezo muy delgado, no podía el torno ahorcarla, y fue menester que los verdugos, echándola lazos al pescuezo, tirando de una y otra parte y dándola de patadas en el estómago y pechos, la aca-

basen de matar. Cerró la función el rebelde José Gabriel a quien se le sacó a media plaza; allí le cortó la lengua el verdugo, y despojado de los grillos y esposas, le pusieron en el suelo; atáronle a las manos y pies cuatro lazos; y asidos estos a la cincha de cuatro caballos, tiraban cuatro mestizos a cuatro distintas partes; espectáculo que jamás se había visto en esta ciudad. No sé si porque los caballos no fuesen muy fuertes o porque el indio en realidad fuese de fierro, no pudieron absolutamente dividirlo, después que por un largo rato lo estuvieron tironeando, de modo que lo tenían al aire en un estado que parecía una araña. Tanto que el Visitador, movido de compasión, porque no padeciese más aquel infeliz, despachó de la Compañía (Colegio de los jesuitas donde estaba el Visitador Areche mirando las justicias) una orden mandando le cortase el verdugo la cabeza, como se ejecutó con las mujeres, y a los demás se les sacaron las cabezas para dirigirlas a diversos pueblos.

Los cuerpos del indio y su mujer se llevaron a Piqchu, donde estaba formada una hoguera, en la que fueron arrojados y reducidos a cenizas, las que se arrojaron al aire y al riachuelo que por allí corre. De este modo acabaron José Gabriel Tupaq Amaru y Micaela Bastidas, cuya soberbia y arrogancia llegó a tanto que se nominaron Reyes del Perú, Chile, Quito, Tucumán y otras partes, hasta incluir el gran Paititi, con otras locuras de este tono. Este día concurrió un crecido número de gentes, pero nadie gritó, ni levantó la voz; muchos hicieron reparo, y yo entre ellos, de que entre tanto concurso no se veían indios, a lo menos en el traje mismo que ellos usan y si hubo algunos, estarían disfrazados con capas y ponchos. . .”

“Y hubo algo más terrible, escribe Loayza, Areche ordenó que Fernando, de nueve años, hijo del Caudillo, presenciara todos los suplicios. Cuando estrangularon a su padre el llanto le ahogaba. Y, como ha dicho Clemente R. Markham: “Al ver a su infortunado padre, venciendo la fortaleza de su cuerpo al brutal esfuerzo de

los caballos que le tiraban de brazos y piernas, sin poder destroncarlo, el niño infeliz lanzó un grito, que impresionó hondamente a la multitud despavorida que contemplaba la escena, grito que fue la sentencia de muerte de la dominación española en América”.

Bajo un cielo oscuro de duelo, que alumbraban como protestas los rayos y los relámpagos, lloraron los elementos para besar la laguna de sangre heroica que la vesania de la hiena derramó, tan salvaje, como inútilmente. El pueblo cogido de espanto, enmudeció, pero, en el secreto del corazón juró la venganza y las almas de los mártires recibieron el voto de que un día la patria sería libre. Desde entonces no cesaron los conatos, las conspiraciones, las ejecuciones, las revoluciones y alzamientos por la independencia y la emancipación continental. Los años han pasado y la Historia ahora puede juzgar serenamente: Dice Luis Valcárcel. “¿Registró jamás la historia página más horrenda que esta página en que para eterno ludibrio, se detalla la fiesta de sangre, de macabra voluptuosidad que fue la ejecución de José Gabriel Tupaq Amaru y los suyos? ¿Llegó jamás la maldad humana a parir mayores daños, más crueles excesos, un refinamiento igual para hacer sufrir, para matar con una complacencia tan vesánica en el dolor de la víctima? . . . En Tupaq Amaru crucificó España a la incanidad. El feroz Areche, desalmado sayón, quintaesenció toda la salvaje crueldad de celtas y árabes. Ni en España ni fuera de España se dió espectáculo equivalente al Martirio de Tupaq Amaru. Nada son las luchas de los gladiadores, inocentes resultan los tormentos del Santo Oficio, benigno el holocausto de los cristianos en el circo romano, insignificantes los suplicios del jardín mirbauniano, literarios los del infierno dantesco. . . Deténgase la Humanidad a contemplar el martirio de Tupac Amaru.

Como la Tragedia del Calvario, la Tragedia de Tupac Amaru no muere en el recuerdo. Se conmemora periódicamente. Tupac Amaru es el símbolo del Sacrificio en la Vida y Pasión de los pueblos Andinos”.

“Así vivió y murió Micaela Bastidas, la última Qoya, la última emperatriz legítima del Perú! Encarnación perfecta de la patria, símbolo sublime de arrojo, de dignidad, de honor, de inteligencia, de bizarría. Arrullará su nombre, la misteriosa sinfonía de los siglos en el rodar eterno de los mundos y la admiración y la gratitud de las generaciones nuevas, venerarán y amarán su memoria en la gloria fresca de cada amanecer, en la renovada esperanza de toda aurora.”

*Jorge Cornejo Bouroncle*

---

Fragmentos de “Micaela Bastidas”, del libro “SANGRE ANDINA: DIEZ MUJERES CUZQUEÑAS”, de Jorge Cornejo Bouroncle. Talleres Gráficos de H.G. Rozas Sucesores. 1949. Cuzco. Perú.

"Micaela Bastidas Puyucagua fue una extraordinaria colaboradora de José Gabriel Tupaq Amaru. Administró la retaguardia y fue la encargada de aprovisionar a las huestes rebeldes, tarea difícil a causa del desorden que existía en todas las líneas de producción. Los testimonios coinciden en señalar su carácter decidido, que sólo se doblegaba ante el de su esposo. No se limitó a tareas de avituallamiento; se sabe que cierta vez condujo cinco mil hombres a Livitaca. El ímpetu de esta mujer jamás decayó; habría de morir con notable dignidad, marchando al sacrificio al lado del héroe, de uno de sus hijos y de varios líderes.

La acusaron de que "suplía la falta de su marido cuando se ausentaba, disponiendo ella misma las expediciones, hasta montar en un caballo con armas para reclutar gente en las provincias a cuyos pueblos dirigía repetidas órdenes con rara intrepidez". Cierta vez se la vio incluso "cargando en su misma mantilla las balas necesarias". Momento hubo en que quiso marchar sola con sus huestes sobre el Cuzco, sin aguardar a José Gabriel. Consta que montaba muy bien a caballo".

*Juan José Vega*

Capítulo V "Heroínas Revolucionarias", del libro "TUPAC AMARU", de Juan José Vega. Editorial Universo. 1969. Lima. Perú.



“El papel que desempeñó doña Micaela Bastidas Puyucahua tiene capital importancia para conocer la rebelión de Tinta. Puede asegurarse que, desde el primer momento, ella fue el principal consejero de Tupac Amaru, junto al rumoreado Consejo de los Cinco. Y aunque el caudillo actuó mediante decisiones propias, por sus ideas e iniciativas aparece la figura de esta enérgica y próspera mujer con los caracteres de un personaje de valor innegable. Varios testigos en el juicio afirmarían que ella, fue más cruel, rebelde, arrogante y despótica que Tupaq Amaru, siendo en consecuencia más temida que jefe ninguno.

Doña Micaela consideró la ejecución del corregidor Arriaga como un mero hecho preventivo, porque éste pretendía asesinar a Tupaq Amaru. Después del triunfo de Sangarara, ella sostuvo la urgencia de marchar sobre el Cusco y ocuparlo aprovechando del caos reinante. En cambio, Tupaq Amaru se decidió a tomar una ruta opuesta e invadir previamente las provincias meridionales. Los sucesos futuros dieron la razón a la esposa del caudillo. El Cusco era lo primero, lo demás podía esperar. Pero Tupaq Amaru pasó al sur y persistió en su avance, creyendo obtener una victoria fácil y decisiva y dar un paso previo para conquistar la ciudad imperial.

Al partir quedó como jefe interino doña Micaela. Su incansable actividad para resolver problemas administrativos, tratar de catequizar a los caciques remisos, impulsar la propaganda, incrementar la tropa, reunir informes sobre las provincias amigas y contrarias, prueban lo acertado de su elección para un cargo de tanta responsabilidad y de tan devota lealtad. Como los traslados personales, envíos de mercancías y en general la circulación interior estaba reglamentada por salvoconductos y permisos especiales, doña Micaela los expedía en tono y estilo que no admitían confusión ni réplica entre los soldados o espías que los leyesen. Otorgaba todo género de documentos y respondía a variadas consultas administrativas y, cuando era necesario, ayudaba personalmente el reclutamiento de indios y mestizos. Por otra parte, sus múltiples ocupaciones no enervaban la actitud vigilante de que estaba poseída. Al tanto de lo que acontecía en las diferentes provincias aconsejaba, por ejemplo, a Tupaq Amaru el inmediato envío de cartas y propaganda a los pueblos de la jurisdicción de Arequipa para atraerlos a su causa o que cortase determinado puente de una región estratégica, y así sucesivamente. En cierto momento (25-XI-1780) transmitió noticias, captadas por sus espías, sobre preparativos de los milicianos de Lampa y Arequipa y señaló la posibilidad que tales movimientos estuviesen sincronizados con un ataque que partiría del Cusco.

La traición rondaba desde un principio al movimiento de Tinta. Informada doña Micaela de que algunos eclesiásticos escribían al Obispo del Cusco, mandó cerrar sus iglesias para que no fuesen utilizadas como centros de actividad contrarrevolucionaria. Temperamento nervioso por excelencia, la posibilidad de una traición inesperada la torturaba más que el hecho mismo, la negligencia más que la propia derrota. Este carácter se infiere cuando escribe desde Tungasuca (6-XII-1780), manifestando cómo la pérdida de varias ocasiones magníficas de triunfo le "quitan la vida, que ni aun ya tengo carnes ni estoy en mí".

En guarda de posibles sorpresas, escribía a su esposo y a indios nobles de diversos pueblos. Y mientras doña Micaela daba continuos alertas, su esposo, confiado por el continuo aumento de sus hombres, le respondía que no tuviera "cuidado de nada, pues estamos seguros de todo, pero no será malo precaucionarnos de todo lo que ocurre". Al observar que las maquinaciones de individuos sospechosos escapaban a su vigilancia, pidió ayuda a Diego Cristóbal. Su deseo quedó incumplido, porque éste luchaba entonces al otro lado del río Wilcamayo.

El sistema de comunicaciones entre Tungasuca y los pueblos del sur marchó satisfactoriamente. Ella conocía las últimas noticias de lo que ocurría y avisaba al caudillo, respondiendo de inmediato a sus pedidos de armas y dinero. Un excelente servicio de chaskis a caballo permitía aquella ininterrumpida comunicación, mientras diligentes arrieros cargaban en sus piaras los fusiles y cañones que debían ser trasladados en el momento oportuno.

Aunque doña Micaela, como cualquier otro jefe, acataba las órdenes de Tupaq Amaru, su temperamento la empujaba, a no abdicar de su iniciativa donde otra mujer hubiese encontrado campo poco propicio. En una carta de comienzos de diciembre declara a su esposo haber incumplido una orden suya por haber ejecutado ya algo semejante y repetirlo sería poco práctico. En cuanto a otros aspectos complementarios, manifiesta que los realizará "cuando sea tiempo". Había que prestigiar el movimiento, administrar con tino el riesgo de rebelarse contra las autoridades reales mediante acciones dueñas de severidad y altura. Por esto afirmando que toda violencia innecesaria iba en detrimento del prestigio del movimiento, doña Micaela exigió la prisión de un jefe tupacamarista acusado de cometer caprichosos excesos. Opinó que en lo sucesivo no debía encabezar ninguna misión importante, "porque dirán que vamos en contra de todos". Hasta entonces doña Micaela tenía la seguridad de que su esposo regresaría de inmediato a Tungasuca y luego sitiaría el Cusco.

Su relación epistolar con otra enérgica mujer, la cacica de Acos doña Tomasa Titu Condemayta, está llena de oportunas indicaciones para evitar sorpresas de los soldados cusqueños.

A su vez opinaba la Cacica, concordando con doña Micaela, que debido a su contramarcha después de Sangarara, Tupaq Amaru había dado tiempo e ímpetu a sus enemigos. Con recto criterio señalaba la ineptitud de cierto jefe nombrado en su jurisdicción, exigiendo fuese sustituido por otro que a su juicio tenía mayor capacidad de mando. Su valor destaca cuando, en el puente de Pillpinto, rechazó un ataque realista con un puñado de mujeres y obligó el envío de refuerzos desde el Cusco, según afirma una Relación de 1780. Por lo demás, la cacica Titu Condemayta auxilió con frecuencia al caudillo y ganó su confianza plena.

Como a pesar de sus promesas Tupaq Amaru no retornaba a Tungasuca, doña Micaela reprochó su tardanza y negativas consecuencias. Con aguda perspicacia femenina añadía cómo la pesadumbre estaba por agotar su vida, sacudida por tan inconsiderado retardo mientras los enemigos del Cusco se fortalecían con grave peligro para la rebelión. Además, exponía las desastrosas repercusiones económicas de su retardo. Si se gastaba el dinero de la tropa en expediciones secundarias, faltaría éste en los momentos decisivos y “se perderá la gente que tengo prevenida para la bajada del Cusco”. Y exasperada, recordando palabras muchas veces repetidas lanza enfática el consejo y el reproche, exigiendo a su esposo no demorase “en esos pueblos donde no hay que hacer cosa ninguna”.

Las críticas de ella no eran sólo contra desacuerdos en la prioridad del ataque o la lentitud de su esposo, sino también contra su excesiva confianza en momentos de excepcional peligro al haber sido puesta su vida a precio por las autoridades reales. Asimismo reprochó al caudillo que en su calidad de jefe supremo de la rebelión se pasease solo, con manifiesta temeridad, por las

calles del pueblo de Yauri exponiéndose a ser asesinado. Sin embargo, a pesar de sus vigorosas críticas, hay en sus cartas notas de profunda y lacónica ternura. Por debajo de pasajeras discrepancias, Tupaq Amaru era siempre su muy querido "Chepe". Y es que doña Micaela era la mujer que sabía ser también jefe, colaboradora y amante, actuando en todo momento con plena conciencia de sus múltiples responsabilidades. Para la iconografía del caudillo es decisivo el dato que ella aporta, al declarar que Tupaq Amaru fué pintado a caballo por Oblitas y que ostentaba vestiduras reales del incario.

Con el fin de combatir la actitud equivoca de ciertos caciques del norte, envió cartas personales, por ejemplo, a los hermanos Núñez de la Torre, indicando las finalidades de la rebelión: abolir los repartos mercantiles, reducir los excesivos impuestos y terminar con el trato social "de perros" a que estaban sometidos. Su propósito lo respaldaba con noventa mil hombres prontos a tomar posesión del Cusco, aparte de la secreta adhesión de los indios de la ciudad y de las parroquias cercanas. Apoyada en tales argumentos, instaba a los caciques de las diversas provincias que colaborasen sin vacilar. Entretanto debían realizar algo favorable en la medida de lo posible. A un sector aconsejó quemar el puente del río Apurímac "para que no safen los chapetones para Lima". Ante insistentes pedidos de ayuda de los indios rebeldes de Paruro, doña Micaela avisó al caudillo que pasaría con sus tropas a darles amparo aunque muriese en la empresa por la culpa de su retardo. Y considerando un inútil derroche de tiempo en el sur, enumera los trabajos que ha cumplido mientras él con su lentitud daba "tiempo a los enemigos, para que se armen y hagan destrozos con nosotros".

La cordura de sus acciones confirió a doña Micaela un gran prestigio entre los suyos, como es notorio en los textos de numerosas cartas enviadas por caciques, gobernadores y particulares. En ellas, más que a la esposa del jefe se dirigen a la autoridad supe-

rior, a la "Reina" y le solicitan consejo para resolver variados problemas. Las misivas procedían de pueblos de las diferentes provincias, sincerándose de acusaciones infundadas, consultando ciertos asuntos administrativos, dando noticias sobre envíos de hombres o movimientos sospechosos, remoción de autoridades o apoyo económico, atendidos invariablemente con justo criterio y raro tacto psicológico.

La insistencia de la esposa del caudillo en señalar el peligrosísimo error de prolongar su estada en los pueblos del sur, produciría sus frutos. La carta decisiva del súbito regreso de Tupaq Amaru desde Lampa fue escrita en Tungasuca (10-XII-1780). Comienza avisando la traición y arresto de uno de sus partidarios. Sigue con la decisiva noticia de haber salido del Cusco un poderoso contingente por tres rutas distintas, aprovechando su ausencia para caer sobre Quiquijana y pasar seguramente hasta Tungasuca. Finaliza dicha carta con un llamado pleno de urgencia: "y así apura los pasos". De antemano segura del efecto, activó el enganche de nuevos contingentes. Para inclinar favorablemente a los caciques, recalca el formidable poder del ejército rebelde y el plan de marchar de inmediato sobre la ciudad imperial. La nota religiosa es dada, cuando, señala como los nuevos soldados "han de venir con una cruz en la montera o sombrero por insignia de buenos cristianos". Hasta la víspera del retorno de Tupaq Amaru, ella estuvo en pueblos cercanos "haciendo más gente" por parecerle insuficiente la que había enrolado.

El regreso del caudillo significó un tardío triunfo de su esposa. Por esto, en una carta a la vez que le da noticias de lo bien defendido que ya estaba el Cusco, agrega con tajante franqueza no ser él sujeto de darles avances. Iniciada la expedición contra el Cusco, doña Micaela marchó a Sangarara y despues a Yanacocha. Cuando fue levantado el sitio del Cusco, siguió desempeñando el papel de principal colaborador de Tupaq Amaru. Trasladó su residencia de Tungasuca a Tinta, desde donde atendía todo género de





## BIBLIOGRAFÍA

Cartas de José Gabriel Tupaq Amaru, Micaela Bastidas, Tomasa Titu Kondemayta, Catalina de Salas y Pachakuti, Francisca Herrera y otros. Archivo de Indias de Sevilla. España.

CORNEJO BOURONCLE, Jorge

1949 *Sangre Andina: Diez Mujeres Cusqueñas*. Talleres Gráficos de H.G. Rozas Sucesores. Cusco, Perú.

1963 *Tupac Amaru (La Revolución Precursora de la Emancipación Continental)*. Talleres Gráficos de H.G. Rozas Sucesores. Cusco.

### DOCUMENTO

Firma de Micaela Bastidas. Archivo Nacional de Perú. Lima.

LEWIN, Boleslao

1943 *Tupac Amaru, el rebelde*. Boleslao Lewin. Editorial Claridad. Buenos Aires, Argentina.

1957 *La Rebelión de Tupac Amaru*. Librería Hachette. Buenos Aires, Argentina.

SALAS, Juan de la Cruz

1959 *Vástagos del Inti*. Editorial Garcilaso. Cusco, Perú.

VALCÁRCEL, Carlos Daniel

1970 *La Rebelión de Tupac Amaru*. (Capítulo X). Talleres Gráficos de Editorial Universo. Lima, Perú.

VEGA, Juan José

1969 *Tupac Amaru*. Editorial Universo S.A. Lima, Perú.

1969 *Heroínas Revolucionarias* (Capítulo X). Editorial Universo. Lima, Perú.

## ÍNDICE

Palabras Breves .....	9
Habla Micaela .....	17
Fotografías	
Pintura de los Tupaq Amaru (fragmento) .....	13
Arcos antiguos de Tungasuka .....	41
Virgen del Carmen .....	45
Alfombra del matrimonio .....	97
El Niño de Micaela .....	101
El Cristo que vio morir a los Tupaq Amaru .....	105
Notas al Margen .....	109
Biografías	
Jorge Cornejo Bouroncle .....	113
Juan José Vega .....	129
Carlos Daniel Valcárcel .....	131
Bibliografía .....	139

ÍNDICE

El Chepe: He celebrado mis días lejos de mi hogar con alegría y alegría. Yo me hallo en esta hermosa ciudad haciendo más gente porque en este lenguaje he sabido con poca.

Hay noticias que del Cusco he sabido y la primera tropa de Urco. Por Paruro también quiero verlos.

Todos estos motivos me expuso a escribir y aquí te expone para que vayas adelante.

Dios te guarde muchos años.—Pomacanchi y Diciembre 16 de 1760.—G. de S. A.

Pesimista estas cartas de la Oroya, pero en realidad el libro

sabe que los indios no se han movido hasta el último momento, por lo que se han adelantado hasta el punto de haberse adelantado a la

que por los indios se han adelantado a la

que por los indios se han adelantado a la

que por los indios se han adelantado a la

que por los indios se han adelantado a la

que por los indios se han adelantado a la

que por los indios se han adelantado a la

que por los indios se han adelantado a la

que por los indios se han adelantado a la

que por los indios se han adelantado a la

Este libro se terminó de imprimir  
en el mes de agosto de 2015  
en la ciudad de Cusco (Perú)  
en la Imprenta Editorial Gráfica Bartolomé de Las Casas S.A.C.  
siendo el tiraje de mil ejemplares

BICENTENARI   
Colección

Memorias  
Luis E. Valcárcel



PERÚ

Ministerio de Cultura

Dirección Desconcentrada  
de Cultura de Cusco

La historia trágica y gloriosa de Micaela Bastidas, una joven y bella mujer de los Andes, estremece desde las páginas de este libro. Quien quiera leerlo vivirá intensamente el drama de los pueblos que soñaron con la libertad y ofendieron su vida por alcanzar este derecho. El movimiento que lideró su esposo fue el más grande que se generó en nuestro territorio.

El historiador Jorge Cornejo Bouroncle aseguraba que si, salvando los tiempos y las circunstancias, se reunieran imaginariamente el Cristo y Tupaq Amaru a equiparar la magnitud de lo sufrido, Aquél le hubiera dicho: “Tu dolor y el de tu esposa fue mayor”.

ISBN: 978-612-46865-7-3



BICENTENARI   
Colección